



CRÓNICAS APOCALÍPTICAS

PURGATORIO

Tea Cedeño

CRÓNICAS APOCALÍPTICAS

PURGATORIO

TEA CEDEÑO

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Crónicas Apocalípticas

Título: *Purgatorio*

Copyright © 2017: *Dorotea Cedeño*

1ª Edición © noviembre 2018

ASIN: B07HKN6GYT

Corrección de los textos: *Néstor Belda*

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

N.º De Registro:1706062540759

CRÓNICAS APOCALÍPTICAS

PURGATORIO

Tea Cedeño

Para mamá.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a Iris Montes, Santiago Hernández y Miguel Castellano por el tiempo invertido en leer estas páginas, por sus consejos, sus opiniones, y su bendita paciencia.

Autora

Dorotea Cedeño nació el 16 de junio de 1982 en Madrid.

Estudio violonchelo en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid.

Su pasión por la literatura de terror proviene de Edgar Allan Poe. Su amor por la música de Johann Sebastian Bach.

*Todos los personajes que aparecen en esta novela son pura ficción.
Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

*Tal vez algún día sea un hombre honesto
Hasta entonces, lo haré lo mejor que pueda
Largos caminos, largos días, del amanecer, al ocaso
Del ocaso al amanecer*

*Consumo mis días llenos de vacío
Consumo mis años de soledad
Amor perdido, en una desesperada caricia
Sombras andantes de noche*

*Sigan soñando hermanos, mientras puedan
Todas nuestras vidas, cubiertas rápidamente
Por la marea del tiempo*

*La arena fluye y las líneas están en tu mano
En tus ojos veo el hambre
y el llanto desesperado que desgarró la noche.*

Iron Maiden

— Índice —

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)
- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)

[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)
[52](#)
[53](#)
[54](#)
[55](#)
[56](#)
[57](#)
[58](#)
[59](#)
[60](#)
[61](#)
[62](#)
[63](#)
[64](#)
[65](#)
[66](#)
[67](#)
[68](#)
[69](#)
[70](#)
[71](#)
[72](#)
[73](#)
[74](#)
[75](#)
[76](#)
[77](#)

1

Noto los ríos de sudor que nacen en mi frente; recorren mi rostro y caen al suelo desgastado por el paso del tiempo. Siento la ausencia de oxígeno y la presión que ejerce la vieja sogá alrededor de mi cuello.

Bájate, anda, que la vas a cagar.

Lo cierto es que cuando me subo a una mesa, nunca cuento con la dificultad que entraña acabar con mi propia vida.

¿Pensabas que iba a ser fácil? ¡Nunca lo es, cretino!

Las piernas me tiemblan y el corazón está a punto de salirseme del pecho. Intento llenar mis pulmones con una fuerte aspiración. Necesito unos segundos que me permitan reunir el valor y la fuerza que me faltan para terminar lo que me he propuesto.

Solo tienes que bajar de la mesa evitando tú torpeza habitual.

Rimmer, el oscuro tipo que se ha construido una mansión con jardín y piscina en mi cerebro, siempre me exige que no cometa errores que hagan peligrar mi vida.

—Una vida que no quiero vivir. —El tono casi inaudible de mi voz manifiesta que estoy a punto de lograrlo.

Eres un jodido egoísta. ¿Puedes dejar de pensar en ti mismo de una maldita vez?

La mayor parte del tiempo es inaguantable. Solo muestra algo de amabilidad cuando intenta hacerme creer que sus intervenciones están dedicadas a salvaguardar mi vida, pero sé que lo hace por su propio beneficio, sabe que si muero, él desaparecerá conmigo.

—Por aquí —el susurro casi inaudible de una voz femenina me distrae de mi propósito—. Aguanta un poco más. —Bajo de la mesa sin percatarme y camino rápido hacia la ventana.

Bien hecho compañero.

La sogá que debía darme el descanso que tanto anhelo protesta con un leve gemido al balancearse de un lado al otro.

—Silencio.

Sé que mi orden no tendrá el efecto que deseo.

—No puedo más. —La mujer de más edad apenas puede controlar la respiración—. Márchate y déjame aquí. —El modo de arrastrar las palabras me indica que está exhausta.

Esas mujeres no te importan. No las conoces.

—No salgo, cálmate.

Lo que menos necesito en este instante es que Rimmer me envíe un paquete certificado urgente con mis recuerdos más dolorosos. Conoce mis debilidades.

Desde la ventana puedo divisarlas sin dificultad, arrinconadas tras un vehículo que muestra su oxidada chapa por el maltrato del tiempo. La chica no tendrá más de dieciséis o diecisiete años.

—La edad que tenía Lara. —Una lágrima recorre mi mentón al recordar la sonrisa torcida y los ojos soñadores de mi pequeña.

Su acompañante, una mujer menuda y delgada en extremo por la falta de alimentos, pide resuello con un gesto de mano.

—No te muevas de aquí. —La adolescente mira a su alrededor—. Voy a revisar las casas. —Conoce lo cruel y complicada que es la supervivencia en estos días, en especial si debes proteger a tus seres queridos—. Quizá tengamos suerte y encontremos un lugar seguro donde cobijarnos.

—Si intentas entrar aquí no te va a pasar nada bueno. —Susurro sacando el machete de la cintura del pantalón y empuñándolo con fuerza.

Solos tú y yo. Como debe ser.

He matado, aunque nunca con mis propias manos. Rimmer ha intentado convencerme de hacerlo en infinitas ocasiones, pero desde que el mundo, tal y como lo conocía, se derrumbó, tomé la decisión de no arrancar ninguna vida.

¡No aprendes, jodido idiota!

Con el dolor que he convivido y el peso que cargo a mis espaldas, no permito que nadie se me acerque. No me importa quien viva o muera. No presto ayuda y tampoco la pido. Mi oscuro amigo se ha encargado de hurgar en mi sufrimiento más profundo para conseguirlo.

—No te hagas ilusiones, ya lo intentaré otro día.

¡Tú harás lo que yo te diga! ¿Acaso no te he protegido siempre?

—Me has salvado el pellejo algunas veces, no puedo negarlo. —Siento cómo crece el enfado de mi yo interno—. Aunque nunca te lo he pedido.

Repito para los que no me han oído en las gradas de arriba. ¡HARÁS LO QUE YO TE DIGA, INÚTIL!

El sonido de unos motores, a poca distancia, alerta mis sentidos.

—Tenemos que irnos, mamá —susurra la adolescente poniéndose en pie y mostrando una mueca de cansancio en su rostro—. Si aguantamos unas horas, regresarán a la ciudad.

—No le falta razón.

Las grandes facciones se han apoderado de las ciudades con el propósito de proteger su infinidad de recursos con efectividad, y el mejor modo de conseguirlo es haciendo salir a sus soldados a la luz del día. Las noches son el feudo de pandillas nómadas y supervivientes que buscan provisiones, minimizando el riesgo de sus desplazamientos al cobijo que les proporciona la oscuridad. Las bandas nocturnas son peligrosas. Degenerados sin empatía alguna por la vida. Las diurnas, por lo que se rumorea en el nuevo mundo, son mucho peores.

No te fíes de los cuchicheos. El día que entremos en una ciudad sabremos si son ciertas esas habladurías.

La chica agarra a su madre del brazo para servirle de apoyo al caminar.

—No llegaran muy lejos.

Las observo hasta que entran en una vivienda cercana y desaparecen de mi campo visual.

¿Y a ti qué leches te importa lo que las pase? Nosotros a lo nuestro, chaval.

Con la libertad que no consigo arrebatarme, mi inseparable rival interior me recrimina todos y cada uno de mis actos.

No es la primera vez que me defraudas. Además, estoy harto de cuidarte.

El rugido de los motores se acentúa.

Es hora de largarse, ¿no crees?

—¡Calla!

Cuatro individuos armados con machetes y bates de béisbol se bajan de un vehículo que se ha detenido a doscientos metros de mi escondite. Las pistolas que portan en sus cinturas se mantendrán guardadas hasta que una presa más

peligrosa los obligue a utilizarlas.

¡Qué te duermes!

El que parece ser el cabecilla de la banda realiza un gesto con la mano indicando a sus compañeros que se separen por parejas.

—Van a comenzar a revisar las casas.

Y cuando lo hagan, nosotros no deberíamos estar aquí.

Rimmer es apático con todas las vidas, excepto con la mía; no quiere que corra riesgos. Me gustaría acallar su molesta voz, pero en esta ocasión su argumento es incontestable.

¡Como siempre!

Mi plan de fuga tendrá que ser improvisado. La única huida que había planeado era la de acabar mis días dando vueltas en el aire con una cuerda rodeándome el gaznate.

Por suerte, te has cagado en los calzoncillos. Otra vez.

Me dirijo a la parte trasera de la vivienda y no puedo dejar de pensar en qué ocurrirá con la madre y la hija cuando sean atrapadas por esos salvajes.

Cada uno que se ase sus propias patatas. Nosotros a lo nuestro, machote.

No será el primer ser humano asesinado, violado o golpeado en mi presencia. Rimmer evita que ponga en riesgo mi supervivencia prestando ayuda a un desconocido. Las veces que logró convencerme para que dejase morir a otras personas son parte de mis peores pesadillas. El tormento por la dolorosa pérdida de mis seres queridos y las inmorales y miserables experiencias de abandonar a un ser humano a su suerte son los motivos principales por los que siempre acabo colgando una soga en el techo.

Los dos sabemos la razón por la que acabas subido a todas las mesas que encuentras.

—¡Cierra la boca!

Intento acallarlo, pero me es imposible mantenerlo al margen.

Reconócelo. Te faltaron pelotas.

Al mirar por la ventana, observo que una de las parejas de búsqueda entra en la casa de enfrente. En la parte trasera de la vivienda hay un amplio bosque por el que tal vez pueda escabullirme ileso.

Espera hasta que entren en la siguiente casa y mueve las piernas como no

lo has hecho nunca.

Mi plan de huida está en marcha. Mi mano aprieta el mango del cuchillo. Solo me relajaré cuando haya conseguido escapar sin un rasguño.

—Cuando las pillemos, seré el primero en tirármela —dice un miembro de la banda moviendo la pelvis adelante y atrás.

—A mí me gusta la vieja. —Su compañero muestra la sonrisa de un monstruo.

—Eres un degenerado de mierda.

Entran en la vivienda hablando sobre el sufrimiento que van a infringir.

Aguarda hasta que estén revisando la planta de arriba. La búsqueda es sistemática.

—Lo sé.

Mi susurró es tan leve que el sonido apenas avanza unos centímetros. Advierto el movimiento de sus sombras tras las raídas cortinas y me traslado con suma cautela hasta la casa contigua.

Calma, amigo. Los otros dos pueden andar cerca.

Rimmer está concentrado en escapar con vida, algo que le agradezco bastante más que sus impertinencias e insultos.

Al escuchar las voces acercándose a mí, me oculto pegándome a la pared, esperando que no varíen el patrón de búsqueda.

¡Es hora de marcharse sin mirar atrás!

No lo hacen, los veo pasar sin que adviertan mi presencia y aguardo hasta que desaparecen en la siguiente vivienda.

¡AHORA!

Corro agachado, procurando no crear ningún sonido que me delate, y salto la vieja y destartada valla de un jardín que ya no recuerda sus tiempos de esplendor.

—¡CHICOS, LAS TENGO! —el grito de uno de los miembros de la banda logra que mire a mi espalda—. ¡ESTÁN AQUÍ!

Tú a lo tuyo.

Hago caso a la incesante vocecilla que tanto odio y corro hacia la frondosidad del bosque buscando la protección de los árboles.

Intento no pensar en la madre y la hija siendo atacadas, pero los gritos

transportados por el sutil viento evitan que lo consiga.

—¡POR FAVOR, NO LE HAGÁIS DAÑO!

La súplica más común en el nuevo mundo. Una petición que no aceptarán los depravados que las han atrapado.

Entre gritos de horror y risas de satisfacción, me adentro en la espesa arboleda.

¡Buen trabajo, chaval!

Las peticiones de auxilio no dejan de rebotar en mi cráneo hasta que un riachuelo cercano acalla los chillidos con el sonido de su caudal.

2

En la mayoría de las casas de nuestro vecindario se celebran barbacoas para sacar provecho a los últimos días del verano. Este tipo de reuniones vecinales son un auténtico aburrimiento para mí. Los invitados me parecen anodinos, carentes de cualquier encanto.

Melissa y George Madsen, un matrimonio feliz y bien avenido de cara a los vecinos. Él, boxeador nocturno. Ella, *sparring* antes de irse a la cama. Siempre intentando disimular con gafas oscuras lo que todos sus amigos intuimos.

Otto e Ivette Solberg y sus dos hijos, Oleg y Portia. Todos rubios, altos y fríos. Su hija es la mejor amiga de Lara, una niña cordial y muy bien educada; en cambio, el chaval me da bastante grima, siempre callado, lanzando miradas de desconfianza desde su escondite en el lugar menos iluminado del jardín.

Andy Morris, un cinéfilo empedernido. Desde que lo conozco, siempre se siente en la obligación de hablar, aunque no venga a cuento, sobre alguna película o actor. Soporífero hasta la muerte.

Elle Preston, compañera de mi mujer en la universidad y su mejor amiga. Al igual que a mí, estas reuniones le parecen tediosas.

—Ya están los cafés.

Intento disimular el enorme deseo que escondo de que se acabe de una vez este insulso encuentro. Si soporto estos envites tan molestos, es por mi familia. Mi mujer se siente feliz rodeada de nuestros amigos. Además, Lara aprovecha para estar más tiempo con Portia. Ryan es amante de la lectura y en estas reuniones siempre procura acomodarse en un lugar privado y tranquilo donde no lo molesten mientras disfruta de nuevas aventuras.

—¡Eh, chicos, mirad! —exclama alguien desde uno de los patios cercanos.

—No parece un eclipse —vocea otro vecino poniéndose en pie y permitiéndome localizar el jardín en el que se hallan.

Miro hacia arriba para examinar el lugar que señalan y descubrir lo que observan con tanta atención. Una especie de velo negro oculta la luminosidad de algunas estrellas y parte de la superficie lunar.

—Que fenómeno más raro.

Mi mujer se aferra a mi brazo y noto la inquietud en su mirada.

—Sí que es extraño.

Tengo la fútil curiosidad de saber si el insólito fenómeno que ha comenzado a cubrir el cielo nocturno se encuentra en el interior o en el exterior de la atmosfera.

—Esto me recuerda a una película de ciencia ficción que vi hace un par de años. —Dentro de mi siento crecer la necesidad de gritarle que se calle de una vez, pero lo que ocurre sobre nuestras cabezas tiene toda mi atención—. En ella un tipo... —Andy continua con su banal charla sin que nadie le haga caso.

El capote que está ocultando parte del cielo, se hace más grande ante nuestras atónitas miradas. Se mueve despacio, pero se puede apreciar con nitidez cómo gana terreno a las estrellas y engulle el brillo de nuestro satélite casi en su totalidad.

—Vuelvo en seguida. —Lucie me suelta el brazo sin perder el halo de incertidumbre que la rodea—. Voy a poner las noticias, a ver si están informando sobre este acontecimiento.

—Voy contigo, Lucie —Su mejor amiga le sigue los pasos.

Estoy seguro de que los engranajes de los informativos están trabajando a pleno rendimiento. Solo tengo que mirar a mi alrededor y contemplar a la mayor parte del vecindario embelesados por la belleza del fenómeno para saber que los reporteros estarán alimentando sus propios delirios de grandeza.

—¿Qué será? —*Míster* tundas caseras se dirige a mí sorprendido.

Muchas veces he fantaseado con romperle la cara a golpes para que así probase de su propia medicina, pero mi esposa adora a Melissa y, además, no estaría muy contenta de que un Harris estropease la velada dejándola en mal lugar.

Hago de buen anfitrión.

—No lo sé, pero es curioso.

—Y extraño.

Al contemplar a mis vecinos con las cabezas alzadas, un pensamiento fugaz y no muy halagüeño sale por mi boca:

—¿Y si es peligroso? —Por suerte, mis labios se encargan de amplificarlo

solo para mí.

Mi hija y su amiga están sentadas en el jardín observando lo mismo que todos nosotros. Mi hijo continúa junto al árbol sin levantar la mirada de las páginas de su libro. El pequeño Oleg, como es habitual en su forma de actuar, está oculto entre las sombras. Puedo distinguir sin problema su cabello albino brillando en la nueva y atípica oscuridad nocturna que nos invade.

—En las noticias no han dicho nada.

Al advertir el rostro ensombrecido de Elle, reparo en la auténtica negrura que se cierne sobre nosotros. Mi mujer camina tras su amiga con el pequeño televisor de la cocina y el mismo cariz sombrío. Ver su mueca de esfuerzo y sus andares decididos me hacen recordar uno de los muchos motivos por los que estoy tan enamorado de ella.

—Se ha tragado la luna entera —susurra Melissa Madsen dejando patente su pánico por meter la pata delante de su marido.

Levanto la vista y observo con incredulidad que nuestro satélite ha desaparecido por completo. El anormal manto continúa devorando toda la luz a su paso; lento, pero constante.

—Tenéis que venir a ver esto —dice mi mujer haciéndonos ademanes con la mano.

En las noticias, la presentadora explica que el fenómeno se puede apreciar en todo el país, excepto en las islas de Hawái, donde todavía queda una hora para que expire la luz solar.

—¿Entonces solo se ve de noche? —Ivette Solberg no se dirige a nadie en concreto.

—Sí, eso parece —su marido contesta sin desviar la mirada de la pantalla.

Se ven imágenes de varios corresponsales cubriendo la noticia a lo largo del país. En las ciudades y los pueblos, los habitantes se han echado a las calles para contemplar un fenómeno único e irrepetible en todo su esplendor.

—Podré contárselo a mis nietos —comenta con ilusión un entrevistado mientras dispara al cielo con su cámara fotográfica—. ¿No os dais cuenta? Esto es historia —agrega antes de esfumarse sonriente entre la multitud que se agolpa alrededor del presentador.

En uno de los patios cercanos se oye toser a una persona, pero en este momento no me interesa. Lo que está ocurriendo sobre nuestras cabezas tiene

toda mi atención.

El opaco manto ha cubierto todo el firmamento. No queda ni una sola estrella visible, todas han sido tragadas por la extraña capota negra. Siento el ambiente enrarecido y la caída de algo húmedo e invisible adhiriéndose a mi piel. El aire que respiro posee un aroma desconocido que se adentra en mis fosas nasales.

—¡Huele como a vinagre, pero más fuerte! —exclama alguien en un jardín cercano antes de taparse la boca con el dorso de la mano y toser un par de veces.

—Deberíamos entrar en casa. —Noto a mi mujer asustada.

—Estoy de acuerdo. —Percibo una extraña sensación de que algo no marcha bien—. Lara, Ryan, entrad en casa. —Intento sonar decidido y no mostrarme asustado.

Por fortuna, mis hijos son obedientes y no es necesario un segundo aviso. Ambos se levantan y acatan mi orden sin rechistar.

Al cerrar la puerta de mi casa, otro ataque de tos se escucha por encima de los televisores y las asambleas de vecinos improvisadas.

Nuestros invitados se sientan alrededor de la pantalla del salón mientras los más pequeños se marchan a sus habitaciones buscando algo de calma y privacidad, excepto Oleg Solberg, que está agazapado junto a su padre y cubriéndose con el reposabrazos del sofá.

—No van a contar nada que no sepamos —dice Elle inquieta.

—No ha pasado ni media hora desde que ha comenzado. —Otto ofrece algo de cordura ante tanto recelo—. Esperemos un poco.

—Estos saben lo mismo que nosotros.

Parece que esta vez Andy no va a poner su pesado granito de arena con alguna escena de cine similar a la situación que vivimos.

A través de la ventana observo que la oscuridad ha engullido toda la luz natural, dejando solo la iluminación artificial del vecindario.

Se escuchan los golpes de tos de varios vecinos como si de un coro se tratase, pero uno en especial consigue que se me tense cada músculo del cuerpo, que centre toda mi atención en él. Un ataque de tos cercano.

Un ataque de tos... procedente de la planta de arriba.

3

Cruzo el riachuelo y me detengo a comer. Me he alejado la distancia suficiente de los agresores como para sentirme a salvo. De mi mochila saco la última lata de melocotones en almíbar que me queda.

—A Lara le encantaban.

Una imagen de mi pequeña llenando el carro de la compra con varios botes de fruta endulzada aparece fugaz en mis recuerdos más vagos. Algunas lágrimas que no puedo contener se mezclan con el dulce líquido del envase.

No me he dado cuenta de que la tarde se ha abalanzado sobre mí. Estoy en un buen lugar para reposar mi dolorida espalda. No tengo ninguna intención de dormir. Las pesadillas que me asaltan son demasiado dolorosas. Descansaré un par de horas y al anochecer buscaré un refugio seguro.

¡AVISO IMPORTANTE! El refugio no debe tener otras personas viviendo en los alrededores. Pueden poner en riesgo nuestras vidas.

—Lo único que haces es mancharme las manos de sangre.

A mi cabeza llega la imagen de las dos últimas personas que he dejado atrás. Hace tiempo que no me importa tener que abandonar a otros a su suerte, pero siempre tengo el fútil deseo de no volver a repetirlo.

Eso ya lo hablaremos, llegado el caso.

En el nuevo mundo, los supervivientes sólo se preocupan de su bienestar personal y hacen lo que sea necesario para vivir otro día. Mi yo más cruel me apremia a seguir el mismo sendero sin desviarme.

No las conocías. ¿Por qué arriesgarse? Además, he salvado tú patética vida. Como siempre.

—Piérdete.

Mi susurro se mezcla con los gemidos de los árboles retorciéndose ante su inminente muerte.

Si no fuese por mi ayuda, estarías criando malas. ¿Cuándo piensas agradecérmelo de una jodida vez?

Omito sus reproches, tengo asuntos importantes en los que pensar. Una

caminata constante durante la noche me permitirá llegar a uno de los pueblos cercanos antes de que amanezca.

Noto una leve e incesante sensación de frío, pero no debo encender un fuego que revele mi posición.

A veces sabes pensar.

El bosque emite un sonido cortante, como si quisiese darle la razón a Rimmer, el insufrible.

Me acurruco entre unas plantas colmadas de tanta vida que se desmarcan del resto de la vegetación que me rodea.

Descansa, tenemos una noche muy dura por delante.

Sin prestar más atención a mi desalentadora voz interior, sucumbo ante una reparadora sensación de descanso.

4

—¿Cariño, te encuentras bien? —Lara me mira con gesto tranquilo sentándose en la cama.

—Estoy bien, papá —Tose de nuevo—. Solo se me ha irritado un poco la garganta.

Me invade la misma sensación extraña que tengo desde que el inexplicable manto ha invadido nuestro cielo.

—Voy a subirte un vaso de leche con miel. —La beso en la frente—. A ver si podemos mejorar esa garganta.

Salgo de la habitación sin que disminuya mi preocupación.

En el salón, los invitados prestan toda su atención a las noticias. Los presentadores continúan informando sobre lo que está acaeciendo. Entrevistan a pie de calle a varias personas que no dejan de alzar la vista al cielo. Expertos en la materia intentan sacar una conclusión cabal explicando que se trata de un fenómeno que solo se puede contemplar cada cuatro mil años.

—Estos tres saben lo mismo que nosotros —susurra Andy reparando en la visible incertidumbre que desprende el plató.

El labio inferior del presentador se aprecia más enrojecido con cada mordisco, casi imperceptible, de su cuidada dentadura, lo cual me dice que su cháchara imparables y seguras son meras conjeturas de un profano en la materia.

—¿No lo notáis asustado?

Andy se echa a reír y puedo notar en su histérica hilaridad que él también lo está. El extraño manto nocturno ha repartido preocupación por todo el país.

—¿Cómo está Lara?

Mi esposa, como el resto de invitados, está inquieta, y por puro instinto intento calmarla.

—Solo tiene un poco irritada la garganta. —Saco la taza del microondas mostrándole mi mejor sonrisa—. Voy a subirle la leche.

Me besa con dulzura.

—Yo me encargo de despedir a los invitados. —Algo que le agradezco de corazón.

Con cada escalón que subo con el remedio casero de Lara, mi pensamiento divaga sobre la inusual situación que vivimos, pero un ataque de tos seca escupido hacia el pasillo logra que me centre solo en mi pequeña. «Algo ha traído consigo el manto», me asusta pensar que el fenómeno pueda ser tan peligroso como digno de ver.

—Aquí está la leche de mi princesa.

Lara está animada, hablando con su amiga como si no estuviese ocurriendo nada raro en nuestras tranquilas vidas. Contemplar su normalidad me hace creer que mis conjeturas son erróneas, aunque la intensa sensación que me aterra y sugestionona no desaparece.

—Estoy bien, papá. —Coge la taza de leche y acaba con el contenido de un trago—. Es solo un poco de tos.

—Tus padres te están esperando abajo. —La hija de los Solberg me mira sin perder la sonrisa.

—Mañana nos vemos, Lara. —Besa a mi pequeña en la mejilla—. Hasta mañana, señor Harris.

—Hasta mañana, Portia —me despido con la misma amabilidad—. Si empeora la tos, avísame y vamos al hospital.

—Estoy bien, papá, de verdad. —Agacha la cabeza y fija la mirada en el teléfono móvil.

Bajo para despedir a los invitados, que ya están saliendo por la puerta. Mi esposa, como buena anfitriona, no pierde la educación, pero sí el buen humor y la sonrisa que la caracteriza.

—Ryan, ve a bañarte para ir a la cama. —Mi hijo cierra el libro—. En un rato subo a leerte. —Y se larga escaleras arriba sin protestar.

—¿Cómo está?

Tras la marcha de los invitados mi mujer puede centrarse en nuestra familia. Me acomodo en el sofá para continuar viendo las noticias sin las opiniones e hipótesis infundadas de nuestros amigos.

—Dice que se encuentra bien. —Comienzo a creer lo que me ha dicho mi hija—. Que solo le duele un poco la garganta.

Uno de nuestros amigos tose al cruzar el jardín, pero no logro distinguir

quién es y tampoco me importa demasiado.

—Estoy un poco asustada. —Se sienta a mi lado y me agarra la mano con fuerza—. Lo que está ocurriendo es muy extraño.

—No te falta razón.

Prestamos atención a la pantalla, esperando que algún experto, si lo hay, arroje algo de luz sobre lo que acontece.

Otro ataque de tos llega hasta nosotros. Lucie me mira con rostro serio y en un acto reflejo aprieto su mano. Quiero que sepa que estoy a su lado, que todo va a salir bien. Una certeza de la cual yo mismo comienzo a dudar.

—Voy a comprobar que se encuentra bien.

Mi mujer me besa. En sus achinados ojos marrones puedo apreciar la incertidumbre, y en su forzada sonrisa, la inseguridad.

La luna me envía sus primeros destellos de luz a través del frondoso bosque. Debo ponerme en marcha, pero antes me tomo un instante para decidir mi próximo movimiento. No tengo una dirección definida, aunque nunca está de más asegurarme de que me dirijo a un lugar poco habitado.

Te lo dije. Hoy será un buen día para nosotros.

Cojo el viejo mapa con el que me guío sin prestar atención a mi corrosiva vocecilla interna.

—Aquí estaré bien.

Decido ir a un pequeño pueblo que, según la leyenda del plano, está cobijado por el mismo bosque en el que me encuentro. Las bandas más sangrientas no se adentran en la espesura de los árboles, lo que me conferirá una exigua sensación de seguridad durante mi travesía nocturna.

Un gran día, sí señor.

Corono la empinada cuesta del lugar que me ha ofrecido un descanso poco reparador y, a unos cien metros, puedo distinguir, bañadas por el brillo lunar, tres siluetas balanceándose colgadas de la rama de un árbol.

Mi cerebro no se preocupa por las personas ahorcadas en él, se entretiene intentado adivinar la infinidad de vivencias que habrá tenido el árbol del que penden durante su milenaria vida.

Esos que están dando vueltas como en un tiovivo son igual de cobardes que tú.

Oteo a mi alrededor hincando una rodilla en la tierra. Si han sido asesinados, debo asegurarme de que los verdugos no andan cerca.

Bien pensado.

Al llegar a su altura, compruebo que son dos hombres y una mujer. No han muerto hace mucho tiempo. Su piel continua intacta, incluso bajo las inclemencias climáticas.

¿Todavía quieres terminar igual?

Examino el terreno cercano a los cadáveres para cerciorarme de que no existen otras huellas diferentes a las dejadas por las tres víctimas.

—Parece que estamos solos.

¿Vas a robarles?

Esquivo la carcajada mental de Rimmer y trepo al árbol para revisar sus bolsillos.

Estos no tienen ni dónde caerse muertos.

Fotos de una felicidad perdida, dos machetes viejos y oxidados, y una pelota antiestrés. Nada que me sea de utilidad.

Maldito idiota. Debí de haber seguido dándole a la pelotita.

—Andando.

No puedo perder más tiempo con los cadáveres ni protestándome a mí mismo. Tengo que llegar al lugar seguro que he establecido para guarecerme antes de que el amanecer viva de nuevo.

Míralos bien y no olvides que es así como intentas acabar.

6

—Parece que Lara se encuentra mejor —musita mi mujer con la cabeza en el interior del frigorífico.

—Estoy de acuerdo. —Contemplo su bonito trasero mientras se dirige a la mesa—. La he visto más animada.

—He pasado toda la noche sin dormir. —Me mira con ojos somnolientos—. Fue muy raro lo de anoche, ¿verdad? —La noto más sosegada—. Esta mañana no lo he visto. Es como si se hubiese desvanecido.

He pensado lo mismo al asomarme a la ventana. ¿Por qué no se aprecia a la luz del día? ¿Ha desaparecido o se ha movido?

Lara entra a la carrera y enciende el televisor.

—Lo están viendo en la otra parte del planeta. —Su pierna se mueve con inquietud mientras surge la imagen en la pantalla.

La presentadora del canal estatal aparece con el rostro resplandeciente, orgullosa de estar cubriendo la noticia más trascendental de su carrera. Los hechos sobre los que está informando no son para menos.

En la parte superior de la pantalla hay un pequeño recuadro donde un periodista se atusa la corbata a la espera de entrar en directo.

—Conectamos con nuestro corresponsal en Europa. —Su intento por infundir un poco de suspense a la noticia me resulta cómico—. Mike, cuéntenos qué ocurre donde ha caído la noche.

—La nube negra se puede apreciar desde hace unos minutos. —Cientos de personas se agolpan en lo que parece una de las arterias de la ciudad—. Al igual que ocurría anoche en la otra parte del planeta, la gente se ha echado a la calle para no perderse ni un solo instante de este increíble fenómeno. —Las cámaras y sus flases no dejan de iluminar el rostro del corresponsal.

—Quizá no se mueve —susurra Lara para sí misma sin desviar la vista de la pantalla.

Mi esposa me lanza una mirada cómplice. Los dos pensamos que nuestra hija puede tener razón en su argumento. Quizá lo tengamos sobre nuestras cabezas y solo se aprecie de noche.

El enviado especial detiene el paso de un chico joven de ojos atentos.

—¿Qué le parece formar parte de la historia al contemplar un fenómeno tan épico?

—¿Es que estamos todos tontos? —Se puede notar su estado de exaltación.

—¿Sabe que no hay constancia de nada parecido? —dice el periodista, que no tiene tiempo para retirar el micrófono de la boca del entrevistado cuando ya está hablando de nuevo. Me alegra poder leer la traducción en la pantalla.

—Mira a tu alrededor. —El corresponsal intenta retirárselo otra vez—. Todos mirando al cielo como idiotas. —Lo agarra con fuerza—. Y ahora escucha. —El sonido ambiente me hace reparar en algo que no había advertido durante la entrevista—. ¿Los oyes toser? —Me cae bien el chaval—. Eso pasaba anoche en tu país. Yo también veo las noticias. —La sonrisa apagada de Lucie me dice que está de acuerdo—. ¿Hay miles de personas tosiendo mientras observan embobados esta mierda? —Guarda silencio un instante—. ¿Y mañana qué? —se pregunta devolviendo el micrófono al reportero, que se ha quedado sin palabras. Nos ha hecho pensar, tanto a él como a mí.

Mi hija nos mira con ojos asustados.

—Tiene razón. Yo lo puedo afirmar —dice apagando la televisión e intentado disimular el temblor de su mano.

—Después no ocurre nada —susurro intentado apaciguar su miedo y sintiendo una fuerza invisible que hace que me levante para abrazarla y mostrar el inmenso amor que le profeso—. Mi hija lo puede atestiguar.

Ryan se sienta a la mesa frotándose los ojos.

—¿Mamá, que hay de desayuno?

Al no haber comenzado las clases, lo dejamos ejercer de marmota y disfrutar de su pasión por la lectura todo el tiempo que desee.

He topado con una casa que tiene un aspecto estupendo y desde fuera parece bastante más segura que cualquiera de mis refugios anteriores. Aparenta haber sido abandonada durante el manto y no haber vuelto a ser ocupada desde entonces. Su descuidada envoltura anuncia que no ha estado exenta del maltrato del tiempo, pero sí parece haberse librado del caos del nuevo mundo.

Un reconocimiento rápido me muestra los puntos débiles.

—Una casa tan bien conservada puede tener herramientas en el garaje. —
El eco de mi propia voz me pone en alerta.

Baja el volumen, atontado.

Necesito un lugar donde poder preparar con calma mi asalto a la ciudad.

—Aquí estaré seguro —murmullo sin apresurarme y midiendo cada paso.

Buena decisión. Me gusta que pienses con esa cabeza tan dura que tienes.

Al igual que el esqueleto de la vivienda, el garaje se encuentra en buen estado. Un Ford Mustang marrón del año setenta y dos, que parece recién salido de fábrica, destaca encerado y orgulloso, exhalando por las ventanillas abiertas los últimos suspiros de un viejo ambientador de rosas posado sobre la guantera.

Por suerte también hay una mesa de trabajo con útiles variados.

—Fortificaré la casa aprovechando la madera de los muebles.

Cojo un martillo y me guardo un paquete de clavos en el bolsillo de la chaqueta.

—Necesitaré mantenerme despierto todo el día.

Una bendición para mí. No habrá pesadillas. Dejo los clavos en la ventana del salón y me guardo el martillo en una presilla del pantalón, en el lado opuesto del cuchillo. Si llegado el caso necesitase darle otro uso, será una buena arma de defensa.

Bajo las escaleras del sótano buscando el interruptor de luz, temblando por lo que me pueda encontrar. Palpo la cuerda que la enciende y tiro con lentitud, deseando no hallar a los antiguos dueños de la casa.

Espabila, cagón.

Sonrí por mi suerte al descubrir, a la luz de la bombilla, un generador de emergencia y un pequeño depósito de combustible para alimentarlo. No puedo creer la estrella que he tenido al encontrar este lugar.

—Ya voy.

Mis tripas cansadas de protestar durante horas me piden algo de sustento.

Vuelvo a la planta superior y entro en la cocina. Reviso las alacenas y encuentro algunas latas de legumbres.

—Vaya suerte la mía. —Una de judías, cuatro de lentejas y dos de garbanzos—. Si lo raciono bien, me puede durar una semana.

Cógelolo todo. No dejes para otros lo que podamos utilizar nosotros.

El rugido de varios motores acalla mi voz interior, que, para mi satisfacción, había guardado silencio durante unos reconfortantes minutos.

Me asomo por la esquina de la ventana con el mayor sigilo posible.

—Allá van.

Las bandas están regresando a sus guaridas antes de que muera por completo la noche. La caza ha terminado y es hora de volver al refugio con el botín.

Al amanecer comenzarán a salir las pandillas de la ciudad y los supervivientes que, como yo, viajan solos o con algún ser querido, deberán esconderse.

Muchas personas no han sabido adaptarse al sanguinario, duro y desconocido mundo en el que vivimos, y han elegido malvivir ayudando a otras personas en lugar de matar. A mí me gusta llamarlos la esperanza humana.

El peso de la humanidad no puede recaer sobre las espaldas de personas tan cobardes como tú. ¡Lo que nos faltaba!

Yo, como muchos otros, me he perdido y no tendré hueco en un mundo de paz y amor. Me avergüenzo de muchas de mis acciones. «No le hagáis daño.» La voz de la mujer de ayer, rota por el cansancio, se adentra en mi pensamiento. No tardo mucho en rechazarla, igual que hice con las voces de otras personas a las que di la espalda y que pretenden obligarme a recuperar mi humanidad. Lo cierto es que la única voz que tiene poder para decir lo que le venga en gana es la que más detesto de todas.

Sin embargo, siempre aparezco cuando me necesitas, pedazo de mierda.

—Y cuando no te necesito, también.

Me voy a cansar de tus reproches. Estoy harto de salvar tu culo de cretino.

—Espero que sea cierto y te esfumes.

No queda ni un solo vestigio de oscuridad en el cielo. El silencio se apodera del ambiente anunciando que es hora de reponer fuerzas y relajarse. No durante mucho tiempo, pero el suficiente como para aliviar la tensión de los últimos días.

Desde la ventana del salón puedo contemplar que la noche se abre paso liquidando los últimos rayos de sol. Necesito saber si el manto cósmico continúa surcando nuestra atmósfera.

Me hace sentir bien comprobar que mi hija no ha vuelto a toser ni a dolerle la garganta.

—Hay que ser gilipollas —digo elevando la voz al ver a mis vecinos saliendo de sus casas

Mi mujer me envía una mirada reprobatoria.

—Brad. Esa boca... —Señala con la vista a Ryan, que está sumido en la lectura sin prestar atención al resto de los mortales.

Lara está viendo la televisión. Le chiflan los *Reality Show*. Un puñado de personas haciéndose famosas a costa de su intimidad y amor propio. Eso sí, programas más entretenidos que las preocupantes noticias.

Mi mujer se sitúa a mi lado.

—La curiosidad mató al gato. —Al igual que yo, piensa que salir de casa no es una buena idea.

La oscuridad se ha tragado los tintes diurnos más rezagados y no hay rastro de la nube cósmica. Una sensación reconfortante recorre mi cuerpo de pies a cabeza.

—Parece que no está, cariño —dice mi mujer escrutando el cielo con atención—. Ha desaparecido. —Me muestra una sonrisa calmada que no había visto desde anoche—. Lara, ayúdame a poner la mesa.

Mi hija apenas protesta; se levanta del sofá sin dejar de mirar la televisión.

—Mamá, espera un minuto, quiero saber a quién eliminan.

Ryan, al contrario que nosotros, emana calma, como si nada de lo que acontece fuera de su incumbencia.

—¿Qué libro empezamos esta noche? —Cierra de un golpe orgulloso su acabada lectura.

—¿Te parece bien *Tom Sawyer*?

Una de las obras favoritas de mi infancia y que mi madre se encargaba de leerme cada noche.

—Si está mejor que *Momo*, será genial.

—¿Por qué no vas a ayudar a tu madre y a tu hermana con la mesa? —Me paso la palma de la mano por el estómago haciendo círculos—. Estoy hambriento.

Ryan se levanta, zanjando nuestra conversación, para dirigirse a la cocina.

Es el momento de poner el canal de noticias y averiguar qué se cuece. Estoy más calmado, es cierto, pero la extraña sensación de que algo malo ocurre sigue dándome puñetazos mentales.

—La nube cósmica ha desaparecido de nuestros cielos. —La presentadora utiliza un alentador tono de voz mientras los expertos en la materia continúan debatiendo sobre su procedencia, composición y trayectoria.

Siento la mano de mi hija posarse en mi hombro.

—A cenar, papá.

Apago la televisión y camino a su lado rodeándola con el brazo.

—Ya te dije que no era nada, cariño.

Nos sentamos a la mesa sin hablar del misterioso manto que cubrió nuestras cabezas la noche anterior. Ni de los repentinos ataques de tos de nuestra hija. Guardamos silencio esperanzados en que ya haya pasado lo peor para los Harris.

Con mis tripas silenciadas y la engañosa seguridad de mi nuevo cobijo, camino al salón para disfrutar de un poco de música. La he visto nada más entrar. No he comprobado si el tocadiscos funcionaba, tenía asuntos más importantes de los que ocuparme.

—Añoro mi viejo reproductor.

La música me relaja y no he disfrutado de ninguna melodía desde hace meses, aparte del silbido que me ofrecen mis propios labios.

—Miles de canciones embutidas en un solo aparato.

El tocadiscos parece encontrarse en buen estado. Extraigo un elepé de la enorme colección que guarda el mueble de la televisión.

—El Rey. —El plato comienza a girar y, con suavidad, dejo caer el brazo procurando no estropear el vinilo—. Genial.

Te preocupas por tonterías.

—Quizás estés en lo cierto.

Vives en un mundo cruel y sanguinario. Este tipo de cosas importan una mierda.

—Hay mierdas que merecen la pena cuidar.

Tu vida, por ejemplo.

Con El Rey cantando «Can't help falling in love», me acomodo en el sofá y cierro los ojos para deleitarme con su melodía. Todos mis sentidos se centran en la particular voz que anega la estancia. Por suerte, el sonido de las notas no sale escupido al exterior, se acalla frenado por las gruesas ventanas.

Apago la lámpara que tengo al lado y noto la relajación apoderándose de mí. No puedo dejar de preguntarme si fue el manto el que acabó con los propietarios de la casa o fue otro motivo el que los obligó a marcharse a toda prisa.

—Música, combustible para el generador, un vehículo en perfectas condiciones y un pozo con agua potable en el jardín.

Un filón en estos días.

—¿Por qué no me quedo aquí?

Lo primero que piensas con cierto criterio desde hace semanas.

La respuesta es sencilla, necesito armas más potentes que un machete y un martillo para defenderme, y en la ciudad tengo más posibilidades de encontrarlas.

—Podría atrincherar la casa y regresar cuando termine en la urbe. —Lo más acertado es alejarse del peligro.

¿Un centro de operaciones? No me queda más remedio que felicitarte.

Cada vez queda menos del antiguo mundo, pero permanece lo suficiente como para prolongar la dura supervivencia humana un poco más.

Por lo menos la tuya.

En las grandes ciudades todavía se pueden encontrar vestigios de los antiguos supermercados, armerías, librerías o cualquier otro comercio.

¿Vas a empezar de nuevo con el dichoso Tom Sawyer? ¡Qué cruz! Concéntrate en fortificar la choza. No encontraremos otro pueblo tan apacible.

Llamar pueblo a un lugar como este es una etiqueta que le queda demasiado grande. Una sola calle con una docena de casas que parecen hallarse vacías, una tienda de comestibles, una farmacia, un bar y una iglesia.

—Hecho. Este será mi refugio.

Esta noche, a buscar provisiones.

La ciudad no está muy lejos y es muy posible que alguna banda haya peinado el lugar.

—Dudo mucho que encuentre suministros.

No he conocido a un tío más negativo que tú. Me das asco.

—Lo primordial es proteger los puntos débiles de la estructura.

—Mamá... Mamá... —el susurro de Lara me desvela.

Me destapo despacio para no despertar a Lucie y camino con celeridad hacia la habitación de mi hija.

—¿Qué te ocurre, cariño? —Mi rostro debe ser un poema por la mueca de preocupación y el color blanquecino que lo ocupa—. ¿Estás bien?

—Tengo un poco de fiebre. —Poso la mano en su frente y compruebo que está ardiendo.

—Vístete. Nos vamos al hospital.

No pretendía despertar a mi mujer, pero la situación ha cambiado. Estoy aterrorizado. «Esto es lo que ocurre la segunda noche», mi pensamiento no me ayuda a recapacitar con la claridad que necesito.

—Cariño, despierta. —Mi esposa se incorpora asustada. Puedo advertir el pavor en su fino rostro—. Lara está ardiendo. Voy a llevarla al hospital. —En seguida me doy cuenta que ha comenzado a calzarse—. Es mejor que vaya yo solo, cariño. —Sé que no va a aceptar mi premisa, pero estoy seguro de que hago lo más adecuado para mi familia al pedirle que se quede con Ryan.

—De acuerdo, me quedo.

Me parece imposible que haya cedido sin esgrimir alguna protesta. Es posible que tenga el mismo desasosiego que yo por lo que nos podamos encontrar en el hospital.

—Te llamo con cuando la estén atendiendo. —La beso en la frente y acelero el paso bajando las escaleras con vivacidad.

Al entrar en el garaje compruebo que mi hija ya está esperándome sentada en el coche y con el cinturón abrochado.

—Es solo un poco de fiebre, cariño. —No cree lo que le digo, puedo verlo en sus ojos, pero asiente sabiendo que solo intento animarla.

Al atravesar la puerta del garaje, observo que no somos las únicas personas asustadas por lo que ocurre. Varios vehículos salen de las casas para circular en la misma dirección.

—Todo esto es culpa de la nube negra y cada noche que pasa

empeoramos. —Susurra intentando no romper a llorar.

—Ya verás cómo al final no es nada mi amor.

—Papá, tu cara no dice eso. —Contemplo mi rostro en el espejo retrovisor y constato que está en lo cierto. Incluso yo mismo puedo notar el pavor en mis ojos.

La entrada de urgencias está atestada de coches. Ninguno se encuentra aparcado en los lugares destinados para el estacionamiento, lo que me revela que el caos ha hecho acto de presencia en nuestras tranquilas vidas.

—¿No vas a aparcar?

La pregunta de mi pequeña me hace advertir que estoy emulando a los conductores menos respetuosos al dejar mi vehículo mal estacionado.

—Lo único que me importa eres tú. —Beso su abrasadora mejilla—. Que se lo lleve la grúa.

—No creo que el pueblo cuente con suficientes grúas —murmura viendo las decenas de coches que hay a nuestro alrededor—, incluso puede que muchos gruistas estén congregados con la multitud. —Señala con el dedo la entrada al hospital.

La puerta de acceso está a rebosar de personas que intentan ser atendidas. Nadie piensa en los demás. Otra razón para saber que la confusión y el pánico se van asentar durante los próximos días.

—Presten atención, por favor —dice un médico al que apenas se le divisa desde donde estamos—. Es solo un brote de fiebre. —El barullo que obstruye las escaleras nos mantiene alejados de la entrada.

—¡Seguro! —protesta una madre con un chaval en brazos, que no tendrá más de dos años—. Si lo que pretende es contarnos un cuento, será mejor que pida ayuda a los hermanos Grimm. —Agradezco que la desconocida haya logrado formar una sonrisa en los labios de mi hija.

—HAY PACIENTES MÁS GRAVES QUE NECESITAN DE ATENCIÓN MÉDICA URGENTE —vocea el médico señalando a un chaval con la cabeza ensangrentada—. ESPEREN SU TURNO, POR FAVOR. —Hace pasar al muchacho del cráneo abierto ordenando a los guardias de seguridad que le abran paso entre la multitud—. TENGAN PACIENCIA, SE LES ATENDERÁ A TODOS. —Rodea al paciente sanguinolento con un brazo por encima del hombro y ambos desaparecen en el interior.

Los encargados de la seguridad, para evitar que la multitud impaciente y asustada entre a la fuerza, se colocan unos junto a otros formando una barrera humana, vigilando la llegada de pacientes que necesitan de mayor atención.

—Mira, papá. —Dirijo la mirada al punto indicado por mi hija y contemplo ensimismado la hilera de vehículos que continúa más allá de donde alcanza mi vista—. No van a dar abasto.

El gentío que se acumula en la puerta empieza a gritar y emitir todo tipo de improperios. Un hombre fornido y alto suelta el brazo de su acompañante y comienza a empujar a las personas que tiene delante, que acto seguido lo ayudan en su cometido.

—Papá, vámonos a casa, por favor. —Miró a mi pequeña sorprendido—. Es más peligroso estar aquí. —Un argumento que gana peso al observar la escasa cordura que nos rodea.

Nos encontramos al comienzo de un acontecimiento desconocido y para el que no estamos preparados. Lo más adecuado es regresar a la seguridad que nos proporciona nuestro hogar.

—Cariño, no sueltes mi mano.

Agarro con fuerza a mi hija y acelero el paso para alejarme cuanto antes de la enfervorecida muchedumbre.

—Mamá, por esta zona encontraremos alguna rata. —El joven y masculino tono de voz de una persona buscando comida me estropea los tonos más dulces de la canción—. Estoy seguro.

Los roedores abundan en estos tiempos. Además, no quedan muchas más especies animales con las que subsistir. Apenas existen ejemplares de la antigua fauna terrestre. Ningún ser vivo quedó exento del manto, excepto los pocos que, como yo, éramos inmunes a su mortal influencia.

Desde mi privilegiada posición puedo distinguir a un chaval de unos quince años luchando por su vida y la de su madre.

—Otra noche más no, por favor. —No deseo escuchar los gritos de miedo y dolor tan asiduos en mi vida.

Tú solo tienes que escucharme a mí.

La mujer, mucho más cauta, le indica que no suba tanto la voz colocando su huesudo dedo en los labios. A pesar de la oscuridad nocturna y la distancia que nos separa, puedo advertir la derrota en su rostro. Un semblante demacrado y vencido por las duras circunstancias del nuevo mundo.

Siento pena por los dos, un pesar que dura un efímero momento, el mismo que emplea la aguja del tocadiscos en cabalgar sobre un nuevo surco o el que tarda Rimmer en volver a molestarme.

Bajo ningún concepto te mezcles con otras personas.

El muchacho, vestido con unos vaqueros raídos, unas deportivas rotas y un sucio suéter con los colores de un equipo deportivo de otra ciudad, corre de un lado al otro intentando atrapar la cena. Blande una lanza creada con la rama de un árbol, sin producir sonido alguno en su persecución. Estoy viendo a un cazador experto.

Y yo a un idiota que no sabe esconderse. Retírate de la jodida ventana.

El chaval se agazapa tras un vehículo abandonado y apremia a su madre para que se agache moviendo la mano hacia abajo. Mantiene en tensión cada músculo, su pulso es firme y el arma improvisada apenas se balancea.

Un roedor de gran tamaño pasa frente a su escondite buscando lo mismo

que el resto de supervivientes: Comida. Se detiene a olfatear un trozo de bota que hay tirada en el suelo, escudriñando su entorno con movimientos rápidos y gráciles de cabeza.

La distancia con su cazador es suficiente para beneficiarse de un tiempo precioso en caso de tener que huir y esconderse. Mira hacia el escondrijo de su enemigo mostrando exceso de confianza en sus pequeños, brillantes y negros ojos, sin saber que se enfrenta a un buen trampero.

La artesanal lanza sale despedida por encima del inexistente motor del vehículo, cortando el viento y retorciéndose sobre sí misma. Contemplo ensimismado el buen hacer del chaval.

El recorrido del arma de madera se detiene y un leve chillido inunda la noche. Ha traspasado el cuerpo del animal. La rama oscila motivada por los últimos espasmos del roedor mientras su vida se extingue.

—Mamá, le he dado. —El chaval sale de la protección que le proporcionaba el esqueleto de chapa y camina con paso lento y vigilante para recoger la presa—. Ya podemos largarnos.

Su madre se acerca sin dejar de escrutar a su alrededor y lo abraza mirando con gesto de asco y placer la cena de esta noche.

—Busquemos un lugar donde descansar. Estoy exhausta.

Nuevos inquilinos en el barrio. Arrampla lo que haya en las tienduchas de esta aldea.

—Este lugar está revisado palmo a palmo.

Si hay algo, mejor que sea para nosotros.

Obvio la reiteración de Rimmer sobre los inmuebles expoliados del pueblo.

—Espero que no se queden mucho tiempo.

Los sigo con la mirada hasta que desaparecen tras la vivienda más derruida de la zona, sintiéndose afortunados y orgullosos por el botín obtenido.

Mientras no te intimas, perfecto.

Reparo en que la música ha dejado de sonar y camino hacia el tocadiscos para colocar otro vinilo. Me vendrá de perlas relajarme y disfrutar de la comodidad que me ofrece el sofá mientras las maravillosas notas del piano de Chopin me envuelven con un velo de calma. Me obligo a no quedarme

dormido frotándome los ojos de forma brusca.

No quiero que las pesadillas me encuentren.

12

Hemos pasado la madrugada velando por Lara, y comprobar que nuestra hija se encuentra bien esta mañana no nos reconforta en absoluto. Lo que la esté atacando, muestra su feo rostro solo de noche.

Mi esposa ha intentado prevenirme. Piensa que lo más seguro para nosotros es que vayamos a un hospital menos peligroso. Por suerte, he podido hacerle entender que no estamos preparados para esta crisis, que cualquier centro sanitario al que acudamos estará comprometido, y que, pese a lo ocurrido anoche, haremos todo lo necesario para proteger a nuestros hijos. Lara y Ryan son nuestra mayor prioridad.

—Nos tenemos que ir. —Mi mujer no quiere perder tiempo y cumplir la segunda decisión que hemos tomado: Llevar a Ryan a la granja de su familia; allí estará a salvo y podrá desconectar de lo que está pasando, de lo que le ocurre a su hermana mayor.

Lara y yo nos quedaremos en casa e iremos al hospital antes de que anochezca. Lucie se reunirá con nosotros cuando nuestro hijo esté seguro.

Por suerte, hoy el centro médico estará atestado de policías que impedirán que se repita el caos de anoche. Dos muertos y decenas de heridos nos han hecho comprender que estamos ante una de nuestras mayores crisis.

—Tengo ganas de visitar a las tías.

Karen y Conney son especiales para mi hijo. Le encanta estar en la granja ayudando en el cuidado de los animales. Además, siempre tienen algún buen libro que sugerirle.

—Dales un beso a papá y a Lara. —Ryan deja el equipaje al pie de la escalera y corre a besar a su hermana.

—Te quiero mucho.

Solo tiene doce años, pero es lo bastante inteligente como para advertir que su hermana mayor está enferma. Desde ayer por la mañana no ha intentado hacerla rabiar.

—Yo también te quiero, enano. —Mi hija intenta contener las lágrimas hasta que Ryan se da la vuelta para dirigirse a mí.

—A ti también te quiero mucho, papi. —Me rodea con sus pequeños brazos—. Me llevo *Tom Sawyer* para leerlo en casa de las tías. —Recoge el equipaje y desaparece por la puerta del garaje.

—Esta noche te veo en el hospital. —Mi mujer está aterrorizada, puedo notar lo en cómo arrastra las palabras y en sus nerviosos gestos manuales—. Llámame con lo que sea, ¿de acuerdo? —el susurro es tan tenue que apenas lo escucho, pero advierto su tono de exigencia: «Con cualquier cosa me llamas». Siento sus cálidos labios unirse a los míos y deseo con todas mis fuerzas que no se separen nunca—. Te quiero, Brad.

—Yo también te amo.

—Cariño, todo va a salir bien. —Abraza a nuestra pequeña como si fuese la última vez. Todos en la familia, excepto Ryan, que solo lo intuye, sabemos que hay motivos suficientes para estar preocupados. Observo con impotencia que una lágrima abandona el achinado ojo de mi esposa y golpea en el hombro de mi hija dejándole una perceptible mancha en la camiseta.

Desde la puerta del garaje observo marcharse a mi mujer y siento un temor atroz por dejarlos solos, pero en estos momentos Lara es nuestra prioridad.

—Tiene que dar miedo saber lo que ocurre con antelación —dice mi hija al entrar en el salón fijando la vista en la pantalla—. Llevarán todo el día esperando la fiebre. —Donde la noche ya ha caído, los procesos febriles hacen acto de presencia. Donde el día lo domina todo, esperamos asustados lo que ocurrirá en unas pocas horas—. Al menos nosotros no sabemos qué pasará.

Quiero expresar en voz alta que tienen suerte de saber lo que ocurre con antelación, que me está consumiendo la incertidumbre, pero decido agarrar su mano y guardar silencio. Mi pequeña no precisa que le recalque lo que ya sabe. Necesita mi apoyo.

En las noticias, la presentadora aconseja que asistamos a los hospitales solo en caso de extrema emergencia. Conecta con algunos corresponsales que la cadena tiene repartidos por el mundo y todos parlotean sobre el brote de fiebre y el asalto a los centros médicos en otros países.

Mi mujer y mi hijo no desalojan mi pensamiento y, pese a que no hace mucho tiempo que se han marchado, descuelgo el teléfono. Necesito saber que están bien.

—Hola, preciosa. —Que haya contestado me alivia.

—Cariño, acabamos de salir. —La voz de Lucie logra calmarme casi por completo—. No hemos llegado todavía a la interestatal.

Me conoce lo suficiente como para saber que no me importa el tiempo que haya transcurrido desde su marcha. Llamaré las veces que sean necesarias.

—Solo necesitaba escuchar tu voz. —Tengo pensado estar en el centro médico cuando el sol comience a ocultarse.

—Te amo, Brad.

—Yo también te amo, Lucy.

Una aguda sensación de desamparo recorre cada centímetro de mi cuerpo.

—Conduce con cuidado, mi vida.

El cansancio es más intenso cada día, y el dolor de la bala que atravesó mi cuerpo se acentúa con cada esfuerzo. Pese al malestar que me agota, tengo la obligación de fortificarme lo mejor posible si pretendo que perdure como refugio estable.

Durante la madrugada, solo un hombre corpulento y armado con un machete de medio metro ha surcado la oscuridad nocturna buscando alimentos o alguna víctima.

Pienso en el chico de la lanza y en su madre, y deseo que no entrelacen sus caminos.

—Espero no encontrármelo en una de mis salidas.

Llevo vivo lo suficiente en este duro mundo como para distinguir un psicópata a kilómetros de distancia, y el tipo de anoche sin duda lo era.

Tengo un día agotador y espero estar lo bastante fatigado para descansar unas horas sin visitas familiares.

No es necesario que estés dormido.

Rimmer está en lo cierto. Sus apariciones no tienen horario definido, pero al menos, cuando estoy despierto, rememoro solo los instantes que deseo.

Tus estúpidos recuerdos nos afectan. Siempre acabas buscando una viga donde poder amarrar una soga.

—¿Qué te parece si primero me meto entre pecho y espalda una latita de judías y luego me pego un bañito antes de ponerme a darle al martillo?

Falta te hace, tío guarro.

El ruido de un motor comienza a escucharse a poca distancia. Las bandas regresan a buscar supervivientes en este pequeño pueblo o en algún otro de los alrededores.

Parece mentira que pasen por este pueblucho de mierda.

Miro por una de las ventanas que ya tendría que haber cubierto con madera, y en la lejanía diviso con dificultad unos vehículos que se aproximan por la carretera de asfalto, viejo y levantado, que circunda los pueblos cercanos. La partida de búsqueda consta de varios motoristas y una furgoneta

enrejada para trasladar a sus presas. El único transporte donde no deseas que te metan.

Ocúltate bien.

En un acto involuntario, mi mano se agarra con fuerza a la empuñadura del martillo. Por fortuna para los supervivientes de la zona, pasan de largo sin ni siquiera reparar en nuestro pequeño pueblo.

Por los pelos, amigo.

—Te dije que ya lo habían peinado.

Sin desearlo, siento una sensación de alivio al saber que el chaval de la lanza y su madre vivirán un día más.

Que les den. No significan nada para nosotros.

Me mantengo vigilante en la ventana durante un instante. Necesito estar seguro de que no intentan una treta para engañar a los supervivientes que moramos en esta diminuta población y atraparnos cuando nos descuidemos.

Los sanitarios no dan abasto, decenas de hombres, mujeres y niños han acudido al centro hospitalario antes de que se ateste.

—No ha servido de nada. —Lara no se muestra sorprendida al contemplar la afluencia de enfermos que necesitan atención médica.

En el exterior han montado varias carpas para atender la mayor cantidad de pacientes posible. Varios coches y furgonetas policiales se esparcen por la zona. Los efectivos de a pie se desplazan de un lado al otro procurando la seguridad de los ciudadanos. Un agente alto, fuerte y de pelo negro como la noche pasa a nuestro lado revelando su ausencia de salud. Su rostro descolorido, sus aterrados ojos y su caminar sin rumbo me indican que solo unos pocos afortunados estamos a salvo de lo que ha traído consigo el manto tras su fatídico paso.

—Pase por aquí, señor. —Una enfermera me señala con el dedo la carpa donde van a atender a mi pequeña.

Al entrar observo que muchas de las improvisadas camas están vacías. En las que están ocupadas, los pacientes no parecen tener nada grave.

—Hasta que caiga la noche. —Lara no escucha mi comentario, pero explora con mirada atónita el desconcierto que nos rodea.

Los médicos parecen ser novatos recién reclutados para la ocasión.

—Buenas tardes. —Un tipo vestido de calle nos recibe con amabilidad nerviosa—. Soy el doctor Rampart. —Lo conozco, pero mi pensamiento se centra en el presente, no en intentar recordar dónde lo he visto—. ¿Han vuelto a tener fiebre desde anoche?

—Lo cierto es que me encuentro bien. —La respuesta de mi pequeña le hace saber quién es el paciente—. Pero los malestares, ya sabe, la fiebre y la tos seca... —El doctor asiente, conoce de primera mano el historial de otros enfermos que ocupan la carpa—. Solo me han aparecido de noche.

Revisa unos papeles que porta en la mano.

—Túmbate en aquella cama. —Nos muestra el lugar que debemos ocupar mostrando media sonrisa—. Enseguida te atiende.

Los enfermos no cesan de acudir al hospital aterrados por lo desconocido. Las improvisadas consultas de tela comienzan a llenarse. El aumento de los gritos, las protestas y amenazas que llegan desde el otro lado de la lona señalan que el desconcierto nocturno está a punto de comenzar.

—Hola, amor mío. —La voz de mi esposa consigue que todo sea más sencillo para mí, que el dolor de toda esta sin razón fluya con más calma—. ¿Qué tal estás, cariño?

—Bien, mamá. —Mi mujer la besa y la abraza mostrando el inmenso amor que siente por nuestra hija—. Dentro de una hora, ya veremos. —Lara sabe lo que le espera, y pese a que la noto animada y optimista, en su rostro puedo contemplar un destello de terror.

—¿Cómo están Conney y tu hermana? —Necesito saber que mis cuñadas se encuentran a salvo y que mi pequeño estará bien cuidado.

—No las ha afectado lo que quiera que sea esto. —Una brizna de esperanza para los Harris—. A ninguna de la dos.

El paciente de la cama contigua vomita en el suelo de tierra. Lara nos mira con los ojos abiertos de par en par. No mediamos palabra, sabemos de qué se trata.

Una nueva noche de incertidumbre ha comenzado.

Mientras clavo algunas tablas en los pocos huecos que me faltan por cubrir, me es imposible evitar que el tipo que ocupa gran parte de mi mente me diga algo que ya sé.

¿Para qué tanto afán de proteger si lo único que quieres es borrar del mapa?

Dos golpes con los nudillos en mi propia cabeza lo silencian.

—Me iré cuando y como yo quiera. —Mi yo interior es más insufrible y fuerte cada día—. Estoy cansado de repetírtelo.

Me dirijo a la cocina con la esperanza de encontrar más envases vacíos. Abro un mueble tras otro afinando el oído. Las bandas están a punto de regresar a sus refugios y por fin podré relajarme. Necesitaré algún día extra para reforzar la seguridad en la planta superior, pero llenar algunas botellas con el agua fresca y natural del pozo es mi prioridad.

Recolecto siete recipientes de las alacenas de la cocina y cuatro más que se hallaban colocados en una perfecta hilera sobre la chimenea.

Ten cuidado, no te caigas. Que eres muy torpe.

—Cállate de una vez. —Mi voz sube de volumen poniéndome en peligro. En este momento lo único que siento es odio extremo por esa parte de mí, apática y cobarde, que deja morir a buenas personas sin mover ni un solo dedo para evitarlo.

No me culpes a mí. Eres tú el que tiene el control de nuestro cuerpo.

Echo un vistazo entre las tablas de la ventana para confirmar que no corro peligro saliendo fuera.

—Vamos allá.

Espera a que anochezca, idiota.

Salgo vigilando mi espalda y, al llegar al pozo, tiro de la cuerda con velocidad. No quiero estar fuera de mi refugio más tiempo del necesario. Acallo todo lo que me es posible el sonido de la polea sin dejar de escudriñar mi entorno.

Cuando llegues al otro extremo de la cuerda, que no se te ocurra cambiar

el cubo por tu cuello. Tú eres así de idiota.

El agotamiento acumulado por el intenso esfuerzo de los últimos días comienza a hacerme mella. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan cansado, y ojalá que la fatiga me sirva para tener un sueño tan profundo que logre eludir las pesadillas.

—Espero no ser interrumpido por nadie del exterior.

En este pueblucho no hay nadie.

—Ni del interior.

Yo no molesto, listillo.

Entro en la casa y pongo un vinilo que me encanta. Me aposto en la ventana para vigilar mientras aguardo la caída de la noche. Aretha Franklin me canta a mí y solo a mí su maravilloso tema «I Say A Little Prayer», y noto el peso de mis párpados siendo acunados por su aterciopelada voz.

Lucho por no dormirme. No quiero hacerlo hasta asegurarme de que las bandas han regresado a su refugio. Tampoco deseo ser acogido en el lugar donde se ocultan mis peores pesadillas.

Descansa, pedazo de inútil. Necesitas energías para no matarme.

Fuera de la carpa comienza a crecer el clamor de la ignorancia. En breves momentos el hospital estará como anoche. Repleto de pacientes que harán todo lo que sea necesario para ser atendidos. Incluso matar.

Un agente de policía salta por encima de la camilla de una ambulancia en un intento de placar a una mujer pequeña y delgada con su hijo cogido de una mano y un rifle apoyado en el hombro.

El sonido de un afectado echando hasta la primera papilla llega a nuestros oídos. En seguida lo acompaña otro paciente, y otro, y otro.

—Papá, dame la cuña. —La espantosa noche que le espera a mi pequeña ha comenzado—. ¡Rápido! —exige expulsando un torrente de líquidos a un lado de la cama.

—Atiendan a mi mujer de una maldita vez. —Un acompañante nervioso y asustado por el desconocimiento solicita a un sanitario que chequee a su esposa. Su voz autoritaria anuncia que está dispuesto a cualquier cosa para proteger a su ser querido. Si no le proporcionan la atención médica que reclama, la situación va a empeorar para todos.

El estruendo provocado por varias personas vomitando se instala en mi pabellón auditivo. Los gritos del exterior pidiendo ayuda suben de volumen y en este momento lo agradezco. Consiguen amainar el doloroso sonido de la desconocida enfermedad que padece mi hija.

Lara vomita de nuevo, pero en esta ocasión no expulsa comida, sino un poco de bilis. No le queda alimento ni líquido que expulsar.

El doctor que se ocupa de mi pequeña disimula escondido detrás de un biombo, creyendo que nadie repara en su malestar, pero los que estamos en la carpa escuchamos cómo vomita y distinguimos el dibujo de su sombra encorvada tras la clara tela.

El rostro de mi retoña comienza a perder su color natural para teñirse con el tono de un desahuciado.

—Papá. —Con gestos suaves me pide que le acerque el balde—. Gracias. —Su tono de voz es más apagado.

Mi corazón se detiene al comprobar que ha expulsado una gran cantidad de sangre. Incluso sus labios se han teñido de rojo consiguiendo un contraste con el amarillo de su rostro que la hace parecer una muerta viviente.

Mi esposa y yo nos miramos aterrorizados. Lucie no puede remediar su miedo y tampoco consigue acotar las lágrimas. Yo siento que mi mundo se cae a pedazos sin tener la posibilidad o la sabiduría para remediarlo.

—Doctor... Doctor... —balbucea mi esposa dirigiéndose al sanitario más cercano—. Mi hija ha vomita... —no termina de esgrimir su exigencia. Los pacientes que nos acompañan en esta noche tan amarga muestran los mismos síntomas.

El predominante color rojo que anega nuestra visual nos muestra la cruda realidad.

Nuestra hija corre un grave peligro.

Despierto inundado en sudor y con los ojos humedecidos por la apabullante tristeza que se apodera de mí siempre que duermo. Maldigo las pesadillas que me atormentan en mis ineficaces y escasos periodos de descanso.

—Lara debía haber sido la inmune, no yo.

No importa lo agotado que me encuentre o lo liviano que sea mi descanso, los malos sueños siempre me encuentran.

Buenos días, amigo.

La luz diurna aún no ha comenzado a traspasar los huecos dejados por las tablas en las ventanas. Apenado y con el corazón partido en mil pedazos, pienso en las revisiones que he efectuado durante mi corta estancia. No he localizado ninguna cuerda que me ofrezca liberarme de mi dolor.

¿Ya estás otra vez? No sé qué voy hacer contigo.

Aunque mi hija ocupa la mayor parte de mis pensamientos, mi cerebro me envía algunas palabras que brotan espontáneas de mis labios.

—Hay un coche en el garaje.

Si quieres ponerlo en marcha, que sea para largarnos cuando las cosas vengan mal dadas. No hay un día que me dejes descansar tranquilo, pedazo de mierda.

—Esta vez no me lo impedirás.

Solo tengo que ponerlo en marcha y asegurarme de tener todas las puertas cerradas a cal y canto.

¿Qué más necesitas para continuar viviendo que honrar la memoria de tu familia? Yo solo procuro que cumplas tus promesas.

La parte de mi cerebro que me anima a desistir de un nuevo intento de quitarme de en medio no consigue el efecto deseado. Que me repita los mismos argumentos una y otra vez logra que reúna la fuerza necesaria para volver a intentarlo.

Eres tú el que va a romperlas.

Camino hacia el garaje sin poder borrar la horrenda pesadilla de mi mente;

busco con los nervios a flor de piel algún objeto que me sirva para preparar el recorrido desde el tubo de escape del brillante Mustang hasta su flamante interior.

No hay nada. Volvamos dentro.

Reviso a mi alrededor buscando cualquier utensilio que me pueda servir.

—La manguera vieja del jardín.

Como por arte de magia mi subconsciente me envía la imagen nítida de una goma amarilla que pisé al llegar, mientras revisaba el exterior de la vivienda.

Seguro que tiene los mismos agujeros que tu cerebro.

Sin preocuparme por los peligros que puedan acechar en el exterior, salgo de la casa. La noche fenece ante mis ojos vidriosos, la calle se encuentra sumida en un silencio sepulcral.

Rodeo la parcela hasta llegar a la parte trasera, donde busco con fijación lo que necesito.

—¡Bingo!

Cojo el machete decidido y de un tajo certero corto algunos metros, los suficientes para cumplir de una vez por todas con mi propósito.

Otra vez vas a demostrar lo inútil que eres.

La sensación que he tenido tantas veces desde el comienzo del manto colma todo mi cuerpo.

—Algo está a punto de ocurrir, y no es nada bueno.

La calma que se respira es tensa; la falta de sonidos, escalofriante.

Pues, escóndete, pedazo de idiota. Tienes un refugio con comida y agua. Ni siquiera necesitas salir de aquí.

—¡Silencio! —Golpeo mi cráneo esperando que la voz oscura que me aconseja desaparezca—. Es un momento íntimo y tus estupideces no me ayudan.

¿Qué no te ayudan? Gracias a mí no eres otro idiota muerto que no tiene ni puta idea de adonde se dirige.

—Sé adónde voy y lo que quiero. —Una exposición inútil para el autoritario y poco razonable tipo que vive dentro de mí.

¿Igual que supiste cuidar de los tuyos?

—Prepárate para palmarla, chaval.

Coloco la manguera ajustándola lo mejor que puedo al tubo de escape del Mustang.

No se puede ser más cobarde. Te engañas a ti mismo.

Me siento en el interior pensando en mis seres queridos y pongo en marcha el motor. El humo apenas tarda un par de minutos en engullir la visibilidad del habitáculo. Introduzco la mano en el bolsillo del pantalón y saco la única fotografía que conservo de mi familia para dejarla sobre el salpicadero.

—Os echo mucho de menos.

¿Quieres que vean lo gallina que eres?

—Os amo.

Escucho mi propia voz apagarse.

La nube blanquecina que atora mi paladar con el sabor de la agonía se apodera del oxígeno.

Una muerte segura.

—Papá —mi hija me solicita que me acerque con un débil movimiento de mano. Sus labios enrojecidos por el vómito sangriento y su rostro mortal humedecido por las lágrimas y el sudor me provocan una consternación indescriptible. No puedo hacer nada por ayudarla, excepto permanecer a su lado ofreciéndole mi apoyo y expresándole el profundo amor que le profeso.

—Prométeme que vas a cuidar de mamá y de Ryan.

Pese haber visto durante el último año su enorme crecimiento personal, me sorprende la madurez que evidencia con solo diecisiete años.

—Podrás ayudarme a cuidar de ellos —mis labios dicen lo que mi mente no piensa—. Vamos a superarlo como siempre lo hacemos: unidos.

Me mira con ojos incrédulos y niega con la cabeza. Sabe que escapar airoso de esta horrible situación es una quimera.

Mi mujer rompe en lágrimas al comprobar que Lara es consecuente con los hechos que nosotros nos negamos a asumir.

—Te vas a poner bien, cariño. —Se sienta en la cama y agarra su mano con fuerza.

El estridente sonido de los muelles retorciéndose de una cama cercana llega a mis oídos poniéndome en estado de alerta. Al mirar, compruebo con desazón y miedo que el enfermo que la ocupa es un anciano. Ha comenzado a tener ataques epilépticos o algo similar. Su cuerpo se mueve sin que nadie lo reconduzca ni logre frenarlo. Siento pena al descubrir que encuentra solo en el momento que ningún ser humano desea estarlo. «No me gustaría morir así», un pensamiento ilusorio, tal y como se están desarrollando los acontecimientos. Muchas personas estarán muriendo en la más dolorosa soledad en este mismo instante.

—No quiero morir —balbucea Lara viendo cómo el anciano se retuerce en su propio dolor. Agradezco que el sufrimiento sea solo visual. Si lo que nos espera durante la noche viene acompañado por lamentos de angustia y dolor, no sé si seré capaz de superarla.

Agarro la mano de mi querida hija y me arrodillo al borde de la cama opuesto al de mi mujer, deseando que mis sospechas sobre lo que está a punto

de ocurrir sean infundadas.

Fuera de la carpa se escuchan los primeros gritos exigentes de los acompañantes que sufren con impotencia la inútil ayuda que les pueden prestar a las personas que aman. Los doctores que todavía están aptos para el servicio corren de un lado al otro pasando junto a sus compañeros caídos entre vómitos, sangre y temblores. Sus rostros denotan que la situación hace tiempo que los ha superado. Incluso el doctor Rampart se traslada en círculos con material médico sin saber a quién ayudar o a dónde dirigirse.

Los lamentos pidiendo ayuda aumentan en lugar de mermar. La nueva fase de la enfermedad provocada por el manto es más larga e intensa que los vómitos de color carmesí.

—Tengo miedo... —Lara no logra acabar la frase. Su cuerpo empieza a temblar, sus ojos se vuelven blancos y su agarrotada mano aprieta mis dedos con tanta fuerza que despierta mi cerebro al instante.

Me quito todo lo rápido que me es posible el cinturón que me sujeta el pantalón e intento introducirlo en la boca para que no se autolesione. Mi mujer, al advertir lo arduo de mi propósito, me presta la ayuda que necesito. Entre los dos, y tras desgarrar las yemas de nuestros dedos, lo conseguimos.

Un hilillo de sangre brota de los labios de Lara, provocado por la presión ejercida con sus dientes. Me arrodillo de nuevo junto a mi pequeña para que note nuestro calor y sienta que estamos a su lado en todo momento. A pesar de la fuerza de su agarre, siento que la vida de mi hija se extingue ante a mis ojos.

—¡DESPIERTA, AMOR MÍO! —grita alguien en el exterior—. ¡POR FAVOR, NECESITO AYUDA!

De repente, los temblores de mi pequeña se detienen.

—Papá, júrame que cuidarás de mamá y de Ryan —me reitera casi sin fuerzas para hablar. Está en grave peligro y lo único que le preocupa es nuestra seguridad—. Y prométeme que tú también te vas a cuidar. —En este momento no quiero prometer nada, solo deseo que mi hija escape de esta situación sana y salva—. Prométemelo.

Miro sus vencidos ojos y lo último que deseo es defraudarla.

—Te lo prometo, mi vida.

Como si le hubiesen dado unos segundos de receso para que pudiera hacer mi juramento, los temblores comienzan de nuevo, pero en esta ocasión son de

corta duración. Su cuerpo se queda inmóvil y sus ojos abiertos y sin vida se clavan en los míos.

El llanto de mi esposa me confirma algo que no quiero aceptar y para lo que no estoy preparado.

Hemos perdido a nuestra hija.

—¡LARA, MI VIDA! ¡DESPIERTA! ¡DESPIERTA! —Grita mi esposa mientras se derrumba a su lado y apoya la cabeza sobre su pecho carente de latidos.

El dolor de cabeza que golpea mi cráneo es insoportable, y respirar es incluso más costoso que cuando experimenté la pérdida de mis seres queridos. Además, he dejado un fuerte olor a humo en toda la casa.

Muy buenas, tonto del culo. Ya era hora de que espabilases.

Al escuchar la detestable voz de Rimmer, sé que no estoy muerto. Me incorporo sintiendo un terrible malestar en el pecho y un repugnante sabor en la boca.

—Evan —la voz femenina que escucho a mi espalda hace que me levante de un salto, obviando el amargo gusto de la muerte—. Ya se ha despertado.

El chaval experto en la caza de roedores está empuñando su arma de madera en la puerta de la cocina.

—Me llamo Evan.

Como si no hubiésemos escuchado la repelente voz de tu madre.

—Ella es Mayka. —Se aproxima a mí con desconfianza—. Mi madre. — Ha asimilado que el mundo se ha convertido en un lugar duro y cruel.

—Hola. —Teniéndola a unos pocos metros de distancia, puedo observar su escuálido rostro con mayor nitidez.

Nos da igual quién leches seas. Solo queremos que os larguéis cuánto antes.

Por supuesto, no me presento. Compruebo si tengo mis armas en su sitio, pero ni el machete ni el martillo están en mi posesión. Siento crecer mi enfado.

No se le pueden quitar a un hombre sus armas de defensa. Estate atento y no te fíes.

Por fin estaba consiguiendo lo que más deseo y las dos únicas personas en kilómetros a la redonda me han salvado la vida, motivo suficiente para estar muy cabreado.

Debería hacerme fan incondicional de este par de idiotas.

Además, Rimmer continúa dominándome a su antojo.

—Te las he cogido yo. —Me muestra mi machete—. Ya sabes, por nuestra seguridad.

—No somos un peligro. —La mujer se coloca junto a su hijo sin dejar de mirarme con gesto extraño.

Te has intentado suicidar. Te miran como lo que eres, un tonto del culo.

—Seguro que no soy el primer tipo al que ven suicidarse. —Mi respuesta en voz alta es para Rimmer, pero como no podía ser de otra manera, creen que me dirijo a ellos.

—Hemos visto a muchos. —La demacrada mujer no puede evitar echarse a llorar. Supongo que alguno de sus seres queridos tomó la decisión de marcharse de ese modo.

—No te molestaremos —musita el chaval señalando la ventana con un golpe de cabeza—. Ya ha amanecido y durante el día lo mejor es estar resguardados.

Échalos a la puta calle y que se busquen la vida como hacemos tú y yo. Como hace todo el mundo.

Las pocas veces en las que estoy de acuerdo con el tarado que vive dentro de mí son aquellas en las que hay otras personas de por medio. No deseo a ningún ser humano cerca, no quiero compañía ni nadie de quien preocuparme. Todos nos buscamos la vida como podemos y ellos no son la excepción.

—Tenéis que marcharos. —Al verme avanzar, el chaval de un paso atrás. Es de baja estatura y sabe que en un enfrentamiento directo no tiene ninguna posibilidad de vencerme.

—Por favor, déjenos quedarnos solo unas horas —su madre tercia con una súplica inútil—. Al anoecer nos iremos y no nos volverá a ver. —No causa ningún efecto en mí—. Se lo prometo.

—He dicho que os vayáis de mi casa, joder —subo el tono de voz para hacerles entender que la mejor opción que tienen es largarse. Estarán más seguros en las peligrosas calles que conmigo.

—No vamos a largarnos —insiste el chico envalentonándose—. No pensamos arriesgar nuestras vidas porque no le dé la gana dejarnos guarecernos unas horas.

—La vida la arriesgáis estando aquí. —Avanzo con decisión y puedo

advertir que empuña la lanza de madera con más fuerza

—Vale. Vale, no se altere. —La madre se interpone entre su retoño y yo—. Nos marchamos ya.

—¡Mamá, corremos mucho peligro en el exterior!

El experto cazador tiene razón. A estas horas lo más fácil es que se topen con alguna banda que regresa de su salida nocturna, y si la suerte no los acompaña, con una diurna buscando presas y provisiones.

En cualquier caso, en las calles no les espera nada bueno.

—Devuélveme mis armas. —El chaval me lanza una mirada llena de recelo. No lo culpo.

Deja el machete y el martillo sobre la mesa de la cocina y camina con la cabeza agachada hacia la puerta.

—Míranos bien. —Otea el exterior con cautela y me envía otra mirada cargada de rabia—. Si nos ocurre algo malo, serán tus manos las que estén manchadas con nuestra sangre —me recuerda antes de salir y cerrar dando un molesto portazo.

Muy bien hecho. Que se apañen como hacemos los demás.

—Cállate de una vez.

No me siento mal por echarlos a las amenazadoras calles. El único motivo que me impide estar en paz conmigo mismo es no haber podido acabar de una vez por todas con mi sufrimiento.

Aguantar en todo momento a un patán como tú. Eso sí que es sufrir.

Fuera de nuestro doloroso mundo personal, los lamentos no dejan de escucharse en la caótica y despiadada noche. Estoy a punto de perder el control, de derrumbarme ante mi mujer. Además, siento el pecho como si me hubiesen disparado a quemarropa.

El sonido sordo de una detonación logra que me centre en la promesa que acabo de hacerle a mi hija: Proteger a la familia. Otro disparo mucho más cercano atraviesa la lona verde de la carpa sobrevolando el cuerpo acurrucado de mi esposa y encontrando la salida en el extremo contrario.

—Tenemos que buscar algún lugar seguro. —Mi aturdida mente envía palabras torpes a mi boca.

Lucie alza la cabeza y me mira extrañada con sus achinados ojos enrojecidos por la pena.

—¿Cómo dices? —Nuestra pequeña ha muerto y no entiende mi manera de actuar.

—¡Has dejado morir a mi mujer, hijo de perra! —El acompañante de un paciente de nuestra carpa levanta la mano a la altura de la cabeza del sanitario que tiene a su lado y, sin pensárselo dos veces, le vuela la tapa de los sesos. El cuerpo cae casi sin vida al suelo y lo remata con tres disparos más. La sangre de la víctima salpica mi pantalón y la cama donde yace mi pequeña.

No pienso dejar el cuerpo de mi pequeña en esta sucia cama.

—¡Cariño, tenemos que largarnos ya! —Cubro el cadáver de Lara con la sábana ensangrentada por sus propios vómitos y la cojo en brazos sintiendo que su peso fuerza mi espalda.

Mi instinto de supervivencia se ha puesto a funcionar.

—¿Qué haces? —Mi esposa vive en su propio mundo de dolor. Ni siquiera se ha percatado de que la anarquía ha comenzado a implantarse en el centro médico.

—Aquí corremos peligro, cariño.

Quiero decirle que debo cumplir la promesa que le he hecho a nuestra hija, pero sé que no servirá de nada. Cualquier motivación que exponga en este

momento, mi esposa no la escuchará.

Los disparos y los gritos crecen a cada segundo que transcurre de esta dolorosa noche.

Mi mujer sigue mis pasos sin desviar la mirada del cuerpo envuelto de nuestra hija y sin prestar atención a la histeria que atravesamos para alcanzar nuestro vehículo.

Decenas de cuerpos ensangrentados yacen sobre el césped mientras sus acompañantes hacen algo que en este momento nosotros no podemos permitirnos: Llorar.

Algunas personas se desplazan de un lado al otro del recinto con la ropa manchada de rojo y la mirada perdida. Se comportan como si estuviesen viviendo un mal sueño del que no consiguen despertarse. Otras han enloquecido y disparan a todo lo que se mueve, sin ninguna piedad y con el rostro desencajado por el sufrimiento de la pérdida.

Al llegar al coche, introduzco el cuerpo de mi pequeña en el asiento trasero con sumo cuidado. No quiero que su rostro quede al descubierto. Me faltan las fuerzas necesarias para contemplar sus bonitos y perceptivos ojos, ahora sin vida.

Nuevos disparos detonan silbando sobre nuestras cabezas.

—Rápido, Lucie.

Mi esposa ha entendido que debemos poner tierra de por medio si pretendemos volver a ver a nuestro hijo.

Un tipo tambaleante golpea nuestro coche y mancha con sangre la ventanilla del copiloto.

—¡Ayúdenme, por favor! —La camisa azul cobalto que viste tiene un pequeño orificio sangrante. Ha recibido un disparo.

Mi esposa está a punto de pedirme que le prestemos ayuda. «¡Lárgate de aquí! ¡YA!», pero una irreconocible y exigente voz en mi interior me obliga a pisar el acelerador.

—Lo siento —no se me ocurre nada más satisfactorio que decirle.

Por el espejo retrovisor lo veo hacer aspavientos desaprobatorios con los brazos, y a través de la reducida apertura de mi ventanilla lo escucho maldecir a nuestros seres queridos.

No me importa lo que le ocurra. El mundo ya no es el mismo ni lo volverá

a ser. Al menos para nosotros.

Me guardo en el bolsillo la fotografía que dejé sobre el salpicadero y pongo en marcha el motor del Mustang. Voy a emprender mi viaje programado aprovechando la valiosa oscuridad que me otorga la noche. No lograré llegar a la ciudad antes del amanecer, motivo suficiente para realizar una parada de seguridad. La señalo en mi viejo mapa pensando en el tiempo que tardaré en llegar y el que tendré que invertir para decidir algún lugar donde guarecerme durante los días que permanezca en la ciudad.

Estate atento por si nos topamos con alguna banda.

Al cerrar la puerta del garaje, veo al experto cazador de roedores junto a su madre. Su gesto de odio dirigido a mí no ha desaparecido. Avanzo con lentitud, intentando no hacer mucho ruido; el motor es lo bastante sonoro como para evitar un aumento sin sentido de revoluciones.

La noche muestra una luna creciente que servirá para que mi vehículo sea apenas visible para las posibles partidas de búsqueda con las que pueda toparme durante mi travesía. Los viejos coches que yacen en la calle donde me refugio muy pronto habrán perdido los últimos vestigios de sus colores originales. Una sonrisa se dibuja en mis labios por mi buena fortuna. No es habitual poder conducir un automóvil en perfectas condiciones, y mucho menos hallarlo con más de medio depósito de combustible.

Al igual que los transportes, los seres humanos se han convertido en montones de huesos desparejados y esparcidos en la tierra. No se ven muy a menudo. Las carreteras que llevan a las grandes ciudades fueron limpiadas por las bandas que las dominan para desplazarse con mayor facilidad, minimizando los riesgos.

En la masiva huida durante el manto, muchas personas perecieron en accidentes de tráfico. En ocasiones me pregunto si el asfalto se cobró más vidas que el propio fenómeno espacial.

Dejo atrás mi pequeño pueblo y no me queda otra opción que encender las luces. No quiero hacerlo, debo evitar exponerme en la medida de lo posible, pero sería mucho más grave sufrir un accidente que me robase tiempo en mi ajustado plan y acabar siendo atrapado por alguna banda diurna.

O mucho peor. Matarte.

Como de costumbre Rimmer me insta a continuar manteniendo mi pellejo a salvo.

—Un accidente que me rompiese el cuello es lo mejor que me podría pasar.

Y lo peor que te puede pasar es que rompas tus promesas. Qué vergüenza de padre.

A mi pensamiento vienen raudas las imágenes de mis hijos y las promesas que les hice.

—Debo concentrarme en la carretera.

Las fulmino al instante.

Debes apagar las luces.

Diviso una potente iluminación en el horizonte y, por mero instinto de supervivencia, apago los faros y me desvío a un lado de la calzada.

De nada.

Ante el inminente peligro, y aprovechando la oscuridad de la noche, busco algún lugar que me oculte lo justo para que no descubran mi coche.

Avisto un camino de tierra que se aleja de la carretera adentrándose en la oscuridad.

—Aquí no me verán.

No puedo distinguir nada con claridad a más de media docena de metros. La aguda negrura nocturna trabaja a mi favor.

Cierra el pico.

Observo que los faros se agrandan y escucho el sonido de los motores intensificándose a medida que se aproximan. Bajo del vehículo abrigado por la oscuridad y me escabullo entre la poca maleza disponible a esperar a que pasen.

—Te digo que he visto un coche por aquí. —La cercana voz de un miembro de la banda tensa cada uno de mis músculos.

Matar o morir.

—Esconderte —susurro.

Matar, estúpido, matar. Joder, es que no aprendes.

Un haz de luz enviado por un foco que tienen colocado sobre el techo de

un vehículo pasa frente a mi coche sin llegar a iluminarlo.

—¿Seguro que has visto algo? —una voz ronca es difuminada por la distancia.

—Deberías dejar de fumar hierba —vocifera otro integrante de la banda riendo a carcajadas.

—Os digo que lo he visto.

Otra rotación del potente reflector vuelve a atravesar el follaje, iluminando mucho más cerca de mi escondrijo. Se me corta la respiración al contemplar el haz de luz pasearse cerca de mis botas.

—Vámonos —ordena el tipo de la voz ronca.

El foco se posiciona en línea recta.

—Te juro que he visto unas luces. —Y continúan su camino.

Por los pelos, chaval. A ver si la próxima vez tienes tanta suerte.

Lo cierto es que el azar de poco sirve en este mundo. Conservar la vida depende de tomar decisiones acertadas, de actuar con extrema cautela en cada momento.

—Brad uno, Rimmer...

La carcajada más irónica de mi yo interno resuena con fuerza por todo mi cráneo.

Rimmer te gana por goleada.

Monto en mi vehículo y me pongo de nuevo en marcha. Decido no encender los faros a pesar de saber que mi conducción será más lenta. Quizá llegue más tarde al lugar que tengo establecido como parada, pero no puedo arriesgarme a no llegar.

—He perdido un tiempo precioso.

La noche, que lo engulle todo, logra que pase junto a la estación de servicio que busco sin percatarme de su existencia.

—En el mapa viene marcada aquí cerca.

Detengo el vehículo y me bajo con la esperanza de divisar el gran cartel que en su día fue luminoso.

Te la has dejado atrás, tonto del culo.

Vuelvo a revisar mi viejo plano y compruebo que Rimmer tiene razón. He pasado por la estación de servicio dos kilómetros más atrás. Por suerte

descubro que hay otra gasolinera justo antes de llegar a mi destino.

—Tengo que recolectar todo lo que pueda en cada salida. —Mi nuevo lema al tener un lugar decente y casi seguro al que regresar.

Querrás decir un lugar donde diñarla.

—Tranquilo todo llegará. —Por el momento no tengo pensado anudar una soga alrededor de mi cuello—. Cada propósito a su tiempo. —Pero el cansancio acumulado me obliga a dormir, y hacerlo me puede llevar a intentarlo de nuevo.

Conduzco prestando más atención, procurando no volver a pasarme la gasolinera. Una sonrisa aparece en mis labios al distinguir la sombra del enorme cartel de carretera que indica la distancia hasta la estación de servicio.

Abrevia, majete.

—Será rápido.

Tengo la esperanza de que los surtidores contengan algo de combustible. Tras el paso del manto, apenas se han usado las estaciones de servicio.

¿Tan cerca de la ciudad? La habrán vaciado.

Es muy probable que las bandas de la urbe hayan extraído hasta la última gota de gasolina en alguna de sus salidas.

—Cabe esa posibilidad.

Aprieto la pistola y de su torcida boca comienza a salir un abundante chorro amarillento.

—Menuda suerte la mía.

Dejo que el depósito se llene mientras entro en el descuidado local que un día muy lejano fue una bonita tienda. Todas las estanterías están tiradas. Alimentos, ninguno; bebidas, tampoco. Solo los rescoldos de un antiguo caos.

En el taller.

Salgo del destrozado comercio y camino hacia el pequeño taller vigilando los posibles peligros que puedan acecharme.

—Se me hace tarde.

La noche ha comenzado a dar sus últimos coletazos.

¿Y si te quedas aquí? Está claro que no van a volver a un lugar que ya

han arrasado.

Al entrar observo que se encuentra casi vacío. Por suerte, en un altillo que hay detrás de un elevador polvoriento diviso unas garrafas que me servirán para mi cometido.

Abre el portón y guarda el jodido Mustang. Mañana será otro día.

Odio al tipo de mi interior, sobre todo cuando argumenta sus razones. Abro la puerta grande de metal, que emite un poderoso chirrido.

—Se ha debido escuchar en el Polo Norte.

Corro hasta mi flamante vehículo, retiro la manguera y monto de un salto haciendo que mi coronilla se golpee con la parte superior

—¡Joder!

Me froto cabeza para mitigar un dolor que por el momento no va a desaparecer.

No te quejes tanto y esconde el puto coche de una maldita vez.

Oculto el Mustang y cierro el portón con cuidado de no repetir el fuerte y estridente quejido.

—Tengo tiempo.

Los primeros rayos del astro rey comienzan a despuntar tras las montañas.

Tranquilo, chaval. En unas horas tendrás el abrigo que te proporciona la noche para hacerlo.

La confianza que desbordaba por poder llenar las garrafas antes del amanecer desaparece. Rimmer se encarga de cortarla de raíz, y para qué negarlo, con criterio.

En las calles, los cuerpos tirados en el suelo se cuentan por decenas. No solo los seres humanos yacen sin vida en los jardines o en el pavimento, también algunos animales convulsionan sobre su propia sangre y vómito. No me fijo en las personas que no han sufrido los efectos del manto, contemplo con una irrefrenable sensación de pena a los infectados retorciéndose de dolor.

Mis ojos se pueblan de amargas lágrimas, pero mi esposa todavía no está a salvo y en estos instantes solo me importa su seguridad. La observo con detenimiento y compruebo que se ha trasladado a un mundo diferente. Ha dejado de llorar, pero el dolor en su rostro y su falta de palabras me hace saber que está rota.

—Cariño, debemos proteger a Ryan.

Mis intentos por hacerla volver son infructuosos. Ni siquiera me mira. Tal vez me culpe por la muerte de Lara, o quizá se culpa a sí misma. La única realidad es que ninguno de los dos hemos podido evitar la pérdida de nuestra hija y, aunque el dolor que siento es insufrible, debo mantenerme fuerte por el resto de los Harris.

Las personas que no han sido infectadas imitan nuestro comportamiento. Se marchan del pueblo pensando que ganaran seguridad en otro lugar, lejos del virus mortal. Yo sé que se equivocan. No han experimentado lo ocurrido en el hospital, no han visto el lado más oscuro del ser humano.

Paso frente al hogar de los Solberg y contemplo con tristeza a Otto y a su hijo tumbados en el jardín junto a las puertas abiertas de su vehículo. En el interior, los cuerpos de su esposa e hija reposan sentados con placidez mortal. El cabello rubio platino de Oleg se ha teñido de rojo, y una de sus manos está agarrada a la de su padre.

Miro nuestra casa y me doy cuenta de que alguien ha entrado. No me preocupa en absoluto, por muy fuerte que sea la esperanza de volver al calor de mi hogar cuando encuentren una solución a la crisis. Sé que es imposible, guarda demasiados recuerdos.

Agarro la temblorosa y pequeña mano de mi esposa.

—Debemos ser fuertes mi vida. —Solo advierto lo que puede estar sintiendo por sus gestos—. Ryan nos va a necesitar más que nunca.

Me mira con ojos ausentes y vuelve a fijar su mirada en la carretera llena de coches accidentados y de cuerpos esparcidos por el suelo.

Las personas que son inmunes a lo que nos está atacando hacen sonar los cláxones en un vano intento de salir más rápido del pueblo en busca de una seguridad que no van a encontrar.

Una mujer de estatura media y muy delgada se acomoda una escopeta de caza sobre el hombro, aprieta el gatillo y atraviesa la ventanilla del coche que se circula delante de mí. Puedo distinguir con claridad que los cristales saltan escupidos y se esparcen por el suelo.

—Ni mi cuñada dispara tan bien.

El conductor se desplaza a un lado sin detener la marcha hasta que choca contra el cenador de un jardín.

—¿Tú que miras? ¿También quieres un poco de plomo? —Dispara en mi dirección y rompe la ventanilla trasera, haciendo que la bala vuele por encima del cadáver de mi hija.

Piso el acelerador para evitar males mayores y la vislumbro por el espejo retrovisor apuntando al coche que circula detrás de mí.

—Menuda colgada.

Mi mujer no reacciona. Se encuentra sumida en un pozo de dolor y ni siquiera ha prestado atención a nuestra atacante. Yo también me siento destrozado, pero debo ser fuerte para salvaguardar a mis seres queridos: protegerlos es lo único que me importa.

Durante el día he podido dormir de a ratos. Las hordas de la ciudad no han pasado por aquí. Apenas he tardado en llenar las garrafas, y además he tenido tiempo suficiente para preparar mi plan de esta noche. Me detendré en el punto que establecí ayer. Es el mejor lugar para abordar mi entrada caminando y sin que puedan descubrir mi transporte.

—Tendré una caminata de al menos siete kilómetros.

Y otros siete de vuelta.

—No es el momento de pensar en la ruta de regreso.

He calculado que mi peligrosa estancia durará unos cuatro días. Es imposible reunir todo lo que busco en un par de noches, correría un peligro innecesario.

Lo que importa es protegernos. Cuenta con mi ayuda.

Con mi plan en marcha, y viendo a la oscuridad abrirse paso, saco mi fotografía familiar del bolsillo. Lo único que me queda de las personas que amo, aparte de los cada vez más vagos recuerdos. Veo la mueca chistosa y divertida de mi hija y no puedo prevenir que mis ojos se humedezcan.

—Os quiero.

Guardo la instantánea y comienzo a extraer parte de la carga de mi mochila.

—Me desharé de todo lo que no me sirva.

Necesito moverme rápido y sigiloso si pretendo minimizar el riesgo.

Dos latas de conserva, un par de cuchillos, un jersey de lana, un libro al que le faltan algunas páginas, una pequeña caja de madera cuyo contenido es alcohol, vendas, aguja e hilo, y unas cápsulas de analgésicos que guardo en una pieza de Matrioska huérfana de hermanas, además de tres botellas de agua.

—Quizá debería dejar una.

Déjala en el Mustang. Con dos botellas aguantaría cualquiera.

—Se queda entonces.

Cualquiera menos tú, claro.

Recojo todo lo que he sacado de la mochila, incluyendo el mapa que tenía sobre el capó del coche, y desenrosco el tapón de la botella que pensaba abandonar.

—A tu salud, tío plasta.

De un solo trago engullo el litro completo.

Que te jodan.

—Es la hora. —Abro el portón del taller y me marchó del lugar sin cerrarlo—. Brad Harris estuvo aquí.

Una sonrisa pasajera tuerce mis labios y el sabor de un buen momento atora mi paladar. Dura sólo un instante, el que tardo en adentrarme en la oscuridad nocturna y poner todos mis sentidos de supervivencia a trabajar.

Al lío.

Apenar tardo en superar la colina y divisar la sombra que ofrece la urbe a los que transitamos por su periferia. No avisto ningún faro en la estirada y recta carretera que lleva a mi destino.

Ten cuidado, no te pases de largo como te ocurrió con la gasolinera, atontado.

En unos minutos tendré que desviarme a uno de los pueblos colindantes, y desde allí atacar mi entrada por el sur. Conozco un poco la ciudad, y sé que en el lugar por el que pretendo acceder se levanta un polígono industrial y un barrio obrero.

Te ha sentado mal el agua. ¿Eso qué cojones tiene que ver?

—Si fuera yo... —Intento aplacar la tensión del momento imaginado cómo sería mi hogar si viviese en la ciudad— ...me buscaría una buena mansión. —Giro en el desvío que tengo que tomar, sin pasarlo de largo—. No una ratonera en las afueras.

Y tú qué coño sabes. Nunca has estado en una ciudad desde que todo se fue a la mierda.

—Déjame soñar, Rimmer, déjame soñar.

No haberme cruzado con nadie en mi travesía ha hecho que gane algo de tiempo. Entro en el pueblo establecido en mi plan y compruebo que todas las casas están reducidas a cenizas. Los edificios que no han ardidó esparcen parte de sus restos sobre el asfalto.

—Joder, parece que lo ha arrasado un tornado.

El panorama es desolador. Lo que antaño fue un bonito y pintoresco municipio quedará perdido en el olvido, como si nunca hubiese existido.

Sin que desaparezca mi gesto sorpresa por la desolación que contemplo, aparco el vehículo en la cochera de una vivienda que, comparándola con sus vecinas, muestra un estado presentable.

—Este pueblo debe de haber sido revisado a conciencia.

El garaje ha perdido parte de su techo, pero será un buen escondite para unos días.

Destruir los refugios les facilita encontrar las presas.

Echo el último vistazo a mi Ford para asegurarme de que ha quedado bien cubierto y comienzo mi peligrosa caminata. Los pocos vehículos que hay por la zona no contienen ningún ocupante en su interior. Las bandas de la ciudad quieren tener su territorio limpio de posibles enfermedades.

—Como si hubiese alguna más temible que la que trajo el manto.

Aguantarte a ti es lo temible.

Pocas veces, desde que viajo solo, he tenido que correr tanto riesgo. Un trayecto que, incluso habiendo elegido con antelación el lugar menos habitado y peligroso, tendré que recorrerlo con todos mis sentidos operando al doscientos por cien.

El trecho de prado que atravieso está limpio y seco. Mis pies se mueven con soltura y el entorno parece estar en calma.

—Ya veo la valla —mi susurro es tan bajo que apenas se oye por encima del silencio reinante.

Corro como un niño que quiere coger el columpio antes de que lo haga su amigo de juegos y me detengo al llegar a la alambrada metálica que rodea una empresa de transportes. Miro a ambos lados buscando la puerta de entrada y no la diviso.

—Lo mejor será saltar por aquí.

Trepo la verja con cautela de no engancharme y causarme algún corte.

En alguna oficina encontraremos un mapa de la ciudad.

—Eso espero.

Me vendría de perlas encontrar unas páginas amarillas, un callejero o

cualquier otro tipo de cartografía con la que guiarme en mis salidas.

—Contar con información fiable.

Los camiones de la empresa están descolocados por el muelle de carga. Incluso hay uno empotrado en la caseta del guardia del parquin. La huida en este lugar se hizo sentir con dureza durante la crisis del manto.

Conney me habló del tipo que le proporcionaba las armas.

—¿Dónde me dijo? —Recuerdo que me contó que vivía en esta ciudad—. Brad, intenta recordar.

Todo parece tan lejano que fio las pautas de mi misión a la suerte de hallar algo que me sirva en alguna de las fantasmales empresas que estoy a punto de revisar.

No me supone apenas esfuerzo abordar el edificio. Hay pocos cristales enteros en la fachada y he aprovechado la ventana más próxima y segura para entrar, advirtiendo los huesos de un cadáver que he pisado al impulsarme.

El interior está vacío.

—¿Se habrá quitado la vida lanzándose desde la azotea?

Me es imposible no asomar la cabeza por el hueco de mi entrada y mirar las plantas superiores imaginando su caída provocada.

No todos son tan cobardes como tú.

El mobiliario, pese a la falta de cuidado y el polvo, parece recién salido de fábrica. No me sorprende comprobar que en el suelo no hay cadáveres.

Me acerco a la mesa central obviando los peligros que puedan acecharme y comienzo a buscar en los cajones del mueble más cercano, albergando la esperanza de encontrar algo de lo que necesito.

Llego a la interestatal y compruebo sorprendido la dificultosa empresa que implica la circulación. Los vehículos con personas que no han sucumbido al manto entorpecen el paso a los supervivientes que se amontonan discutiendo el mejor lugar para dejar atrás el barullo que se ha originado en la carretera.

—Será mejor que coja vías secundarias.

Lucie no me contesta. Comienzo a familiarizarme con sus silencios sepulcrales.

En el arcén derecho, varias dotaciones militares se encuentran paradas y sus ocupantes yacen en el asfalto. La ayuda que esperamos recibir en una situación de esta índole no va a llegar. La mortal infección que ha dejado el manto no ha tenido piedad con ningún ser vivo.

Un coche pasa a mi lado a toda velocidad, superando los cadáveres que pueblan la calzada sin darle mayor importancia a los crujidos que emiten los huesos que tritura y golpeando a dos supervivientes que discuten sobre la ruta que van a tomar apoyados en el capó de su vehículo.

—¡Hijo de puta! —vocifera un tipo que ha logrado evitar la embestida subiéndose al quitamiedos—. ¡Ojalá te mates!

En una demostración de capacidad para hacer realidad sus deseos, el vehículo choca contra el cañón de un tanque que se encuentra mal aparcado en el arcén. El copiloto sale despedido hasta que se detiene contra el asfalto, falleciendo en el acto.

Las personas que han esquivado el atropello, corren hacia el coche accidentado en un intento de salvar a los ocupantes.

—Al menos quedan personas empáticas.

Por el rabillo del ojo vislumbro que, al llegar a la altura del vehículo, sacan al conductor con agresividad. Sin importarles las posibles lesiones que le haya podido ocasionar el impacto, lo dejan caer al suelo y comienzan a patearlo sin piedad. Una veintena de personas extinguen su vida sin sentir compasión alguna por el individuo al que acaban de robarle el futuro.

—Tenemos que salir de aquí.

Mi esposa me lanza otra mirada vacía sin mostrar ningún rastro de su bonita sonrisa.

—No necesito contemplar más barbarie.

Como había pensado al llegar a la autopista, la mejor opción que tengo es circular por carreteras secundarias hasta la granja.

Algunos de los vehículos que se hallan en la interestatal siguen mi ejemplo y giran el sentido de la marcha para cambiar de carretera y alejarse de la locura que se ha desatado en la autopista.

Regreso a mi pueblo para tomar otro camino y observo que algunas personas se están peleando por motivos carentes de importancia. Discernir quién no había cedido el paso, sortear al que se encarga de llevar los recuerdos familiares o luchar a cuchillo por una novia robada en la infancia.

—Parece que no tenemos bastante con la infección.

Acabo de asimilar que los supervivientes han perdido toda esperanza en que la vida vuelva a la normalidad, y en mi rostro se dibuja una mueca de preocupación al comprender que se ha establecido la ley del más fuerte.

La mujer que nos disparó al salir del pueblo continúa con su matanza. Varios coches estrellados y una docena de cadáveres ensangrentados se encuentran en su radio de acción. Giro en la calle anterior para evitar su ira incontrolada y, con la claridad que me ofrecen los primeros rayos de sol, observo el cuerpo que yace a sus pies. Siento una oleada de tristeza al fijarme con más detenimiento en el tamaño de sus zapatillas deportivas, que delatan su corta edad.

—Se ha cargado a unos cuantos.

Intento que Lucie participe en la conversación, pero no vive en el mismo plano existencial que yo. Agarro su mano y no percibo ningún movimiento. Miro a sus ojos y están perdidos en la nada más absoluta. Mi imaginación crea una imagen de mi mujer perdiendo un cara a cara con medusa.

Las casas de la calle por la que circulo están siendo saqueadas sin importar que los propietarios se encuentren dentro. Algunos degenerados aprovechan la ocasión para desnudar a una mujer que intenta zafarse de su maldad con horrorosos gritos de auxilio a los que nadie responde.

Acelero la marcha sin dar importancia a la velocidad máxima que me indican las señales.

—Nos espera un trayecto movidito —musito sabiendo que mi esposa no se va a unir a la conversación.

El cuerpo de mi hija apenas se mueve en el asiento trasero. El retrovisor me muestra la visual justa para maldecir al manto cósmico. Unas lágrimas brotan de mis ojos al contemplar la sanguinolenta sábana que la cubre.

En el centro de transportes encontré un listín telefónico; pensaba que con tanta tecnología se habrían extinguido. En el gran mapa que comandaba la pared de la oficina de dirección he marcado las localizaciones de las armerías, librerías y supermercados cercanos. He perdido mucho tiempo buscando y decidiendo los lugares elegidos.

La calma que se respira y la ausencia de sonidos son escalofriantes. Las calles están limpias de cadáveres y repletas de barricadas improvisadas con vehículos y mobiliario urbano para que aguanten las embestidas de los intrusos que intenten superarlas. Incluso he tenido que rodear una para llegar a la primera tienda de armas.

No vas a encontrar nada.

Veo que le falta la puerta y los cristales de las ventanas están hechos añicos.

—Ya que estoy aquí haré una revisión.

Muchos propietarios de armerías suelen ocultar armas cerca de la caja registradora para desalentar a posibles atracadores o intimidar a clientes poco racionales.

Solían.

—Cierto. —Entro en el establecimiento y las estanterías vacías me dan la bienvenida—. Parece que lo han limpiado a conciencia.

Y más de una vez. Larguémonos a la siguiente.

Esquivo las propuestas de Rimmer y paso al otro lado del mostrador con un ágil salto.

—En este momento es cuando la diosa fortuna tiene que entrar en escena.

Abro cajón por cajón buscando algún recoveco donde se pueda ocultar un arma, pero no encuentro nada.

Te lo dije, atontado.

Odio cuando mi yo perverso tiene razón, casi tanto como sentir que se hace más poderoso cada día sin que pueda ponerle freno.

Miro en el mapa mi siguiente destino y sonrío al verificar que a una

manzana de distancia hay una librería.

—Ojalá tenga suerte. —Leer el libro que dejamos pendiente me acercaría a mi hijo—. Sería como leérselo a él.

Claro, claro.

Al salir del local, se apodera de mí la fuerte sensación de que no me encuentro solo. Siento que alguien está siguiendo mis pasos.

Continúa andando como si no te hubieses dado cuenta.

No logro distinguir ningún peligro inminente en mi entorno.

Busca algún lugar donde esconderte para sorprenderlo.

—¿Para sorprender a quién?

No he visto a nadie, y no es la primera vez que tengo esta falsa percepción de ser perseguido.

No te despistes, seguro que la cagas.

Sin preocuparme más de lo debido por mis paranoias sin fundamento, prosigo mi camino hacia el lugar establecido, pero sin dejar de prestar atención a los moderados sonidos que pueda escuchar. Con el silencio que anega el ambiente, será fácil oír cualquier ruido, por muy leve que sea.

Los edificios que me resguardan hacen que la metrópoli parezca un lugar fantasmal. Es como tener Chernóbil ante las narices.

—¿Y si todo lo que he escuchado sobre las ciudades es una patraña?

No puedo creer que entre tanta calma pueda existir alguna banda, y mucho menos con el enorme poder ofensivo y crueldad que imaginaba.

Tú mismo lo dijiste: habitarán la zona rica de la ciudad.

En mi caminata hacia la librería oteo un supermercado no mucho más cuidado que la tienda de armas que acabo de dejar. Espero que haya alimento suficiente para poder llenar la mochila.

Hoy la suerte no te sonrío.

Las estanterías donde antaño los alimentos se presentaban orgullosos me reciben desocupadas.

—No han dejado ni un mísero paquete de pipas.

Golpeo con mi puño en la cinta que pasaba los artículos hasta el comprador.

—¡Mi reino por una lata de melocotones en almíbar!

Incluso intentando que mis palabras sean inaudibles, resuenan en la soledad del comercio devolviéndome el eco de mi voz.

Baja el volumen, atontado.

Tengo muchos lugares marcados en el plano y la noche no es lo suficiente larga para revisarlos todos.

—Echaré un ojo a la librería de al lado. —Abro el mapa y lo dejo en el suelo—. Y luego esta tienda de armas de aquí. —Calculo la distancia que separa un comercio del otro.

Abrevia, que se nos hace tarde.

Es posible que tenga tiempo de inspeccionar los dos comercios antes de guarecerme, pero necesitaré al menos una hora extra si pretendo encontrar un lugar seguro donde ocultarme durante el día.

Salgo a la calle y escucho el sonido lejano de un motor pidiendo descanso. Me oculto tras una de las barricadas cercanas y oigo que el ronroneo del vehículo se va alejando.

¿Ahora te crees lo de las bandas?

No estoy solo, la sensación de que alguien sigue mis pasos es más apabullante a medida que avanzo. La música rock que se escucha parece provenir de una distancia lejana.

—Espero que mucho.

No parece que emane de un lugar cercano. De todas formas, no te despistes y presta atención.

Tardo más de lo esperado en llegar a mi siguiente destino.

—La mejor opción será revisar la librería sin entretenerme demasiado, y si me sobra tiempo, la armería vecina.

Déjala para mañana.

Me sorprende encontrar un comercio tan distinto al anterior. Las estanterías están llenas, a rebosar. Una prueba irrefutable de que las nuevas tecnologías embotaron a la juventud.

—Mi hijo era increíble. —Recuerdo a mi chaval y siento una oleada irrefrenable de orgullo al evocar su pasión por la lectura—. Si Ryan estuviese aquí, se enfadaría al contemplar todos estos libros tirados por el suelo.

Rapidito que no tenemos toda la noche. Y menos para perderla con tonterías.

Me dirijo directo a la letra T sin prestar más atención de la debida a las maravillosas obras por las que paso.

—Twain. Twain... —Rebusco como un poseso en la estantería donde debería hallarse, pero no lo encuentro—. Mierda. —El desánimo hace acto de presencia—. ¿Tan difícil es encontrar un ejemplar de *Tom Sawyer*?

Negativo, como siempre. Necesitamos armas. La comida la puedes buscar en las afueras. En cuanto al jodido Tom Sawyer, puedes enrollarlo y metértelo por el culo.

—Para mí tiene más importancia que las armas, aunque sé que eres demasiado apático para entenderlo.

¡A tú espalda, compañero!

Giro sobre mis pies al toque de atención de Rimmer y en la puerta de acceso advierto una sombra escabulléndose por el callejón que tengo delante.

Va a informar a sus amigos.

Corro con premura y la seguridad de poder atrapar a mi seguidor y, al llegar a la esquina del callejón, observo una alargada silueta desapareciendo al abrigo de los solitarios y silenciosos edificios.

No se lo permitas o estamos muertos.

Acelero mi carrera todo lo que me permiten las piernas hasta la siguiente esquina.

—¿Dónde se ha metido?

La sombra que persigo se ha esfumado.

Busquemos un refugio que esté lo más alejado posible de esta zona.

—Estoy seguro de que mi imaginación me está jugando una mala pasada.

¿Imaginación? En cuanto se reúna con sus colegas, volverán a por ti. Entonces vas a saber lo que es alucinar, pedazo de inútil.

La luz del vehículo no me deja apreciar la tristeza de mi esposa; siento alivio de no poder contemplar con claridad su demacrado rostro. No ha mediado palabra alguna conmigo; apenas un llanto sonoro ha salido de sus cuerdas vocales.

—Pink Floyd está bien.

Pongo algo de música para amenizar la pena que siento al contemplar su derrota. El dolor por la muerte de Lara se acentúa con cada metro que recorro, pero me obligo a desecharlo. En estos momentos sólo me preocupa llevar a mi mujer a la granja y ponerla a salvo. Tras haber visto lo que ocurría en mi pueblo y en las carreteras colindantes, siento un miedo atroz de no conseguir llegar a la solitaria propiedad de mis cuñadas.

—¿Qué es eso? —mi susurro queda acallado por un potente y ensordecedor sonido.

Miro por la ventanilla para intentar avistar de dónde proviene el ruido, y en el cielo vislumbro la panza de un avión realizando un descenso vertiginoso.

—¡Mira, cariño! —Detengo el coche sin esperar la respuesta de mi esposa.

El aparato sobrevuela nuestras cabezas y hace temblar mi vehículo rugiendo de manera violenta en mis oídos. Sigo su trayecto con la mirada, obviando el aviso de otros conductores que me apremian para que no me detenga.

Al avión finaliza su rápido descenso estrellándose en un pueblo cercano y creando una nube de fuego que enseguida amaina su poder.

—¡Dios mío! —Mi cerebro calcula las muertes que habrá causado el accidente—. Sólo el aparato debía de llevar al menos trescientos pasajeros.

Lucie continúa mirando al frente sin dar importancia al violento incidente aéreo.

—Espabila, atontado —grita un conductor al sobrepasarme.

Al ponerme en marcha, defino una ruta diferente. El accidente ha hecho que tenga que cambiar mi recorrido. Giraré en un camino de tierra que se

halla cuatro kilómetros antes de llegar al pueblo, y que atraviesa el pequeño bosque que custodia la zona. Puede que sea peor circular entre la espesura de los árboles, o quizá la ruta que he decidido tomar sea más peligrosa que el itinerario que pienso dejar, pero debo buscar el trayecto que nos ofrezca la mayor seguridad.

Un pájaro golpea sobre el capó del coche creando un sonido sordo que me sobresalta.

—Ahora los pája... —No logro acabar la frase.

Una multitud de aves de tamaños y especies variadas cae sobre nosotros. La luna de mi vehículo se resquebraja con la sacudida de un cuervo que la motea con su propia sangre. El techo repica como un percusionista con la abundante e interminable lluvia de pájaros muertos o agonizantes.

Me percato de que, aparte del estruendo que provocan las aves muriendo a mi paso, el resto del bosque está en completo silencio. Los animales están corriendo la misma suerte que los humanos. El manto ha traído una enfermedad que ninguna especie del planeta esperaba.

Piso el acelerador para dejar atrás el horroroso sonido que percute en mis oídos. No falta mucho en llegar a la carretera y, una vez la haya tomado, no tardaré más de tres horas en llegar a la granja.

—Tendré que parar a echar gasolina. —Mis labios dicen lo único en lo que no deseo pensar en este momento.

Lucie continúa atrapada en su engañosa existencia, ajena a los peligros que nos acechan en nuestra dificultosa travesía.

—¿Cariño, quieres agua? —Cojo una botella que dejé bajo el asiento un par de días antes de la visita del manto y se la entrego—. De acuerdo. —Su mirada está dirigida a la nada y sus oídos están cerrados a cualquiera de mis palabras—. Cuando tengas sed, avísame. —Dejo el recipiente a mano por si acaso me lo pide más tarde—. Ya falta poco para llegar mi vida. —Sé que mi intento por hacerla volver caerá en saco roto, pero no dejaré de intentarlo. Si no lo logro, tengo la esperanza de que Conney, su hermana o nuestro hijo consigan que regrese al mundo real.

—A ver si encuentro armas esta noche.

No he conseguido nada de la mercancía que vine a buscar. En los establecimientos que he inspeccionado solo he logrado recolectar ocho latas de comida y cuatro litros de zumo.

Sé que me he acercado más de lo planeado al refugio de los dueños de esta ciudad. Los gritos, la música y el ronco sonido de varios motores acelerando lo atestiguan.

Mientras no sigas acercándote, vamos bien.

No he vuelto a percibir la sombra que ayer huyó de mí, pero la sensación de sentirme observado no desaparece.

Tranquilo. Tengo todos mis sentidos en alerta.

El sol dilapida su vida diaria tras el horizonte de altos edificios. Cada segundo que transcurre, la ciudad va perdiendo su luz natural. Mientras espero a la oscuridad total, Ryan aparece en mis recuerdos.

No, por favor. Otra vez no. Me vas a matar con tanta melancolía.

—Sé que te jode. ¿Por qué crees que lo hago?

Cada vez que mi cerebro intenta rememorar algún buen recuerdo familiar, mi insufrible compañero interior se encarga de cortarlo de raíz.

El pasado hay que dejarlo atrás. El presente es lo que importa. Tú cuida de mí, y yo cuidaré de ti. ¿Capisci?

—Es la hora.

Me cuelgo la mochila a la espalda y siento el aumento de peso por los vivieres recién adquiridos. El agua, lo más valioso de mi carga, está profiriendo su último aliento.

Estudio el mapa para asegurarme de elaborar un recorrido sin pérdidas de tiempo. Quiero revisar con celeridad todos los comercios que he marcado para la salida de esta noche. Un par de armerías, una librería y dos supermercados de barrio. El resto tendrá que permanecer un día más sin reconocer.

—Espero que la visita sea productiva.

Arriesgar la vida por un poco de comida no es lo que había imaginado cuando deje mi pulcro, cómodo y musical refugio.

¿Con un martillo y un cuchillo piensas proteger nuestra vida? Hoy tendremos suerte.

Al pisar las calles de la fenecida ciudad, vuelvo a notar la intensa sensación de no estar solo.

—Si quisieran atacarme ya lo habrían hecho. —Llego a una de las barricadas que me entorpecen el paso—. Quizá me esté volviendo loco.

No desvarías, amigo. Yo también vi la sombra.

Al superar la montonera de vehículos, saco de nuevo el mapa y marco la barricada. He señalado todas con las que me he topado, sin excepción.

—Un círculo casi perfecto.

Me encuentro dentro de la frontera territorial creada por la banda que controla la ciudad.

Bien hecho, chaval. Ya sabes por donde puede resultar más seguro moverse.

—Rimmer, no existe nada que sea seguro en este mundo. Nada.

Me da asco tu negatividad.

Prosigo mi caminata hasta la primera armería. No está muy lejos, pero con el peligro constante que implica la ciudad, lo cercano puede ser inalcanzable.

—Si me encuentro dentro de su terreno, las tiendas de armas estarán desvalijadas.

Pueden que sean tan inútiles como tú.

Llego a mi destino con la imperiosa necesidad de encontrar aunque sea un revólver.

—Como el de Ryan.

La imagen de mi pequeño con el arma en la cintura aparece en mi pensamiento.

Y allá vamos de nuevo.

—Si puedo hacerte sufrir, ¿por qué iba a perder la ocasión?

¿Porque he salvado tu miserable vida mil veces?

Entro en el comercio y, tal como esperaba, está desierto. Hay un mar de casquillos de todo tipo de calibres esparcidos por el suelo.

—Aquí se armó una buena. —A unos metros observo un par de estanterías con atuendo militar descolocado—. Veamos si queda algo de mi talla. —Reviso cada prenda esperando encontrar alguna que me valga—. Llevo demasiado tiempo con la misma ropa.

Cierto. El último baño te sirvió de poco.

Mi yo interno tiene razón. A pesar del relajante baño que disfruté en mi refugio, puedo olisquear el aroma a sudor que desprende mi indumentaria.

—Esta me sirve.

Escruto mi entorno para asegurarme de que estoy solo. Me apropio de una camiseta, un jersey para el frío, unos pantalones de camuflaje y una cazadora al estilo *Top Gun*, y entro en un probador que aún conserva su cortina original, y que además me servirá de escondite mientras me cambio.

—Al menos no volveré de vacío.

Me acicalo con calma prestando atención a lo que pueda acontecer afuera.

Te queda de puta pena.

He adelgazado bastante, pero no imaginaba que tanto. A juzgar por mi falta de sorpresa, ya estoy acostumbrado a verme así.

—Al menos tiene un olor...

¿Menos nauseabundo?

—Exacto.

El aroma no viene con la ropa. La mierda siempre huele a mierda.

—Tú tan amable e inspirador como siempre. —Una nueva carcajada de mi odioso yo interior inunda mi cabeza—. Algún día encontraré el modo de hacerte desaparecer.

Tranquilo, Copperfield. No verías la manera de hacerlo ni aunque te estuviese dando un puñetazo en las narices. Eres demasiado torpe.

El fuerte sonido de unos motores acercándose zanja mi riña con Rimmer. Recojo la mochila del probador y me aposto sigiloso en el muro con la cristalera más pequeña. Podré otear el exterior corriendo el menor riesgo posible.

Aprovecha antes de que se acerquen.

No logro divisar nada desde mi posición y decido salir de la armería a la carrera, y al hacerlo advierto las luces de unos transportes dirigiéndose hacia

mí. Consigo distinguir a dos tipos con medio cuerpo asomando por el techo de un coche, pero no me entretengo en averiguar nada más. Centro todos mis sentidos en buscar otro escondite.

—Al menos deben ser cuatro o cinco.

Me agacho tras un contenedor de basura volcado en la calzada y espero a que pasen de largo.

Escóndete bien.

—Tommy —dice un tipo corpulento bajándose del coche—, revisa esta zona, nosotros iremos al este. —Su súbdito asiente y mira embobado cómo su jefe desaparece calle abajo.

Estás muerto.

Entra en la tienda mientras uno de sus compañeros lo espera afuera escrutando las calles colindantes. El conductor ni siquiera se ha bajado del coche, se encarga de mover un potente reflector de un lado al otro de la fachada.

Mi enemigo sale del establecimiento y hace un gesto con la mano a su compinche, que se baja del coche y se acerca a cuchichear. No logro escucharlos, pero creo que sospechan que alguien ha estado en el comercio.

Será por tu jodido olor.

—Cualquiera ha podido entrar —comenta el más fornido mirando a su compañero de matanza con gesto desaprobatorio—, y no tiene por qué haber sido hoy. —Puedo notar el reto de sus palabras.

El tipo delgado y de baja estatura se aproxima a su compañero con paso tranquilo y lo agarra del cuello.

—Huele a podrido y es reciente. —La situación me parece cómica. Un individuo escuálido está reduciendo a otro que le dobla en tamaño—. Echa un vistazo de una jodida vez. —Sin tener que exigir más, su siervo cumple con la orden.

Y hasta aquí llego la vida de Brad Harris, cobarde e inútil hasta su último día.

Observo que el pandillero de más volumen se acerca a mi altura sin la confianza de encontrar algo. No parece tener mucho interés, pero la orden recibida de su superior lo obliga a continuar buscando, aunque sea desganado.

Miro a mi alrededor y no diviso nada que me sirva para escabullirme ileso. Agarro el martillo con fuerza aguardando a que mi enemigo se aproxime. Solo deseo que sus compañeros no adviertan mi presencia ni escuchen sonido alguno mientras lo ataco. Por supuesto, haré todo lo que esté en mi mano por no matar.

Eres un jodido mierda. No le echas huevos al asunto ni cuando tu vida depende de ello.

Me detengo en una gasolinera a unos cincuenta kilómetros de la granja. Hubiese continuado con mi itinerario, pero necesitaba llenar el depósito. Prefiero arriesgar el pellejo y perder un poco de tiempo antes que quedarme sin gasolina en mitad de la nada y depender de la bondad humana para llegar ileso a mi destino. He visto en platea cómo desaparece la compasión en los momentos duros y desconocidos.

—Voy a llenar el depósito. —Mi esposa no me mira—. No tardo, mi vida. —En sus ojos se puede distinguir el enorme dolor que padece.

Bajo del coche prestando atención a los posibles peligros que puedan existir e introduzco la manguera en la boca del depósito sin dejar de tantear la zona.

—¿Quieres una...? —no acabo la frase. Sé que no voy a obtener respuesta.

Camino sigiloso hacia la tienda de la estación de servicio y al cruzar la puerta veo la mitad de un cuerpo tras el mostrador, tendido en el suelo de baldosas grises y negras, mirándome con ojos entreabiertos e inertes.

—¿Dónde estará el agua?

Evito por todos los medios que mi mirada se dirija de nuevo al cadáver.

Reviso los tres pasillos del local y voy recogiendo algo de comida y bebida para el corto trayecto que nos queda hasta la granja. Lucie continúa ausente del mundo real; la observo desde la ventana y siento una pena enorme. Estoy acostumbrado a disfrutar de su sonrisa y buen humor, y presenciar su apatía me parte el alma.

Dos vehículos pasan a toda velocidad por la vieja carretera de montaña y un tercero se detiene tras mi coche.

—Mierda.

Acelero el paso recordando la maldad que algunas personas mostraron en nuestra huida del pueblo. Una mujer se baja del vehículo y me muestra una sonrisa de pavor. Teme que pueda estar delante de un asesino o algo peor. La crisis solo acaba de comenzar y no ha tardado en conseguir que aflore la parte más oscura del ser humano.

—Tenga cuidado con el cadáver.

La mujer me mira mostrándome una sonrisa forzada y desaparece en el interior del pequeño comercio.

Monto en mi coche y lo pongo en marcha sin perder tiempo. Entrego una botella de agua a mi mujer, que la atrapa sin mirarme y engulle el litro de dos tragos largos.

—Llegaremos al amanecer—susurro sabiendo que desde que nos marchamos del hospital mantengo una conversación conmigo mismo.

Pongo el aparato musical y muevo el dial en un intento de encontrar alguna emisora que informe sobre lo que está ocurriendo.

—Aconsejamos a los supervivientes que se desplacen por carretera. —No tardo demasiado—. Que Intenten circular por vías secundarias. —Puedo apreciar con nitidez la voz del locutor rota por el dolor—. Las autopistas están atascadas y es imposible transitar con fluidez.

Algunos vehículos militares que tenían como misión proteger a los ciudadanos de los pueblos colindantes están parados en ambos lados de la calzada.

—Igual que en la autopista.

Otros han colisionando con los fuertes árboles de los laterales de la carretera.

—Nadie va a venir a socorrernos —susurro mientras mi mente calcula los movimientos y medita los planes que debo ejecutar si pretendo proteger a mi familia.

Siento que algo me golpea en la espalda. Miro asustado y diviso, escondida tras un camión de FedEx accidentado, a una chica joven, de pelo castaño, sucio y despeinado.

Quieto. Está con ellos.

Dudo si acatar la premisa de Rimmer o reunirme con la chica desgredada.

No le hagas, atontado.

Me hace ademanes enérgicos con el brazo para que me acerque y entonces recuerdo la sensación de estar siendo vigilado que he tenido durante mis salidas.

—La espía. —Digo en un susurro.

Da igual quien sea. Lárgate.

Corro agazapado y pisando de puntillas para que no me vean ni oigan.

La estás cagando.

Cualquier opción es mejor que tener un enfrentamiento con estos tipos.

Nos va bien solos, compañero.

Alcanzo el escondite que me ofrece el camión de reparto y me entrega una hoja de papel.

¡Si quieres vivir, ven conmigo!

Asiento para no producir sonido alguno. Me dispongo a incorporarme para largarnos, pero me detiene poniendo su mano contra mi pecho y negando con la cabeza. Su enmarañado cabello se mueve con torpeza de un lado al otro.

De acuerdo, pégate a la cría. Quizá te salve el culo. Eso sí, cuando estemos a salvo, mándala a tomar viento fresco.

Se tumba en el suelo y mira por debajo del camión. Al observar cómo actúa, sé al instante que estoy en sus dominios. Se arrodilla y escribe de nuevo en otra hoja de un cuaderno que extrae del bolsillo de su chaqueta invernal. Contemplar los adornos florales y las brillantes pegatinas de colores

me hace pensar en mi hija.

Céntrate, idiota.

¡Haz todo lo que te diga!

Asiento de nuevo esperando, con los nervios a flor de piel, su señal para largarnos.

Síguela. Es oriunda de la zona. Nosotros solo estamos de paso.

Guarda el cuaderno en su chaqueta y me hace el gesto que esperaba.

Adopto el ritmo lento que me ha impuesto hasta que nos refugiamos en un portal al otro lado de la calle. Desde aquí puedo observar con calma el patrón que emplea la partida de búsqueda para dar caza a las incautas presas que invaden su territorio. El tipo que había visto marcharse aparece con sigilo por detrás del lugar donde me escondía.

Ha dado la vuelta a la manzana. Intentaba rodearte.

La observo admirado por su eficiencia y me muestra una sonrisa amplia y sincera. Creía que no volvería a contemplar una expresión de felicidad.

—Te lo dije, joder —vocifera el tipo que pretendía cercarme a traición—. Igual han pasado horas desde que estuvo aquí.

—El olor es reciente —masculla el más flaco.

El líder de la partida de búsqueda echa la última visual a su entorno con la pretensión de encontrar a quien dejó el nauseabundo aroma en la desértica armería.

—Larguémonos.

Los individuos se suben al vehículo y, antes de marcharse para seguir con su ronda, uno de ellos efectúa un movimiento circular con el reflector que se detiene en la puerta donde nos guarecemos. Mi salvadora me coloca su pequeña mano sobre el hombro, obligándome a mantenerme agachado.

Observamos a la pandilla desaparecer calle abajo y, con gesto de cabeza, me hace saber que es hora de ahuecar el ala.

—¿Adónde vamos?

Mostrando la calma que le ofrece conocer el terreno por donde se mueve, me entrega una hoja de papel sin detener su marcha.

Vamos a mi casa. Allí estarás a salvo.

Cuidado amigo. No te fíes de ella.

Otra nota aparece ante mis ojos.

Me llamo Agnes.

Que su aspecto juvenil no te despiste. No quiero acabar estofado.

Con un gesto le pido el cuaderno para hacerle saber cómo me llamo. Me mira y escribe con la rapidez que da el hacerlo, quizá, durante todos los días de su vida.

Soy muda, no sorda.

Y tú como un idiota creyendo que escribe para minimizar sonidos.

—Brad —contesto con sequedad. No me lo toma en cuenta, supongo que no será la primera vez que se topa con alguien tan sombrío como yo.

Entramos en un portal del barrio pobre de la ciudad. Un edificio no muy alejado del centro de transportes por donde acometí mi entrada. Hemos deducido lo mismo.

Y eso que tú no vives aquí. Te diría que estoy orgulloso de ti, si lo sintiese.

Comenzamos una escalada por una estrecha y entorpecida escalera repleta de obstáculos que dificultan el ascenso. Una mesa de comedor boca abajo, un carrito de supermercado lleno de artículos inservibles, montones de ropa vieja y raída, algunos muebles en piezas formando una ineficiente barricada, y cientos de revistas esparcidas por el suelo.

Nuestra ascensión dura algo más de cinco minutos hasta llegar a una puerta de acero donde antes trabajaba el manitas del edificio. Sé que no hay nadie en la propiedad porque todas las viviendas que hemos pasado incluían una puerta de entrada vestida de polvo.

Mi salvadora me muestra otra sonrisa y, en esta ocasión, siento que todavía alberga alguna esperanza de que el mundo vuelva a mostrar la compasión y el amor que un día muy lejano y casi olvidado tuvo.

Karen abre la puerta al escuchar el sonido de nuestro motor. Ryan sale detrás con rostro alegre al vernos regresar.

Mi cuñada no tarda mucho en percatarse de que sólo somos dos ocupantes en el vehículo.

—Ryan, entra con la tía en casa. —Lanza una mirada a su mujer para que lo lleve dentro.

Mi hijo obedece sin rechistar y se marcha con Conney.

—¿Y mi hermana? —dice mirando preocupado por encima del hombro—. ¿Dónde está...?

Karen advierte un bulto envuelto con una sábana enrojecida en el asiento trasero—. ¿Lara? —Camina rápido hacia su hermana y la rodea con los brazos. Lucie no se inmuta.

—Entrad en casa, voy a preparar...

Me resulta costoso aceptar que mi pequeña ha muerto, pero no puedo derrumbarme. Tengo una familia que necesita mi protección. Las cosas se van a agravar y lo último que debo hacer es sumirme como mi mujer en un profundo agujero de aflicción.

—Llevo a mi hermana adentro y voy contigo.

Karen, siempre atenta y al lado de la familia, se ofrece para ayudarme. Sus ojos se ven vidriosos por las lágrimas, pero, al igual que yo, ha entendido que debe ser fuerte si quiere afrontar con las mayores garantías cualquier peligro que nos aceche.

—En las noticias no paran de emitir el caos en el que se está sumiendo el país. —Dice al montar en el coche.

Conozco a muchos cuñados que no se aguantan. Yo soy afortunado, Karen es la mejor cuñada que un hombre puede tener.

—En el planeta, diría yo.

—¿Crees que está ocurriendo lo mismo en otros lugares?

—Supongo que sí. —Aparco tras el granero—. En nuestro pueblo se estaban matando unos a otros.

Karen no puede mirar el cuerpo de su sobrina y me ayuda a sacar el cadáver con su improvisada mortaja girando la cabeza a un lado.

—¿Ha sufrido mucho? —Me cuesta entender su balbuceante pregunta.

—No ha sufrido nada. —No necesita saber la verdad, al menos por el momento. Conocerla la abatiría, y lo que preciso en estos instantes es que no se desmorone la unidad familiar.

—Voy a por la pala.

Karen parece sorprendida por mi calma. Lo que no sabe es que me mantengo entero para proteger a mi familia y que lo que deseo es no derrumbarme ante sus ojos.

Entro en el granero y me tomo unos segundos; necesito pensar y desahogarme con un llanto silencioso.

Escucho los pasos de mi cuñada acercarse y cojo la pala.

—Perdona. —Pese a que no deseo que me vean flaquear, Karen me conoce demasiado bien—. No la encontraba. —En sus ojos aprecio que ha intuido mi necesidad de tomarme un momento para estar a solas.

—Démonos prisa. —Coloca otra pala sobre su hombro y sale del granero a mi lado, dispuesta a enterrar a su sobrina.

Durante el tiempo que tardamos en preparar la fosa de mi pequeña, no mediamos palabra; solo se escucha un leve llanto proveniente de la garganta de mi cuñada.

Con sumo cuidado introduzco el cuerpo de mi hija en el lugar donde descansará.

—Te amo, mi vida. —Mis ojos se nublan—. Siento no haber podido ayudarte. —La culpa me inunda por no ser yo quien esté a punto de ser enterrado.

—Voy a avisar a Conney y a mi hermana.

—Que venga también Ryan.

Karen me pregunta con la mirada si es una buena idea traerlo.

—Si no asiste al entierro de su hermana, nunca nos lo perdonará.

Asiente y se marcha a la granja para comunicar al resto de la familia que ya está todo preparado para la despedida de Lara.

Escucho el llanto de mi hijo cuando sale por la puerta y me enjugo las

lágrimas para que vean que me mantengo fuerte. Mi esposa no llora, su rostro denota que continúa en un plano muy lejano al nuestro. En este instante lo acepto como natural. Cada ser humano reacciona de modo diferente ante la pérdida de un ser querido.

—¡Papá! —Ryan corre hacia mí y me abraza con tanta fuerza que noto la falta de aire en los pulmones.

—Te he echado de menos, hijo.

Mira el cuerpo envuelto de su hermana y deja caer un libro en la fosa. Puedo distinguir el título con facilidad: *Las aventuras de Tom Sawyer*. Nuestra lectura pendiente.

Conney comienza a leer un pasaje de *La Biblia* con voz acongojada. Mi mujer continúa mirando a la nada, Karen llora desconsolada y mi hijo sigue abrazándome mientras intenta secarse la cascada de lágrimas.

Al terminar el salmo, toda la familia, excepto mi ausente esposa, echamos un puñado de tierra sobre el cuerpo sin vida de Lara.

—Id a casa —susurro sin levantar la vista de la fosa.

—Ya nos encargamos Brad y yo. —Karen me muestra su apoyo para terminar lo que hemos empezado.

Conney no protesta y agarra el brazo de mi mujer con cariño y delicadeza.

—Vamos, Ryan.

Mi hijo echa la vista atrás y coge la mano de su tía convirtiéndose en un dúo sonoro de dolor.

—No es necesario que lo hagas tú todo. —En el rostro de Karen puedo advertir que no me dejará solo en un momento como este.

Coge su pala y comienza a echar tierra con mimo, intentado no dañar a su sobrina. Igual que al cavar la sepultura de Lara, no mediamos palabra hasta haberla acabado de cubrir.

—¿Te importa que me quede un rato? —murmullo a mi cuñada dejando caer la pala.

—¿Seguro que no quieres que me quede?

Niego con la cabeza y la abrazo.

—Necesito estar unos minutos a solas.

La observo alejarse con paso torpe y tambaleante. La fortaleza que

presuponía a mi cuñada comienza a flaquear ante mis ojos.

—Perdóname, cariño.

El dolor aumenta por momentos hasta que las fuerzas me abandonan y caigo desgarrado sobre la tumba de mi hija.

—Lo siento mucho.

Mi propia voz interior me insta a pensar en la protección del resto de mi familia: «Recuerda tu promesa». Seco mis ojos y me pongo en pie.

—La voy a mantener cueste lo que cueste.

No he podido salvar a mi hija, pero daré la vida por no sufrir otra pérdida tan dolorosa.

A pesar de tener un cúmulo de objetos esparcidos por el suelo, el lugar está limpio. Un desorden por el que Agnes parece moverse como pez en el agua. El habitáculo contiene un armario de metal y otro de madera, una cantidad ingente de libros y revistas apilados en varios montones. Me sorprende que una niña de la edad de mi hija Lara haya logrado sobrevivir en un ambiente tan hostil.

Hace un gesto con la mano para que pase al otro lado de una tela que ejerce de cortina. Me quedo estupefacto al observar las comodidades de las que dispone. Un sofá de tres plazas y otro individual, una cama pequeña donde un día muy lejano descansaba el encargado de mantenimiento del edificio, y unas cuantas lámparas a pilas que va encendiendo a su paso.

—Una buena biblioteca.

Me mira, escribe en otra hoja de su cuaderno y me la entrega antes de acomodarse en el sillón con las piernas por encima del reposabrazos.

***Lo siento. No tengo Tom Sawyer.
Tengo El príncipe y el mendigo, si te gusta Twain.***

Debe de advertir mi semblante sorprendido, porque vuelve a escribir en el cuaderno.

Te escuché maldecir por no encontrarlo.

Me entrega otra hoja más.

Supongo que será un libro muy importante para ti.

—Es un libro que tengo pendiente. —Es posible que mi mirada no sea tan convincente como creo—. Solo eso. —Niega con la cabeza y me entrega otra

de sus particulares notas.

No es necesario que contestes.

Todos buscamos algo que nos recuerde tiempos más felices.

Incluso conociendo la inteligencia que poseían mis hijos, me quedo asombrado al contemplar cómo funciona la mente de esta niña. Haber pasado solo Dios sabe cuánto tiempo en soledad ha hecho que madure más rápido que en el antiguo mundo.

En el nuevo, o lo haces o mueres. Además, los niños son más espabilados en cada generación, y los de la tuya sois muy torpes.

—¿No puedes estar callado ni un solo segundo?

A los hechos me remito. Siempre tengo que salvarte el culo. Eso no habla muy bien de ti, ¿no crees?

Agnes no me mira con extrañeza al escucharme hablar solo. Golpea con la mano en el sofá invitándome a tomar asiento.

No eres la única persona que habla consigo mismo.

—Bueno, creo...

Me entrega otro papel antes de que termine de exponer mi alegato.

Yo también he tenido una amiga interior.

Me acomodo notando el confort del sofá y una sensación de calma y seguridad no muy asidua para mí desde hace tiempo. Miro sus ojos que poseen el brillo de la ilusión y la expresión de la esperanza. Siento pena y a la vez admiración por ella.

Otra nota aparece frente a mí, tapando sus curiosos y reconocibles ojos.

Supongo que, pese a no haberse mostrado, ya era parte de mí.

Apenas termina de escribir en el cuaderno, y ya me está entregando otra.

Incluso antes de que el mundo se derrumbara.

¡Listilla! No te acomodes ni te despistes. Igual mañana no amaneces. Entonces romperías una de tus promesas.

Obvio la regañina condescendiente y falsa de Rimmer.

—¿Hace mucho tiempo que estás sola?

Espero con paciencia a que me entregue otro pedazo de papel.

Joder tiene que tener un armario lleno de libretas y cuadernos para comunicarse. Así es como se cuidan los árboles del planeta.

Desde el principio de la nube negra.

¿Quieres comer algo?

Amago con protestar a mi repulsivo compañero mental, pero no tengo ninguna intención de entrar en una discusión; siempre termina llevándolas al terreno más doloroso y personal, donde mi sufrimiento acaba cediéndole el triunfo de la disputa.

Desde la muerte de Lara, mi mujer no ha vuelto a hablar y no se ha reunido con nosotros. Se pasa el día encerrada en la habitación y apenas se alimenta.

—¿Puedo entrar? —La misma pregunta de cada mañana e idéntico resultado: el silencio por respuesta—. Voy a prepararte la bañera, preciosa. —La mirada perdida que domina su rostro me da los buenos días.

Mi cuñada colabora todo lo posible conmigo para intentar que mi mujer regrese del agujero de pena en el que se ha sumido, mientras se encarga de que Ryan no sucumba a la tristeza. Echa mucho de menos a su hermana y no soporta que su madre siga en este estado, pero lo cierto es que lo noto más animado e intentando superarlo como puede.

El manto ha acabado con buena parte de la población. Las últimas noticias emitidas por un canal nacional, el único que se mantiene en antena junto al de emergencias, informaba de asaltos, asesinatos y violaciones en las grandes poblaciones.

—¡ALE HOP!

La cojo en brazos y noto el peso muerto de su rendido cuerpo mientras la traslado al cuarto de baño y la dejo con suavidad en la bañera para comenzar a asearla. Intento no llorar, pero sentir que mi esposa ha desaparecido ante mis ojos me rompe el alma.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —Quiero enviar a su pausado cerebro recuerdos de una vida mejor—. Qué guapa estabas sentada en el parque con un vestido floral veraniego que dejaba a la vista tus bonitas piernas. —No reacciona—. Tus curiosos y atentos ojos me miraron y no tardé mucho en sucumbir a su fuerza. —En este instante advierto que su mirada ha perdido todo el poder de atracción que antaño poseía—. ¿Te apetece que demos un paseo? —La pongo en pie para secarla y vestirla—. Hace una mañana estupenda. —Sus ojos se mueven con ligereza hacia los míos—. Te vendrá bien, mi vida. —Noto el pesar que se aferra a su mirada—. Pero si no quieres, salimos otro día.

—¡EL DESAYUNO ESTÁ LISTO! —vocea Conney desde la planta

inferior.

—¿Quieres bajar a desayunar o prefieres que te lo suba? —Hace tres días intenté que bajara, enloqueció y me golpeó con tanta fiereza que me rompió una ceja—. Servicio de habitaciones para la señora Lucie Harris. —Miro su rostro buscando una leve sonrisa, pero mantiene el mismo gesto mustio que la acompaña desde nuestra terrible pérdida.

—¿Qué tal está hoy? —Karen me sobresalta al salir de la habitación.

—Tirando. —Me encojo de hombros para hacerle saber que no hay cambios relevantes en su estado.

—Te he dejado su desayuno sobre la mesa de la cocina.

—Muchas gracias, Karen. De verdad. —Apoyo mi mano sobre su hombro—. No sé qué haría sin vuestra ayuda. —El pesar que me invade hace que mis palabras salgan lentas y desganadas.

—No tienes por qué darlas. —Entra en la habitación para estar un rato con su hermana—. Lo que sea necesario por la familia.

Antes de cerrar la puerta, me dedica media sonrisa que me permite apreciar el sufrimiento y la pena que padece.

Al entrar en la cocina, beso a mi hijo, que está engullendo unas tortitas con sirope de chocolate como si no hubiese mañana. *¿Acaso lo hay?* La irreconocible voz de mi conciencia, que apareció por primera vez durante el éxodo del manto, consigue que me cuestione si tendremos la humanidad suficiente para conseguir sobreponernos de la mayor extinción de nuestra historia.

—¿Cómo se encuentra mamá?

Al igual que nosotros, Ryan está preocupado. Todas las tardes sube a leerle en un vano intento por sacarla de su trance.

—Está bien, hijo, no te preocupes. —Lo beso en la coronilla—. Mamá se va a recuperar, ya sabes lo fuerte que es.

—Nos hemos quedado sin harina, sin azúcar, y el café está en las últimas. —Conney nos informa de los suministros con los que contamos—. Llenar el botiquín tampoco nos vendría nada mal.

—Saldré al pueblo a por lo que necesitemos.

Solo debería dejar a mi familia por algún motivo importante, pero procurar que la vida sea lo más normal posible es razón suficiente para correr el

riesgo.

—Hazme una lista.

Intentar normalizar nuestros días es apremiante.

—Voy contigo. —Mi hijo quiere colaborar con la estabilidad familiar.

—De eso nada, renacuajo —dice mi cuñada—. Tú vienes conmigo a echar de comer a los animales.

Ryan tuerce el gesto en un signo de desaprobación.

—Además, llevas unos días deseando ver el nacimiento del lechón. —Las palabras de Conney logran captar su atención—. Si lo hace hoy, no querrás perdértelo, ¿verdad?

Ryan niega con la cabeza.

—Mejor me quedo con las tías.

Recoge los platos vacíos de la mesa y se marcha de la cocina ilusionado con poder asistir a su primer nacimiento porcino.

—Yo te acompaño. —Conney se ofrece para cubrirme las espaldas, pero antepongo que esté al cuidado de mi esposa e hijo.

—Prefiero ir solo.

Asiente a regañadientes entendiendo que lo más importante para mí es que mi familia se encuentre a salvo.

Me despierto complacido por un irreconocible descanso. En contadas ocasiones, desde que comenzó el fin del mundo, he podido dormir sin tener un ojo abierto. Es la primera vez en varios meses que no tengo pesadillas. Me resulta extraño no percibir alguna mala sensación en esta casa. Hoy en día, sentirse seguro es un placer que se debe saborear.

¿Crees que es mejor compañía que yo? Veremos si la muda te mantiene con vida.

—No te pongas celoso, Rimmer. —Una sonrisa involuntaria aparece en mis labios—. Que no es para tanto. —Otra manera de hacerle daño—. Además, Agnes también me ha salvado la vida.

Que te den, desagradecido.

Una de las hojas del cuaderno de mi anfitriona está pegada con un trozo de celofán en la puerta trasera.

Junto al hornillo tienes un poco de café.

Estoy en la azotea

El olor a café inunda toda la habitación.

—Lo tiene bien montado.

Me muero de ganas por tomarme uno y no me importa en absoluto que el vaso que lleno esté sucio.

La cegadora luz solar me obliga a colocar la mano en forma de visera. Agnes está sentada tras el murete que da a la calle. A su lado tiene unos prismáticos, una revista juvenil y lo que parece ser un iPod.

—Ojalá tuviera uno.

Pese a mi tono de voz susurrante, levanta la cabeza mirándome con una sonrisa en los labios. Siento tristeza al pensar la cantidad de días que habré pasado en soledad.

¿Y a nosotros qué coño nos importa? Al final morirá como todos los que

se acercan a ti, tío gafe.

—Silencio.

Agnes escribe en su cuaderno y extiende la mano mientras me acerco.

***Hay formas de conseguir que se vaya.
Sé lo entorpecedor que puede llegar a ser.***

Ni de lejos puede imaginar cómo es Rimmer. De lo que es capaz. Lo miserable que puede ser cuando se lo propone.

Para proteger a un inútil como tú tengo que ser un cabronazo. No quiero que tú ineptitud me mate.

—Supongo que la hay. —Digo sin convicción.

Lo cierto es que no estoy seguro de querer que se esfume. Lo deseo a menudo, pero a lo mejor no quiero o no puedo estar solo. Es posible que ya no sepa vivir sin su compañía. Quizá sin él estaría muerto.

No lo dudes.

***No lo necesitas.
Solo harás cosas que no debes y actuarás como nunca lo hubieses
hecho.***

Me estoy cansando de esta listilla.

No le permitas que tenga el control.

Hace tiempo que dejé de tener poder sobre él. Tomó el control con sutileza, casi sin que me diese cuenta. Incluso, a veces pienso que lo hizo antes de que el mundo cambiase por completo para mí.

—Estar aquí fuera es peligroso.

Se incorpora y con un gesto de cabeza me insta a mirar al otro lado del murete.

Dos manzanas más adelante, en dirección oeste, un grupo de hombres con

aspecto no muy amistoso y armados hasta los dientes entran en los portales contiguos.

Están revisando los edificios.

La calma con la que escribe sus palabras me asombra tanto como observarla actuar.

Vive en uno de los lugares más peligrosos, y aun así va a durar más que tú. Tiene huevos la cosa.

Muy pronto llegarán aquí.

Observando la distancia que nos separa, calculo que en unos cuatro o cinco días revisaran este edificio.

Y Agnes, la hábil, pasará a mejor vida.

Una de las risotadas mentales y desagradables resuena en mi cráneo.

—Guarda silencio de una maldita vez.

Agnes me entrega otro trozo de papel que me tapa la visión.

Tengo que buscar otro lugar para vivir.

¿Conoces alguno?

NINGUNO. ¿Quieres preocuparte de alguien que no conoces en lugar de procurar nuestra seguridad? ¿Bromeas verdad?

—Sí lo conozco, pero afirmar que es seguro, es mucho decir —respondo sin prestar atención a la parrafada de mi inseparable compañero.

Tú y yo solos, amigo.

El rostro de Agnes tiene una mezcla de impaciencia por encontrar otro lugar protegido en el que vivir e ilusión por no tener que continuar su camino sola durante más tiempo.

¿Hay más personas? ¿Está muy lejos de aquí?

¿Es grande?

—Es un lugar muy pequeño. —Mirarla a los ojos me trae recuerdos muy dolorosos—. Tiene apenas una docena de casas. —Pero me ha salvado la vida—. Y el pueblo más cercano está a unos quince kilómetros. —Se lo debo.

¡NO ME JODAS! ¿De verdad quieres matar a esta pobre chica?

—Un chaval y su madre aún estaban vivos cuando salí. —Me mira con atención, agrandando su sonrisa a medida que le narro lo que se va a encontrar—. Aunque lo cierto es que no sé si habrán marchado.

No le hablo del tipo con enorme machete que merodeaba la zona. No necesito preocuparla; además, no lo volví a ver después de aquella noche.

O estaba de paso o pasó a mejor vida.

Avanza hacia mí y me rodea con los brazos. La sensación es reconfortante y lejana. Por un instante siento que regreso a mi pasado más feliz.

Voy a recoger todo lo que nos sea útil.

Tendremos que cargar mucho peso.

Dejaste morir a Lara. Tú mujer prefirió largarse antes que estar a tu lado. Y los dos sabemos cómo acabo Ryan.

—Cierra la boca de una maldita vez.

Aquí yace Agnes la muda. Pudo haber vivido un poco más si no hubiese conocido a Brad Harris el torpe.

—Espera. —Como siempre, mi odioso compañero logra convencerme. —Me has salvado la vida y te lo debo. —A lo mejor estoy culpando a Rimmer por mis celos, y el que tiene miedo de poner en riesgo a esta desconocida soy yo, y no es que me importe su seguridad—. Saldremos juntos de la ciudad y luego cada uno por su lado. —Es que toda persona que se arrima a mí...—. ¿Hay trato? —...acaba muerta.

Bien hecho. Nosotros no somos salvadores de nadie. Somos supervivientes.

Agnes borra la sonrisa de su cara mientras recoge la revista, se cuelga los prismáticos con calma y se coloca los cascos en las orejas. Escribe en su

libreta, arranca la hoja, enfadada, y la deja caer al suelo.

No necesito cogerlo para saber que ha escrito palabras poco agradables.

Te he salvado la vida, pero imagino que ese tipo de cosas importan poco en este asqueroso mundo.

Me equivocaba. Supongo que vivir de esta manera me ha hecho creer que ya no quedan buenas personas.

Agnes me levanta el dedo corazón con desilusión y desgana, fijando en mí sus ojos tristes y defraudados antes de desaparecer en el interior de su refugio. Una mirada que no deja de recordarme a la de mi amada hija.

Bien hecho, chaval.

—Vete a la mierda.

Ha sobrevivido sin tú ayuda. No tendrá problemas en continuar respirando, siempre que se mantenga alejada de ti.

—¡Muérete, joder!

Antes de entrar en las tripas del pueblo, cargo la escopeta que me ha prestado mi cuñada.

—Quizá no quede nadie con vida.

A pesar de ser un lugar pequeño y con poca población, no es mala idea aumentar la prudencia. *Estate atento, no te despistes*. Mi cada vez más reconocible voz mental consigue que me mueva con extrema cautela.

Me atrincho tras un vehículo accidentado donde el cuerpo del conductor se descompone sobre el capó. El olor es nauseabundo, no puedo evitar las arcadas. *Deja la papilla para luego, chaval*.

Unos metros más adelante, otro cadáver reposa en el suelo. No me resulta extraño apreciar que los carroñeros no merodean a su alrededor. Después de haber visto sucumbir tanto a personas como a animales, no tengo ninguna duda de que el planeta no conserva las mismas especies que albergaba antes del manto.

Corro agachado desde el coche hasta la fuente sin agua de la plaza central. Oteo a mi alrededor comprobando que no hay nadie. *Asegúrate, recuerda las noticias*. Asesinatos, violaciones y una falta total de amor es lo que ha deparado la infección espacial.

—Tienes razón.

Me resulta extraño hablar conmigo mismo, pero es algo que comienza a ser normal para mí.

Echo otra visual rápida a mi entorno, fijándome en los puntos más cercanos al supermercado, *parece que no hay nadie*, que se encuentra a doscientos metros de mi posición. *Al lio, machote*. Agradezco mis propios consejos mentales, pero a veces tengo la sensación de que les hago demasiado caso. *Tú eres yo. Yo soy tú. ¿Tienes miedo de ti mismo?*

—Vamos allá.

Corro agachado a la máxima velocidad que me permiten las piernas y la ineficiente posición en la que me muevo. Me detengo a un lado de la puerta de entrada y reviso el interior deseando que esté desierto. *Despejado*.

Entro con la tranquilidad de encontrarme solo y comienzo a buscar las provisiones que necesitamos. *Rapiña rápido lo que necesitamos y larguémonos de aquí cagando leches.* Me preocupa el sonido del carro de metal que he cogido para no cargar peso durante más tiempo del necesario. Con el silencio sepulcral que se ha instaurado en las calles, se debe escuchar a kilómetros.

—Mirad, tíos, un supermercado —una voz masculina procedente del exterior retumba en el solitario local y llega hasta mis oídos.

Miro a través de un hueco de la sucia cristalera, que aún conserva algo de su transparencia original, *preocúpate por proteger a los tuyos*, y observo a un tipo haciendo señales. *Apunta y dispara.*

—No pienso a matar a nadie —mi susurro es casi inaudible. *Esta gente no te importa.*

—¡ALTO AHÍ! —de mi garganta sale escupido un grito que se escucha en toda la plaza.

—¿Está usted solo? —el tono de voz no denota miedo.

—Fuera de aquí o disparo.

Mi amenaza no causa el efecto deseado. Una bala vuela sobre mi cabeza.

—Somos tres y estamos bien armados —espeta otra voz diferente.

—Como si sois veinte. —Aprieto el gatillo en su dirección y el estruendo de la escopeta produce un ensordecedor eco dentro del supermercado—. Largo de aquí.

—¡Hijo de perra, casi me das! —vocifera uno de los tipos—. Voy a matarte con mis propias manos, pedazo de cabrón. —Noto su enfado en cada sílaba que profiere, pero en este instante la adrenalina recorre todo mi cuerpo.

—Largaos de una vez. —Amartillo la escopeta—. Cuando me haya marchado podréis llevaros todo lo que queráis.

Espero con paciencia su respuesta. Me percató, por su falta de réplica, de que están intentando rodearme. Además, escucho unos pasos a mi espalda. Apunto con decisión y, cuando veo a un miembro del grupo intentando ocultarse tras una estantería llena de productos de higiene femenina, aprieto el gatillo sujetando el arma con fuerza. La bala atraviesa un paquete de compresas.

—¡Mike! ¿Estás bien, chico? —la voz preocupada por su acompañante me

dice que son familia.

—Estoy bien, papá.

No lo he matado y siento una enorme sensación de alivio. *Cuando te maten ellos a ti y dejes a los tuyos a su suerte, verás qué alivio.*

—Haré todo lo que sea necesario para cuidar de los míos, menos matar.

—De acuerdo, ya nos largamos.

He conseguido ahuyentarlos sin tener que arrebatar una vida.

—Vamos a cargarnos a éste mierda —la discordante voz viene de la parte trasera del establecimiento.

—He dicho que nos vamos —ordena el cabecilla con voz firme.

—¿Lo ves? —me digo a mí mismo—. No he tenido que matar.

Escucho los pasos del chico al que he disparado alejándose del escondrijo donde me resguardo. *Ten cuidado al salir.* Guardo en la mochila lo poco que he conseguido coger,

—Lo sé. Me estarán esperando afuera.

Me aseguro de tener el arma a punto por si necesito utilizarla. Me posiciono en la puerta de salida y visualizo el terreno hasta donde alcanza mi vista.

—No parece que haya nadie.

He disparado a su hijo y no espero que se hayan ido sin más, *seguro que están escondidos*, a no ser que sean como yo.

Si el cabeza de familia piensa en los suyos, no los pondrá en peligro por no esperar a que me marche para coger lo que necesiten. Sabe que estoy dispuesto a todo y mis disparos lo atestiguan. *Es posible que puedas escapar ileso por la parte de atrás.*

Echo un último vistazo y no diviso a nadie en los alrededores.

—Si yo fuera ellos, me rodearía.

Camino agazapado tras los muros del supermercado e intentando pasar por los ventanales lo más rápido y oculto que me sea posible. Agradezco que los cristales no tengan la transparencia de cuando eran limpiados a diario. Llego a la parte trasera, pero la puerta está cerrada con una cadena y un candado.

—Mierda. —Me tomo un breve momento para meditar con calma—. Por la ventana del baño. —*¿Por el ventanuco del tigre?*

No quiero desvelar mi posición. *¿A eso lo llamas pensar con frialdad? Hago caso omiso a mis pensamientos, ¡tienes una escopeta idiota!, y camino con velocidad hasta el aseo.*

El pequeño cristal está roto. Resguardo mi mano con la manga de la chaqueta y, para no cortarme, golpeo las esquirlas que están pegadas al marco metálico. *Revisión palmo a palmo.* Oteo el exterior para comprobar que los asaltantes no intentan cercarme. Al igual que en la puerta principal, no veo a nadie por los alrededores. *Sal despacio y estate preparado por si tienes que disparar a estos cabrones.* Dejo caer la mochila al otro lado y comienzo a meter las piernas por el hueco. *Vas a palmar por no haberle pegado un tiro al puto candado.*

Nadie me dispara mientras salgo de la trampa mortal en la que me he metido yo solo.

—Se han largado.

Recojo las provisiones del suelo y las cargo a mi espalda. *Rodea el edificio y apóstate cerca de la puerta principal.*

—No pienso arriesgarme más. Me marchó a casa. —*Si descubren nuestra granja, pondrás a todos en peligro.* Acepto la premisa de mi yo interno, un yo que gana fuerza cada día que pasa.

Me muevo de vehículo en vehículo hasta colocarme con una buena visual de la plaza y la calle principal; entonces los veo. Tres tipos bien armados y resguardados tras los coches que hay frente a la puerta del supermercado. *¡Te lo dije!* Están apuntando con sus armas al lugar por donde creen que puedo salir. *Cárgate a estos idiotas.* Apoyo la escopeta sobre el maletero del coche que me cubre, *así se hace, chaval,* y apunto con decisión a los asaltantes que esperan pacientes para darme muerte. *Y ahora aprieta el jodido gatillo.*

Noto el sudor cayendo por mi frente. Nunca he disparado a nadie, y solo el hecho de pensarlo, me enferma.

—Me marchó.

Bajo el arma y me escabullo entre los coches hasta llegar al lado opuesto de la plaza, perdiéndolos de vista al resguardo de los viejos comercios.

—Que me sigan esperando.

No he cogido todo lo que necesitábamos. Podremos vivir sin azúcar y algo escasos de medicinas durante unos días.

—Tendré que regresar de nuevo —*Murió por un kilo de azúcar*—Y cuándo lo haga intentare correr menos riesgo. —*Si viese una tumba con ese epitafio, me reiría del idiota que la ocupa.*

Lo cierto es que estoy cansado de que mi propia mente intente sabotearme tantas veces como las que me ha hecho saber lo que resultaba más seguro para mí y los míos. La voz desconocida que vive en mi interior me da una de cal y una de arena. Por el momento, la aguanto, cuando no lo haga, desaparecerá.

Regreso a la granja mirando por el retrovisor durante todo el trayecto. No quiero que me sigan y descubran dónde vivimos. *Espero que no.* Tal y como está la situación, *si lo hacen será por tú culpa*, vivir con tres mujeres es un filón para los desgraciados que se aprovechan de la buena gente que todavía queda en este mundo, al que apenas reconozco.

Con cada mirada por el espejo retrovisor, mis ojos se clavan en el asiento trasero y me es inevitable sentir un enorme dolor por lo ingratos recuerdos que guarda de mi pequeña.

Entro y Agnes está guardando varios objetos en una mochila gris. Parece haber aceptado el trato de permanecer juntos hasta que salgamos de la ciudad.

—Preparamos todo lo que vayamos a llevar. —Ni siquiera me mira—. Saldremos al anochecer. —Me lanza con enfado una bola de papel arrugada y camina hasta el armario metálico.

Al abrirlo, contemplo asombrado que está repleto de armas y munición. Avanzo ensimismado, manoseando la bola de papel y, antes de que me acerque más al armario, saca una pistola del calibre 45 y me apunta con determinación.

—Tranquila Agnes. —Con un movimiento de cabeza señala el arrugado papel para que lo abra.

Si me llevas hasta el pueblo donde te refugias, puedes llevarte todas las armas que te dé la gana.

Aprovecha y carga todo que puedas. Es un trato excelente.

—De acuerdo —me escucho decir sin apenas pensarlo—. Me parece justo —agrego estupefacto por el enorme arsenal.

Agnes cierra el armario y se guarda la llave del candado en uno de los bolsillos del pantalón. Acaricia el arma golpeándola con los dedos una y otra vez, diciéndome que más me vale no hacerme el listillo.

Será mejor que no la engañes. No quiero que me mates.

Desde luego, no pienso obedecer la premisa de Rimmer.

—Quizá me dé el descanso infinito que tanto anhelo.

Noto a mi otro yo enfureciéndose.

Papá prométeme que...

—Vale, vale, no sigas. —Conoce mis debilidades mejor que nadie. Sabe qué botones debe pulsar para hacerme daño

Otro trozo de papel vuela hasta mí. La pelota está menos arrugada, lo que

me indica que Agnes está más calmada.

También puedes llevarte la comida que quieras.

Abre otro armario de madera, y también está atestado, pero de alimentos.

Parece haber invertido mucho tiempo en saquear los comercios de la zona.

—Y una buena dosis de riesgo.

Eso a nosotros nos da igual. Lo único que importa es que podemos aprovecharnos de la muda.

—Eres un desgraciado.

Me entrega en mano otro papel sin arrugar. En este momento me gustaría haber aprendido el lenguaje de signos.

¡NOS VAMOS MAÑANA!

Quiero protestar su decisión, pero coloca su mano entre su cara y la mía, interfiriendo nuestra visión directa con ademán de no querer escuchar lo que tengo que decirle.

Háblale a la mano.

Obvio la risa mental de mi insufrible compañero.

Creo que no es buena idea quedarnos más tiempo; intentaré convencerla antes de que anochezca. Mientras tanto, seguiré sus peticiones al pie de la letra.

Está viva, lo cual significa que sabe lo que hace. Eso sí, cuando lleguemos a nuestro refugio...

—Carretera y manta.

Ni yo lo podría haber dicho mejor. Y que la diosa fortuna le sonría.

Agnes me mira sabiendo que hablo sobre ella con mi yo interno. Coge una de las revistas juveniles que tiene junto al sofá y se acomoda negando con la cabeza.

Abro la mochila para comenzar a cargar un poco de comida. Compruebo

que en el armario hay de todo, excepto una lata de melocotones en almíbar. Guardo solo lo necesario con el propósito de no tener que transportar una carga demasiado pesada.

Carga todo lo que puedas, atontado. Cuanta más comida pilles, menos salidas tendremos que hacer. Así no pondrás en peligro nuestra preciada vida.

—En esta mochila cabe lo que cabe. —Agnes no levanta la cabeza de su revista. —Además, no soy mago, tengo que dejar sitio para las armas.

Mi anfitriona se incorpora, esconde medio cuerpo tras el cabecero del sofá, saca un objeto arrugado y lo lanza a mis pies.

Es un macuto verde militar con el logotipo de una armería local dibujado de manera torpe y vulgar. La escopeta parece un bastón, y los cartuchos, paquetes de centavos enrollados en papel.

Me siento como una mierda.

—Gracias, Agnes. —Ha salvado mi vida y todo lo que ha logrado recolectar durante incontables salidas plagadas de peligro me lo ofrece sin egoísmo—. Deberías aprender de ella.

Tú carga y calla.

Comienzo a llenar el macuto con todos los víveres que me sea posible transportar. Rimmer tiene razón, debo aprovechar la situación y, con las recobradas fuerzas de las que dispongo, acarrear todo lo que pueda.

Un trozo de papel cae junto a mis rodillas.

Llénatelo con comida.

Cuando carguemos las armas, te dejaré otro igual.

Regresa al lugar donde estaba leyendo con placidez y prosigue ojeando su revista mientras yo continúo llenando el macuto sin dejar de pensar en la inestimable ayuda que una desconocida me está brindando.

Los últimos días estoy tan preocupado de que alguien entre en nuestras tierras, que paso con mi hijo menos tiempo del que me gustaría. La mayor parte del día estoy vigilando la propiedad, y el resto de mis momentos de sosiego los utilizo en ayudar a mis cuñadas o atender a Lucie para intentar sacarla de la depresión en la que se encuentra.

—Te traigo la cena, amor mío. —Dejo la bandeja sobre la mesilla de noche.

Ryan cierra el libro que está leyendo y lo deja en la mesilla del otro lado de la cama.

—Te quiero, mamá. —La besa en la mejilla con dulzura y se marcha de la habitación.

Quiero decirle que si le apetece puede quedarse, pero pocas veces lo hace. Está creciendo rápido y ha entendido que yo también necesito pasar tiempo a solas con su madre.

—A mi chica, huevos con bacón.

Ya no queda mucha carne para comer; mi cuñada ha tomado la decisión de matar a uno de los pocos cerdos que superaron el manto. Yo soy vegetariano, o al menos lo era, pero en estos días tan sombríos me obligo a engullir cualquier alimento que me aporte la energía necesaria para ser lo que mis seres queridos necesitan que sea.

Las primeras palabras que salen de la boca de mi mujer desde la muerte de nuestra hija me hielan la sangre.

—Dile a Lara que suba. —Ha perdido la cabeza.

—Voy un momento al baño mi vida.

Con las piernas flaqueando, cierro la puerta del aseo y dejo una pequeña rendija por donde poder vigilarla. Siento un dolor enorme al contemplar en lo que se ha convertido la mujer que amo y no puedo frenar las lágrimas que fluyen por mis mejillas. ¿Tendré las fuerzas necesarias para continuar viviendo de este modo? Estos son los momentos en los que me asaltan las dudas.

—Quiero hablar con Lara —me reitera al verme salir del cuarto de baño. Su tono de voz es exigente y trae a mi memoria imágenes de una vida pasada que se esfuman al momento.

—Cariño, sabes que Lara...

No me deja terminar la frase. Es como si su cerebro hubiese levantado los muros de su propia autodefensa.

—Está en casa de los Solberg. —Me muestra una amplia sonrisa que llevo mucho tiempo esperando y me hace sentir bien, lo suficiente como para confiar en que nuestra situación puede mejorar—. Tenía que hacer un trabajo para clase con Portia. —La mueca que dibujan sus labios siempre ha tenido una fuerte influencia en mí, incluso más potente que la de sus bonitos ojos achinados.

—Bébetete toda el agua. —Siempre procuro que se coma la mayor parte de los alimentos y que se mantenga bien hidratada—. Voy abajo a dejar la bandeja y le digo a Ryan que suba a darte las buenas noches. —Beso su frente agradeciéndole que haya enviado un pequeño rayo de luz hacia mí en forma de sonrisa.

Las fuerzas me fallan de nuevo. Ver a mi esposa de este modo me parte el alma. *Ryan la habrá visto así.* Mi preocupación se centra en mi pequeño. *Pasa mucho tiempo con ella. Seguro que lo sabe.* Me obligo a bajar y guardar la compostura para que no sospeche lo que le ocurre a su madre.

—Lucie cree que Lara continúa con vida. —Karen me mira extrañada—. Piensa que está haciendo los deberes en casa de los Solberg.

El plato que sostiene mi cuñada en las manos cae al suelo y se rompe en varios pedazos. El sonido alerta a Conney, que aparece en la cocina con celeridad y preocupación.

—Qué susto me habéis dado, por Dios.

Karen se sienta en una silla y comienza a llorar.

—Mi hermana cree que Lara está viva.

Observo el rostro de Conney y sé que tampoco ha presenciado los desvaríos de mi esposa.

—Yo siempre le digo que está en casa de Portia —musita Ryan desde la puerta—. No quería preocuparos. —En este instante tengo una gratificante sensación de orgullo. Buenos valores y mucha lectura han hecho que mi

chaval sea tan increíble.

—Ven aquí, machote.

Corre hacia mí y me abraza —Lo siento. —. Necesitaba recibir un poco de su amor sincero.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de varias comidas copiosas seguidas. Agnes continúa negándome la palabra. Tras cenar, salió a la azotea para alejarse de mí. Desde que me entregó la bolsa para los víveres, no me ha vuelto a escribir ninguna nota.

Revienta el candado y coge tus armas. Déjala sola y que se las apañe.

Deshecho la propuesta de Rimmer al instante y salgo a la azotea para intentar que no continúe enfadada conmigo. No es que me importe demasiado, pero hace tanto tiempo que estoy solo, que su compañía se me va de las manos. No sé cómo relacionarme con otras personas sin proferir las mismas amenazas de siempre, ni tampoco sé hacerlo cuando la decisión más firme que he tomado, con la ayuda de mi inseparable compañero, es la de no sentir nada por nadie.

—¿Por qué no entras? Estarás mejor...

Mi salvadora me mira con indiferencia y prosigue con su vigilancia. Miro al lugar a donde dirige sus prismáticos y observo que hay una gran cantidad de iluminación. Sin duda, es la guarida de la banda que domina la ciudad.

Agnes me ofrece los prismáticos para que contemple por mí mismo lo que está ocurriendo. Antes de que me los lleve a los ojos, me entrega una de sus reconocibles hojas de papel.

Este es el mejor momento para largarnos.

El riesgo es mucho menor.

La guarida está lejos; parece un colegio o instituto. Puedo observar a decenas de personas moviéndose al ritmo de una música que apenas se escucha desde la distancia a la que nos encontramos. Los trasportes de los que disponen son variados, desde grandes camiones hasta motocicletas.

Y eso es lo que construye alguien que desea continuar viviendo.

Lo cierto es que desde que me encontré con Agnes, las ganas de quitarme la vida parecen haber mermado. Por ese motivo, Rimmer está más calmado

de lo habitual.

Todas las personas que se hallan bailando se revolucionan cuando hace acto de presencia un tipo subido al techo de un camión del ejército. El vehículo se detiene y todos los asistentes lo rodean ansiosos. Puedo distinguir cómo se empujan los unos a otros para colocarse en cabeza y ser los primeros en coger lo que contenga el transporte.

Otro papel aparece frente a uno de los oculares de los prismáticos.

Es la hora de la cena.

De interior del camión comienzan a salir hombres, mujeres, e incluso niños, y antes de que sus pies toquen el suelo, la multitud enfervorecida los atrapa y, como si no fueran seres humanos, los lanzan a una enorme hoguera que preside el centro del patio. No puedo creer lo que estoy viendo y agradezco a la distancia que los gritos de dolor proferidos por las personas que están siendo quemadas vivas no lleguen a nuestra azotea.

Agnes, impasible ante el horror que estoy contemplando, me entrega otro papel y se marcha caminando con calma.

Yo que tú descansarías, ahora que puedes.

Mañana será un día duro.

Asiento y continúo vigilando la reunión de psicópatas que tengo desde mi lejana y protegida visual. Los cuerpos calcinados son despedazados con una facilidad y brutalidad inconcebible para mí.

Hacen lo que sea necesario para sobrevivir. A ver si aprendes, atontado.

Todos hemos oído hablar de estas historias en el nuevo mundo, pero nunca creí que fuesen ciertas, y menos que las vería con mis propios ojos.

—Por mucho que lo intentes, yo jamás seré así de bárbaro.

Cuando es el turno de las víctimas más jóvenes, me cuelgo los prismáticos y me marcho de la azotea. No quiero seguir viendo tanta perversión; bastante mal me siento recordando a las personas indefensas que dejé a su suerte.

Antes de llegar a la puerta, no puedo contener el vómito.

Para eso cenas, tío mierda.

Ni el leve viento que me envuelve logra apaciguar una segunda arcada.

No sé qué tengo que hacer contigo para que espabiles de una jodida vez.

Entro tambaleante al refugio y Agnes se incorpora en el sofá preocupada. No sé si lo está por mi bienestar o porque soy la persona que va a sacarla de este infierno.

Favor, por favor.

Las búsquedas que los miembros de la banda que domina este territorio efectuaban durante la mañana eran sistemáticas. Darán con este refugio tarde o temprano, y entonces Agnes acabará en el lugar que tantas noches ha divisado con sus prismáticos.

Otra hoja de papel me disipa las dudas.

¿Estás bien?

Mañana me largo de aquí, contigo o sin ti.

Parece que no nos necesita. Solo somos un medio para un fin.

Por lo visto, prefiere marcharse sola antes que agradecerme que la saque de aquí.

—Estoy bien. Se me ha revuelto un poco el estómago.

Sé que precisa de mi transporte si pretende alejarse todo lo posible de este violento lugar, pero es una niña hábil que no requiere de mi ayuda para sobrevivir; lo ha hecho sin recibir el amparo de nadie.

Debería agradecértelo. ¿Quién se ha creído que es está mocosa?

—¿Tú crees? —Lo cierto es que tengo mucho que agradecerle—. Si no fuera por su ayuda, estaría siendo quemado vivo y devorado. —Rimmer intenta protestar, pero lo corto tajante—: Le debemos mucho, machote, sobre todo tú.

Agnes se tumba en el sillón y se tapa con una vieja manta. Yo me acomodo en la parte de suelo que tengo para mi descanso.

Que te ablandas, chaval. Deshazte de la muda.

A medida que van desapareciendo las náuseas, me quedo adormilado sintiendo una calma y una relajación a las que no estoy acostumbrado.

Cuando se quede frita, coge lo nuestro y nos largamos a casa.

—Eso no va a pasar.

—¡Ryan, a comer! —grita mi cuñada dejando una fuente de puré de patatas sobre la mesa—. La comida de mi hermana está en la cocina.

Karen está en el quicio de la puerta mirando el canal de noticias. Una reportera aparece informando entre varios cadáveres en descomposición y mordisqueados por los escasos carroñeros que han sobrevivido. A pesar de llevar una mascarilla en la boca, se puede apreciar su cara de repulsión por el nauseabundo olor y sus aterrorizados ojos por la mortandad que la rodea.

—El mundo no volverá a ser el mismo —farfulla apenada—. Más de dos tercios de la población ha muerto y el resto acabaremos matándonos unos a otros.

—El ser humano encontrará la manera de recuperar lo perdido —dice Conney sentándose en el sofá.

A espaldas de la reportera aparecen dos tipos corriendo en su dirección. El operario filma hasta el más ínfimo detalle de lo que ocurre en su dominio. Puedo apreciar que apenas tiembla al verlos acercarse. Uno de los asaltantes atrapa a la corresponsal por la espalda y dispara al cámara que cae al suelo dejándonos observar de cerca algunos de los cadáveres tendidos.

—Qué bien nos lo vamos a pasar —se escucha decir a una voz masculina fuera de escena.

—Yo primero.

Se ve a la reportera cayendo al suelo y a uno de sus atacantes situarse encima para golpearla en la cara y que desista de ofrecer resistencia.

—¡Estate quieta, joder!

La pobre mujer continúa luchando en vano por su vida; apenas le quedan fuerzas para pelear. El agresor le arranca la camisa de un fuerte tirón y muestra su sonrisa de depredador a la cámara.

—¡ACCIÓN!

Karen apaga la televisión.

—El ser humano es un animal. —Fija los ojos en su mujer, que le devuelve la mirada—. Se me han quitado las ganas de comer. —Lo cierto es

que nos ha ocurrido lo mismo a todos, excepto a mi hijo, que está arriba con su madre. Me alegro de que se haya ahorrado unas imágenes tan crueles.

Subo las escaleras recibiendo en mi cerebro los fotogramas de la reportera siendo violada.

—Peor suerte ha corrido su compañero. —Abro la puerta de la habitación y mi chaval me mira con atención—. Ve a comer, hijo.

Baja dando un salto de la cama.

—Mamá, después subo otro rato así acabamos el capítulo. —La besa en la mejilla y cierra la puerta despacio.

Lo escucho bajar las escaleras a la carrera.

—Todos te echamos mucho de menos. —Musito dejando la bandeja sobre mis rodillas—. Te necesitamos, amor mío.

—¿Ha vuelto Lara de casa de los Solberg? —Hace un gesto de cabeza dirigido a la ventana—. Ya es de noche. —Pese a la bruma que cubre el cielo, el sol diurno está en el punto más alto, pero no para mi esposa, que vive en un mundo diferente al nuestro.

—Karen y Conney están preocupadas por ti. —Lo que menos necesita es que alimentemos el irreal mundo en el que se ha instalado.

—¿Ha llamado mi hermana por teléfono? —Su rostro forma una mueca de ilusión—. Seguro que quiere que vayamos a verla a la granja.

—Sí, cariño. —Siempre que estoy a su lado siento una fuerte presión en el pecho—. Quiere que pasemos unos días en la granja. —Lo cierto es que a veces pierdo la esperanza de recuperarla.

—Luego la llamo y le digo que vamos la semana que viene. —Coge mi mano y noto un calor que añoro desde que empezó esta locura—. ¿Te parece bien?

—Sí, mi vida. Me parece bien. —Le ofrezco con suavidad otro trozo de comida—. Cuando termines de comer, podríamos dar un paseo. —No contesta—. Si te apetece salir, solo tienes que decírmelo. —Que mi vista se nuble por amargas lágrimas es algo que me pasa con mucha frecuencia en esta habitación.

Termino de alimentar a mi esposa y dejo caer el tenedor sobre el plato.

—Te quiero, cariño. —La beso en sus dulces y lejanos labios y siento la sensación de desasosiego que me provoca estar en la misma estancia.

—Yo también te amo —Me regala otra de sus arrebatadoras sonrisas y logra que me sienta un poco mejor.

—¿Hola? —escuchó decir a una voz ronca fuera de la casa—. ¿Hay alguien? —Me pongo en pie como si tuviese un resorte en el trasero.

Agnes, además de lista, es fuerte. Carga con una bolsa llena de armas y su macuto como si apenas pesasen. Yo llevo mi vieja mochila y dos bultos más: uno con armamento y el otro con vivires variados.

Me hace un gesto preguntándome si estoy listo.

—Cuando quieras.

Hemos hablado sobre la ruta más adecuada y acordamos el punto de huida: El mismo lugar por el que abordé la ciudad.

Salimos al descansillo y descendemos el tiro de escalera con sigilo. Mientras los amos de la ciudad estén cenando, las patrullas de vigilancia serán mínimas. Por otra parte, Agnes continúa reacia a hablar conmigo más de lo necesario, supongo que es una persona que le duran los enfados.

No se fía de ti, iluso.

Caminamos en silencio buscando las zonas oscuras que nos ofrece la urbe. He calculado que no tardaremos más de quince minutos en salir de los límites de esta tumba mortal, y que, con el peso de los bártulos, al menos tardaremos una hora y media en recorrer los kilómetros que nos separan del lugar donde escondí el Mustang. Si no encontramos problemas, llegaremos a la siguiente parada antes del amanecer.

No varías mucho los planes.

Mi espalda no tarda en protestar. Hacía mucho tiempo que no cargaba con tanto peso.

Agnes se detiene y con un gesto me indica que debo agacharme. Corre en silencio hasta la esquina, se asoma, revisa con atención los alrededores y me hace un ademán con la mano para que me acerque.

No conozco tanto el terreno como Agnes, pero reconozco esta zona de mi entrada en la urbe. Sé por dónde me muevo.

Me pongo en cabeza y avanzo sin demorarme hasta que diviso el centro de transportes por el que me había colado.

—Por aquí Agnes. —Nos queda poco para estar a salvo—. Un poco más a salvo —me corrijo sabiendo que nunca se puede asegurar algo así en el

mundo en que vivimos.

Transitamos a la mayor velocidad que nos permite el peso que cargamos. Escucho la respiración entrecortada de Agnes, pero no puedo detenerme hasta que hayamos atravesado los muros de esta casa de locos. Miro a mi espalda y veo que está perdiendo el paso.

No pares ahora. Que espabile si quiere vivir.

Aminoró la marcha para que me alcance.

—Necesitas que paremos un momento.

Esta niña nos va a matar.

Niega con la cabeza y aprieta el paso haciéndome saber que se esforzará lo necesario para cumplir nuestro plan. Sigo caminando a su ritmo con la intención de que no sienta la pérdida de fuerzas al comprobar cómo me alejo.

—Ya queda poco, pequeña.

Sus ojos se iluminan; en su rostro puedo distinguir la mirada de alguien que no se siente sola.

¡NO ES TU HIJA, CABEZÓN!

Entramos en el muelle del centro de transportes, no queda mucho para lograr nuestro primer objetivo y Agnes continúa esforzándose al máximo para no rezagarse. No sería raro que una partida de búsqueda saliera de los límites de sus propias barricadas durante la noche, pero supongo que mi acompañante ya me habría avisado. Sabe mejor que nadie hasta dónde están dispuestos a llegar.

—Paramos unos minutos. —Agnes niega con la cabeza—. ¡Paramos un momento! —mi orden es tan tajante que guarda el cuaderno donde pensaba escribir su desacuerdo con la parada improvisada.

Tendremos que atravesar la ventana por la que yo mismo entré y cruzar los muelles traseros si pretendemos conseguir lo que nos hemos propuesto.

Mientras toma algo de resuello, mi dirijo a la ventana; debo comprobar que la parte trasera esta yerma. La oscuridad que me había protegido durante mi travesía de entrada ha desaparecido. La luna creciente hace la noche más luminosa, pero no lo suficiente como para no poder ocultarnos.

Regreso con Agnes, que ya se está cargando la mochila a la espalda.

—Descansa un poco más.

Me entrega un papel que ha escrito durante mi corta ausencia.

***Cuanto antes nos larguemos de aquí, mejor.
Todo esfuerzo merecerá la pena.***

—De acuerdo. —La miro fijo a los ojos—. Pero una vez fuera, pararemos cuando yo diga. —Asiente mostrando media sonrisa.

Por primera vez en mucho tiempo escucho el tono paternal de mi voz. Enseguida desecho el sentimiento. Los que vengan a continuación, cuando ya no esté conmigo, el día que la pierda, serán insuperables.

Bien pesando, chaval. Tres y no más.

—Cinco —protesto a Rimmer por olvidarse de mis cuñadas.

Cinco, pero ahora...

—En marcha.

...tú y yo solos.

Cargo los bultos notando algo de relajación en la espalda y una sonrisa aparece en mis labios al sentir la falta de dolor lumbar.

Agnes sigue mis pasos hasta la ventana.

—Dame las bolsas y salta afuera.

Obedece mi orden sin dilación, lo que nos confiere recuperar algo del tiempo perdido.

Efectúa un gesto con los brazos para que deje caer las provisiones.

—Toma, pequeña.

Es una chica fuerte, obstinada, decidida y valiente. Podrá sobrevivir sola.

Mejor que tú, seguro.

—Brad... —Noto a mi cuñada asustada—. Hay un hombre y dos mujeres abajo. —Me entrega una escopeta y me aposto en la ventana a la espera de acontecimientos.

—Apúntales desde la otra habitación. —Gira sobre sus pasos para seguir mis instrucciones. —Karen —alzo un poco la voz para que se detenga—, que no te vean, pero tenlos a tiro en todo momento.

Me acerco con sigilo a la ventana y me asomo. Son tres personas: Un hombre de edad avanzada, una mujer escuálida y mucho más joven, y una adolescente aterrorizada, con la ropa raída, que se esconde tras sus acompañantes.

—¿Qué queréis? —escucho preguntar a Conney desde otra habitación.

—Nos hemos quedado sin agua. —Vuelca una cantimplora militar—. ¿Pueden darnos un poco? —Y echa un vistazo a su alrededor para garantizar la seguridad de los suyos—. Por favor, estamos sedientos.

—Lo siento, pero solo tenemos para nosotros —la voz temblorosa de Conney envalentona al visitante masculino.

—Seguro que tienen de sobra para darnos un poco. —Con la cabeza señala el pozo que está junto al granero.

—Está vacío —expone mi cuñada con voz más firme.

—Por favor. —Puedo advertir cómo le cambia el gesto al cabecilla del trío—. Solo necesitamos un poco de agua y nos marchamos.

Como me ocurre a mí, no acepta la falta de empatía de las personas en un mundo que está cambiando a toda velocidad.

—Será me... me... mejor que os marchéis —la voz nerviosa de Karen me dice que si no hago algo de inmediato vamos a tener muchos problemas.

Reacciona. atontado. —Abríos las chaquetas y giraros. —Dejo el rifle a la vista—. No hagáis movimientos bruscos, no quiero tener que dispararos.

—No estamos armados, señor —La menor del grupo asoma la cabeza por detrás de su acompañante—. Solo queremos un poco de agua.

—Los abrigos, fuera —insisto decidido, no quiero que su aspecto

inofensivo me nuble el juicio y poner en riesgo a mi familia. *Bien dicho, pelotas de acero.*

—Se lo ruego, señor. —El anciano me lanza una mirada reticente y observo que está a punto de desfallecer—. Mi abuelo necesita agua.

—Vámonos, Ely —le propone cauto a la mujer de más edad.

—Solo pretendemos protegernos —dice Karen con tono triste—. Si no estáis armados, podéis coger el agua que queráis.

—¿Y si lo estamos?

—Si lleváis armas, tendréis que entregárnoslas. —Mi exigencia parece hacer efecto. Los tres abren sus chaquetas y dan una vuelta sobre sí mismos para mostrarme el escaso arsenal del que disponen.

—Dejadlas en el suelo. —Conney aparece por la puerta sin dejar de apuntarles con el rifle—. Y apartaos.

Espero con una calma inusual a que se desarmen. No me gustan las armas e imaginarme matando a una persona me pone enfermo.

—Ya está —informa el anciano con firmeza—. No tenemos más. —Advierto el pánico de la adolescente en sus delgadas y temblorosas piernas.

Si ocurre algo, será por tú jodida culpa. Prefiero la compañía de mi pensamiento más cruel cuando me apoya que cuando me mina la poca moral que me queda. Agarro la escopeta con fuerza por si necesito utilizarla. *No tienes huevos para usarla, aunque tu vida dependa de ello.* Mi yo interno va ganando fuerza cada día. Me pregunto cuánto tiempo podré mantenerlo bajo control.

—¿Brad, ha vuelto ya Lara? —Mi esposa ausente durante la tensa confrontación me da un buen susto—. Quiero hablar con ella.

Dejo el rifle apoyado en la mesilla.

—Aún no ha vuelto, cariño. —Me siento a su lado en la cama—. No te preocupes por Lara. —Agarro su diminuta mano y se gira para darme la espalda, como si no quisiese volver al mundo real.

Salgo de la habitación consternado por la rendición de mi esposa. Golpeo la barandilla de madera, cabreado, desolado, vencido por no percibir ni un pequeño atisbo de mi antigua mujer. *Tengo noticias frescas para ti. La parienta ha bajado a por tabaco y no va a volver.* Me enfado conmigo mismo por mis detestables pensamientos.

—¡Cállate, joder!

—¿Estás bien? —Karen cierra la puerta de la habitación en la que estaba apostada para protegernos de los visitantes y se sorprende al verme hablar conmigo mismo.

—Sí. Estoy bien. —Intento disimular.

—Yo también estoy asustada por todo lo que está ocurriendo. —Hace una pausa y coge mi mano—. Todos la echamos de menos. —Su mirada a la ventana me dice que no habla de mi mujer, sino de Lara.

Muestro un leve gesto de agradecimiento por su apoyo apretando su mano.

—Gracias por tu apoyo, Karen.

—Mi mujer está sola. —Un motivo por el que no debería preocuparse—. Vamos abajo. —Conoce mejor que nadie lo fuerte que es Conney y la puntería que tiene cuando se trata de apretar un gatillo.

Nos hemos detenido a poco más de dos kilómetros de nuestro transporte para hidratarnos y tomarnos un respiro. Agnes necesitaba descansar y, para qué engañarme, yo también; mi espalda lo está agradeciendo.

—¿Cuánto tiempo llevas sola? —una pregunta que debería haberme ahorrado.

No sé cuánto tiempo ha pasado. ¿Tres años?, ¿cuatro?, ¿cinco?

Se cubre los ojos con las manos y descubro cómo es su llanto. La he visto enfadarse, reír e ilusionarse, pero jamás desfallecer. Seré estúpido... A mí no me gustaría que me preguntase por mi familia.

La verdad es que ya importa poco.

Siento tristeza por lo que ha tenido que pasar para sobrevivir, y ¿para qué?, para nada, para sufrir cada día.

Allá vamos otra vez.

Al menos no continúa enfadada conmigo. Me entrega otra hoja de papel mientras se enjuga las lágrimas con el antebrazo.

¿Tú también estás solo desde el principio?

La miro a los ojos.

—No quiero hablar del tema

Me devuelve una mirada que reconozco de tiempos pasados. Una mirada de protesta ante lo injusto.

Me levanto con una enorme sensación de tristeza al recordar a Lara en la mirada de Agnes. No quiero hablarle de mi familia. No pienso contarle cuánto amaba a mi mujer o a mis hijos. Ese tipo de recuerdos hace tiempo

que los he guardado en el cajón más profundo de mi corazón. Los recliné solo para mí, y no los comparto con nadie.

Nuestros recuerdos, buenos o malos, son nuestros. Está niña va hacerte sufrir. Luego no me vengas con el rollo de que no te lo advertí.

—Sigamos. —Agnes recoge con celeridad y carga con sus bolsas sin demora—. No quiero que nos sorprenda el amanecer.

Comenzamos la corta travesía caminando a la par, pero Agnes no tarda en descolgarse. No se queda atrás por cansancio, lo hace porque, por mucho que lo intente, no logra sentirse a gusto con mi compañía.

Prefiere estar sola que contigo. No como yo, que siempre estoy a tu lado.

En la lejanía puedo advertir las figuras derruidas del lugar a donde nos dirigimos. El silencio lo colma todo. Solo se escuchan las pisadas de Agnes a mi espalda. Vamos bien de tiempo y eso me agrada; menos riesgo hasta regresar al calor de mi hogar.

Antes de alcanzar la carretera que tenemos que cruzar para coger mi coche, Agnes se coloca a mi lado y tira de mi brazo con decisión y falta de aire.

Me detengo al instante para leer lo que ha escrito.

Hay algo que no me gusta.

Se esconde tras unos de los automóviles parados en nuestro lado de la calzada y yo imito su comportamiento.

—No pasa nada, Agnes, el pueblo está derruido. —Su rostro me dice que es mejor que siga su consejo—. No es un buen escondite para nadie.

No vayas. Hazme caso, por favor.

—Tenemos que coger el coche, si no estamos muertos. —Efectúa un gesto negativo con la cabeza—. Espérame aquí. —Coge de nuevo mi brazo para reiterarme que desista de la idea, pero me suelto de su suave agarre y corro agazapado.

Gracias a la agilidad de mis piernas sin peso que transportar, apenas tardo

en llegar al garaje, que está en el mismo estado que la noche que lo dejé.

Subo en el Mustang y lo pongo en marcha. El sonido del motor alerta a mi acompañante, que asoma la cabeza por encima del capó del vehículo tras el que se oculta.

Avanzo hacia el lugar donde debo recoger a Agnes, seguro de que ya ha pasado lo peor y, de reojo, distingo a un tipo saliendo de una de las derrumbadas estructuras, portando una escopeta.

—¡Para el coche!

Con un fuerte pisotón instintivo, freno el vehículo, lo que confiere a mi asaltante el tiempo necesario para acercarse y apuntarme con el arma desde una posición que, estoy seguro, no fallará.

—Baja a comer —la voz suave de mi cuñada desde la planta baja me hace sentir un poco más humano.

Los últimos días hemos estado protegiendo la casa por decisión de Conney. Estaba asustada por la visita de la semana pasada. Mi esposa sigue aletargada en vida, aunque al menos lleva un par de noches que no pregunta por Lara. No sé si es buena o mala señal, y me tiene desconcertado. *Es difícil regresar cuando se te ha ido la olla*. Mi yo interno se preocupa por protegerme, pero a veces es bastante desagradable. Incluso dudo de que sea una parte de mí. Lo que sí sé es que se apodera de mis actos poco a poco. Es posible que yo también esté perdiendo la cabeza.

—¿Qué falta por cubrir? —dice Conney sentándose a la mesa.

—Dos ventanas arriba y los tragaluces del ático. —Ryan está leyendo *De la tierra a la luna*, de Julio Verne—. Hijo, deja de leer cuando estemos comiendo. —Noto enseguida el tono autoritario de mi voz y, arrepentido, le acaricio la cabeza.

—Me gusta Julio Verne. —Levanta el libro a la altura de su cara—. El hombre era un visionario.

Cada día que pasa me siento orgulloso de poder apreciar el desarrollo personal de mi chaval, con todo lo que está viviendo. En ocasiones pienso que le sobra la madurez y la calma que a mí me falta.

—Deberías aprender a disparar —sugiere Conney fijando su mirada en Ryan.

—Deja al chaval, es demasiado joven. —A mi cuñada no le ha gustado lo más mínimo la sugerencia de su mujer—. Te estás asustando por nada.

—¿Por nada? —La indignación en la voz de Conney me dice que no vamos a tener una comida normal—. ¿Recuerdas cuáles son las últimas noticias que hemos visto en la televisión? ¿Y si la familia del otro día hubiesen sido malas personas?

Es imposible que olvidemos tanto la visita inesperada en la granja, *en este mundo es matar o morir*, como las imágenes de una reportera violada en directo, y *Conney parece ser la única que se ha dado cuenta*. Mi cada vez

más reconocido yo interno tiene razón en su réplica. Con todo lo que he visto y vivido, que Ryan sepa utilizar un arma no es tan mala idea.

—¿Hijo, tú quieres aprender a disparar?

Me mira con rostro de sorpresa. No da crédito a mis palabras, sabe que mi opinión sobre las armas es que traen más desgracias que satisfacciones.

—Prefiero aprender otras cosas —su respuesta en un susurro me indica que no quiere defraudarme.

—Si cambias de idea, habla conmigo. —Mi cuñada se ofrece a enseñarle—. ¿De acuerdo? —Si alguien puede hacerlo, es Conney.

Desde que cumplió los quince años, su padre la llevaba al campo de tiro cada semana. Fue la profesora de Karen. Además, la he visto con mis propios ojos acertar a una moneda de un centavo a cincuenta metros. *No es lo mismo disparar a unas latas que a una persona.*

Ryan asiente ante ofrecimiento de su tía.

—¿Puedo ir con mamá?

Cada día, después de comer, sube a leerle a su madre. Se ha convertido en un ritual imprescindible para mi hijo.

—Claro que puedes, cariño.

Se levanta de la silla con la agilidad de un gato y nos besa a todos antes de desaparecer escaleras arriba.

—Deberíamos estar preparados —musita Conney mientras comienza a recoger la mesa—. ¡TODOS! —recalca con determinación—. Es tu hijo —las palabras salen enérgicas de sus labios—, tú eres el que decide.

—Voy a terminar de tapar las ventanas de arriba. —Me pongo en pie—. Si me necesitáis, pegadme una voz.

—Brad... —Me detengo y giro sobre mis pies para atender a Karen—. Me alegro de que seas tú el marido de mi hermana. —Muestro una sonrisa sincera y me marcho del salón.

Al subir las escaleras observo a mi hijo sentado en el último peldaño y con el libro cerrado.

—¿Qué te preocupa, hijo?

Dirige su mirada al suelo.

—Si quisiese aprender a disparar —dice y acto seguido la fija en mí—,

¿me dejarías? —Su pregunta me confirma lo que pensaba. Se había negado a recibir el aprendizaje de su tía sólo por mi rechazo a las armas de fuego.

—Si tú quieres, sí —le respondo encogiéndome de hombros. No tardo más que un par de segundos en arrepentirme de mis palabras. *Lo mejor que puedes hacer es tragarte tus jodidas creencias y dejar que el chaval aprenda a defenderse.* Mi camarada mental se encarga de encajar la pieza que me faltaba para estar convencido—. Habla con la tía Conney. Es una experta tiradora.

—Gracias, papá. —Me abraza y siento una fuerza inusual en mi hijo—. No lo haría si no creyese que puede ser algo bueno.

Ryan también ha entendido que el mundo se está yendo a la mierda a pasos agigantados.

—Voy a bañar a mamá mientras hablas con la tía. —Necesito estar más tiempo con mi mujer del que he pasado los últimos días, y si por mi fuese, estaría cada minuto a su lado, pero otras personas necesitan de mi colaboración, apoyo y cuidado.

—A mí también me gusta pasar tiempo con mamá. —Expone poniéndose en pie—. Te prometo que obedeceré en todo a la tía Conney. —Me besa y baja las escaleras sin apenas pisar los peldaños.

—Espero no haber tomado una mala decisión —susurro viendo la euforia desmedida de mi hijo. *Es la único bueno que has decidido desde que empezó toda esta mierda.* Mi yo interior está consiguiendo liberarse. *Ya era hora de que dieses una a derechas.*

—Para el coche —me insta una mujer que aparece por la ventanilla del copiloto. Su pistola es de pequeño calibre, pero lo bastante potente para mandarme al otro barrio de un solo disparo. Ambos están desaliñados. Sus ropas, raídas por el paso del tiempo, me dicen que llevan solos desde el comienzo.

—Bájate con las manos en alto.

—Bájate con las manos en alto —repite la demacrada mujer haciendo ostensibles movimientos nerviosos con la cabeza.

—Tranquilos. —Me apeo intentando proceder con movimientos pausados—. No disparéis.

¿Ya no quieres palmarla? Al final tendré algo que agradecer a la muda.

—Los dos tenemos mucho que agradecerle. —La pareja de asaltantes no se sorprende por mi soliloquio.

—Despacio y no hagas movimientos bruscos. —Agarra la escopeta con más fuerza y sin dejar de apuntarme.

—Despacio, sin movimientos bruscos —repite el loro que lleva por acompañante.

—Quieto. Ábrete la chaqueta y no te hagas el valiente.

—Ábrete la chaqueta y no te hagas... —mueve la cabeza varias veces—...el valiente.

Obedezco la orden desabrochando con cuidado la cremallera. Siempre atento a que mis movimientos sean lo bastante visibles y lentos como para que estos dos dementes no me disparen.

—Saca el arma que llevas en la cintura. —Señala mi pistola con un movimiento de ojos—. Deslízala hacia mí, despacito, que no vea nada extraño.

Mi vista se dirige a su acompañante, esperando la inevitable repetición.

—Saca el arma que llevas en la cintura. —Una sonrisa aparece en mis labios—. Deslízala hacia aquí, despacito, que no vea nada extraño.

—Dile a tu amiga que voy a obedeceros en todo lo que digáis. —La noto

demasiado nerviosa, la mano que sostiene el arma le tiembla igual que a un alcohólico necesitado de una copa.

Me hace un gesto para que haga lo que me han ordenado. Saco mi pistola con dos dedos, dejando claro que no pienso resistirme, y la deslizo por el viejo y agrietado asfalto.

—Si colaboras, no te va a pasar nada —dice tajante mientras recoge el arma sin dejar de apuntarme.

—No te va a pasar nada. —La mujer loro no detiene los movimientos nerviosos de sus manos—. Si colaboras...

—Ahora dame las llaves del coche.

—Las llaves del coche.

—Las llaves no pienso dártelas. —El tipo se tensa ante mi negativa—. Si lo hago estoy muerto.

—Mejor tú que nosotros. —Se acerca y coloca la escopeta a unos centímetros de mi cabeza—. Las llaves.

—Las llaves. —La mujer emite una risa nerviosa y estridente—. Mejor tú que nosotros. Las llaves.

Lo cierto es que tanta repetición me está tensando de tal manera que estoy a punto de lanzar un ataque, cueste lo que cueste.

Aguanta, idiota. Es solo un coche.

—Que nos puede salvar la vida.

Te encuentras un coche después de estar meses sin conducir y ya te crees Jeff Gordon. Ni siquiera es tuyo, cretino.

—Dame las jodidas llaves. —El tipo está perdiendo la paciencia y su compañera también.

—Las jodidas llaves. —La mujer me da bastante más miedo—. Dámelas. —En uno de sus desacompañados movimientos me meterá un tiro no deseado entre las cejas.

Calculo la situación respecto a mis asaltantes. Distancia, fuerza, escondites donde evitar los posibles disparos. Debo atacar y escabullirme de estos dos idiotas.

Recuerda tu promesa a Lara. Dales las putas llaves.

Rimmer sabe qué teclas debe tocar. Antes de que reiteren su demanda,

introduzco medio cuerpo en el coche para entregárselas.

—Sin tonterías. No querría tener que matarte.

—Sin tonterías. No querría tener que...

Un disparo suena cerca de nuestra posición. La escopeta del tipo cae al suelo y puedo observar con claridad cómo se le ha levantado la tapa de los sesos.

Mi mirada se dirige al loro que tengo a mi derecha. No sabe que está pasando. Su enloquecida cabeza se mueve una y otra vez desde el cuerpo tirado de su compañero hasta mí. Mientras decide su próximo paso, otro disparo atraviesa su mentón derribándola en el acto y salpicando mi rostro con su sangre.

Mis manos temblorosas intentan guardar las llaves en el bolsillo, sin dejar de mirar todo lo que me rodea. A espaldas de donde se ubicaba mi asaltante masculino, aparece la silueta de Agnes oculta entre las sombras. Su rostro me dice «Te lo advertí». Puedo presagiarlo a medida que se acerca.

Se arrodilla junto al cadáver del hombre y comienza un registro rápido. Con un movimiento de cabeza y el rostro enfadado, me ordena que haga lo mismo con la mujer.

Al acercarme, me percató de que continúa respirando. Sus ojos me miran con fijación, luchando por sobrevivir, sin entender por qué los he matado.

—No pienso robarle.

De inmediato me retiro asustado.

Agnes se acerca y, antes de registrarla, tapa sus móviles y sorprendidos ojos y coloca el cañón del arma en su estómago. Puedo sentir el sufrimiento que la invade por lo que debe hacer. Aprieta el gatillo y la respiración pectoral de mi asaltante se detiene al instante.

La cara de Agnes es un poema. Está dolida, sobre todo conmigo. Ha tenido que matar por no haberle hecho caso cuando me advirtió que no fuera a por el coche. Escribe rápido en un trozo de papel y me lo entrega con los ojos humedecidos.

El mensaje que hay escrito es claro y conciso.

¡MENDRUGO!

Cargo todas las bolsas en el vehículo mientras Agnes registra los dos cadáveres. Durante ese corto periodo de tiempo ni siquiera me dirige una mirada.

¿Ahora entiendes por qué tú familia está en el hoyo? Porque eres un jodido inútil.

Montamos en el coche y puedo apreciar la decepción en sus ojos. Saco mi preciada fotografía familiar y la poso con cuidado en el salpicadero. Agnes mira la instantánea y escribe otro mensaje.

¿Es tú familia?

No contesto a su pregunta. Tiro el papel enrollado en una bola por la ventanilla y continúo la conducción hasta nuestra siguiente parada.

La reportera del único canal televisivo que se mantiene en antena utiliza un tono de voz tenue para no ser escuchada por unos siniestros tipos que se hallan debajo de su escondite.

—Grábalo todo —susurra al cámara que la acompaña en su labor informativa.

Los escaparates de los comercios están destrozados por los asaltos. Decenas de personas corren intentando huir de otros asaltantes mientras recogen suministros. *Esto empeora, amiguite.* Los cuerpos en descomposición tirados en el suelo hacen que los supervivientes del manto lleven las bocas tapadas con máscaras clínicas de papel. Al contrario que en las calles, los cadáveres que yacen en los vehículos accidentados durante el éxodo nervioso e improvisado no han sido desvalijados.

Uno de los transeúntes a los que la cámara enfoca hace un ademán con la mano a sus amigos. El más alto sale corriendo seguido por otro miembro de la banda. Observo con atención la imagen que me ofrece el valiente operario y compruebo que persiguen a un hombre de mediana edad y a su acompañante femenina.

—Quitad esa miseria. —No consigo contener mi sorpresa y alegría al escuchar la inconfundible voz de mi mujer.

Karen se levanta del sofá y avanza a la carrera.

—¿Qué tal estás, Lucie? —La rodea con los brazos—. Te hemos echado mucho de menos. —En cada facción de su rostro puedo advertir cuánto añoraba a su hermana mayor.

Apago la pantalla y noto la debilidad en mis piernas al acercarme a mi esposa. Me mira, me sonrío y se funde contra mi pecho.

—Cariño, quiero estar un rato con Lara. —El corazón está a punto de salirse por la boca—. En su tumba.

Mis nervios se calman y mi vista se empaña. Una emoción que hacía mucho tiempo que no sentía inunda cada centímetro de mi ser.

—¿Quieres ir ahora o prefieres que vayamos después de comer? —

Enseguida me arrepiento de mi estúpida pregunta. Es su hija y no querrá perder ni un solo segundo en llorar su pérdida y despedirse de una vez por todas.

Lucie duda entre visitar el nicho de Lara o pasar un rato con la familia.

—Podemos ir después.

Siento una oleada de felicidad, incluso viviendo en un mundo tan nuevo y duro, y a pesar de que con la muerte de mi hija se marchó una parte de mí. Me siento bien al contemplar el regreso de mi amada mujer.

—¿Dónde está Ryan? —susurra escrutando su alrededor.

—Está con Conney —le informa mi cuñada desde la puerta del salón—. Han ido al gallinero a por unos huevos.

Mi mujer camina tras su hermana hacia la cocina. Aunque veo que no está recuperada del todo, noto ciertos visos de la chica que me enamoró.

—¿Qué quieres que haga?

—Mi hermana ha vuelto —dice mientras remueve el puré—. Lo único que necesito es que no te vayas de nuevo. —Sonríe de medio lado—. Pero ya que te ofreces, pon la mesa.

—No he tenido la oportunidad de darte las gracias. —Karen la mira extrañada—. Ya sabes, por acoger y cuidar de mi familia.

—También es la mía —expone mi cuñada con cierto atisbo de enojo.

—¡MAMÁ! —grita Ryan al entrar por la puerta y avistar a su madre cruzando el pasillo con unos platos en la mano.

Mi mujer deja los cubiertos sobre la mesa que hace de revistero y corre para abrazarlo.

—Mi niño —balbucea sin dejar de ejercer presión en su pecho—. Tenemos que acabar el libro. —Pese a vivir en su propio mundo, la lectura diaria de Ryan parece haber penetrado en su subconsciente.

—Claro que sí, mamá. —Mi hijo la mira con esperanza.

—¿Crees que lo terminaremos esta noche?

—Nos quedan solo dos capítulos. —Piensa unos instantes—. Hoy lo acabamos y elegimos otro para mañana. ¿Vale?

—De acuerdo, mi amor. —Se pone en pie—. ¿Me ayudas a poner la mesa?

Mi hijo asiente con alegría por el regreso de su madre, incluso puedo apreciar a mi antiguo chaval. Infantil y dependiente.

—Vosotros ir a visitar a Lara —dice Karen colocando un tenedor sobre la mesa—. Yo me encargo de esto.

—Vamos Ryan —Mi mujer ha regresado y quiero que mi pequeño pase el mayor tiempo posible con su madre. Hoy en día no sabemos cuándo podremos repetir algo similar.

A mi mujer le surge un momento de duda en la entrada de la casa.

—Si quieres, lo dejamos para otro día. —No quiero presionarla. Se está recuperando y visitar la tumba de nuestra hija puede ser un detonante para que retroceda en los avances logrados.

—Quiero ir —me reclama con decisión.

Ryan coge su mano y la obliga a avanzar.

—No te vamos a dejar sola, mamá.

Lucie lo mira con gesto de sorpresa. Al igual que yo me percaté hace tiempo, ha notado que nuestro hijo ha crecido obligado por las circunstancias.

Caminamos en familia hacia la tumba de nuestra hija.

—¿Recuerdas cuando te llevaba a ti y a tu hermana a la charca del bosque que hay tras el granero?

—Claro, mamá —su tono de voz expresa que apenas lo recuerda, y si lo hace es de forma muy vaga.

Lucie me mira y deja escapar una risita cómplice.

—Luego, si te apetece, vamos un rato.

—Mamá, es mejor que no nos alejemos mucho de casa —expresa ajeno a nuestra complicidad matrimonial—. Hace unos días papá fue al pueblo...

—Ryan, mamá no necesita que le hablemos de cosas sin importancia. —Guiño mi ojo haciéndole saber que lo mejor es que no sepa nada por el momento. Cuando esté más asentada en el nuevo mundo, podremos ponerla al día sobre todo lo sucedido.

Llegamos a la fosa improvisada de Lara y mi esposa no puede evitar echarse a llorar.

—Lo siento, cariño.

—Estuviste a su lado en todo momento. —Intento hacerle entender que no

tuvo la culpa—. Eres una gran madre.

—¿Me podéis dejar sola?

Hago un gesto a Ryan para respetar su decisión. Cojo la mano de mi hijo y nos marchamos para dejarle llorar en paz su enorme pérdida.

—Papá, no podemos dejarla sola. —Mi chaval, preocupado por su madre, me avisa de algo que ya sé—. Si viene alguien...

—Yo la vigilo escondido detrás del gallinero. —Suelto su caliente mano—. Tú ve a casa con las tías. —Descuelgo la escopeta de mi espalda y, siguiendo las enseñanzas de Conney, repito un ritual que está arraigando en mis nuevas costumbres—. No te preocupes por nada. —Compruebo que está cargada y lista para disparar.

La caída de la noche nos ha perseguido con insistencia, amenazando con atraparnos antes de alcanzar el siguiente escondite. Por suerte, hemos conseguido llegar a tiempo. Cierro la puerta del garaje sintiendo los primeros y cegadores rayos de sol en mis ojos.

—Descansa, Agnes, yo hago la guardia.

Abre el maletero del coche y de su bolsa saca un brik de zumo de piña. No quiere dormir, prefiere mantenerse despierta. Puedo sentir que todavía no ha desaparecido del todo su enfado conmigo. Por el momento, no parece que vaya a perdonarme.

Estará enojada hasta que te necesite. La muda es muy lista. Sabe sacar provecho de un idiota como tú.

Mientras Agnes se hidrata, yo me cercioro de que el garaje esté tal y como lo dejé en mi parada. No me gustaría ser sorprendido por alguna banda que hubiese tomado posesión del lugar y que pudiesen regresar en cualquier momento.

El recinto está igual, nada se ha movido de su sitio; incluso la botella de agua que bebí por completo continúa descansando en el mismo trozo de suelo.

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? —No logro contener la furia que me provoca descubrir a una desconocida con la fotografía de mi familia en sus manos. Se la arranco de sus finos dedos con enfado.

Agnes me mira calmada. Supongo que al igual que me ocurre a mí, tampoco querría que un desconocido hiciese lo mismo con una fotografía de sus seres queridos. Posa el envase de zumo sobre el capó del coche y saca su cuaderno enrollado del bolsillo de la cazadora.

Cojo el papel que me entrega y lo dejo caer al suelo.

—Me importa una mierda lo que tengas que decirme. —Su rostro cambia de tranquilo a precavido—. No vuelvas a coger la fotografía de mi familia.

Se tumba dándome la espalda y, antes de acomodarse la chaqueta para resguardarse, extiende su mano mostrándome otra vez el dedo corazón.

Encima es chula la cría. Te lo dije. Nos va a traer muchos problemas.

Los días que he pasado bajo el asilo de Agnes me han hecho descansar, algo que no creí que volvería a conseguir. Me siento con fuerzas para estar todo el día en vela y conducir por la noche. Las pesadillas han desaparecido. No sé si es porque mi cuerpo está tan cansado que no tiene opción de soñar o por la influencia que provoca en mí la compañía de una desconocida.

Por cansancio. Está claro. No es maga.

En cualquier caso, la razón importa poco. Me alegro de que las pesadillas me eludan. Otro trozo de papel vuela en forma de pelota hacia mí.

En esta ocasión sí recojo su mensaje.

Esta noche conduzco yo.

No le contesto. He aprendido algo durante los días que he pasado en su compañía: Cuando Agnes quiere algo. Lo consigue.

Me siento sobre el capó del coche atento a los ruidos del exterior. Tener compañía me ha hecho ser menos cuidadoso y la falta de cautela se tiene que acabar.

Has sobrevivido respetando mis directrices. No lo olvides. Que las sogas te gustan demasiado, majete.

Como si quisiese ser leído solo por mí, acerco con la punta de la bota el trozo de papel que he tirado hace unos minutos.

—¿Cuándo va a desaparecer este molesto dolor?

Noto una leve punzada lumbar al recogerlo.

Eres afortunado por conservar una foto de tu familia.

Yo apenas recuerdo cómo era la mía.

Una sensación de tristeza me invade. Mis recuerdos se desvanecen un poco más cada día y solo la instantánea que guardo con celo consigue que me transporte a momentos que se están perdiendo uno tras otro en el olvido.

No rompas el trato. Cuando llegemos a casa.

—Carretera y manta —las palabras salen de mis labios con una falta total

de credibilidad.

No te ablandes. Recuerda, chaval...

—Lo sé, lo sé —corto tajante a mi yo interno—. Solos tú y yo. Relájate, no pienso cambiar el trato.

¿Se supone que esta palabrería me tiene que dejar más tranquilo?

Me siento al lado de Agnes, y sin pretenderlo comienzo a contarle cosas que nunca he compartido con nadie desde que todo se derrumbó.

—Mi hija se llamaba Lara. —No se mueve, lo cual me dice que se ha dormido—. Era risueña, generosa, divertida e inteligente. —La lágrima menos amarga desde que lo perdí todo cae con lentitud por mi mejilla derecha.

Serás gilipollas.

—Le encantaban los melocotones en almíbar. —Se me quiebra la voz al recordar a mi hija engulléndolos.

Cierra tu jodida boca.

—Mi hijo se llamaba Ryan. —Agnes se incorpora con un movimiento rápido y me mira con atención. De nuevo puedo apreciar los ojos de Lara en su curioso rostro—. Era un chaval increíble. —A mi mente acuden los dolorosos e inolvidables recuerdos del día que lo perdí—. Le encantaba leer.

Agnes escribe en el cuaderno con una velocidad inusual. Quiere saber más.

¿Por eso buscabas Tom Sawyer?

Asiento.

—Era el libro que teníamos pensado comenzar a leer antes de que todo se derrumbase.

No aguanto los buenos recuerdos con mis hijos y me obligo a levantarme para pensar en cualquier otro asunto que no provoque mi hundimiento emocional.

Ahora toca la sogá. Esta perra nos va a matar. Espabila de una puta vez, joder.

Me aposto en el ventanuco, que tiene una perfecta visual del exterior,

enjugando mis lágrimas. Agnes coge mi mano por sorpresa y me muestra una sonrisa luminosa. Se agarra a mi cintura y puedo sentir el apoyo y el cariño en su abrazo.

No es tú hija. No es nadie para nosotros. Solo es alguien que apareció en el momento menos indicado para jodernos a base de bien. ¡A LOS DOS!

En seguida me libero de la poderosa sensación que me provoca el olvidado contacto humano. No debo despistarme. Rimmer tiene razón. Agnes es solo una persona con la que me he cruzado, nada más.

Si necesitas hablar...

Regresa a su lugar de descanso sin un mal gesto, dándome el espacio suficiente para llorar en paz. Un acto que le agradezco. No pienso romper el trato, pero una vez lleguemos donde prometí llevarla...

—...me olvidaré de ella para siempre.

Así habla un hombre que se viste por los pies.

—Que te jodan.

Al cruzar la puerta de entrada, el olor a tostadas impregna en mis fosas nasales y siento el deseo engullir un par sin dilación. Los dos últimos días, y pese a que el mundo en el que vivimos sigue siendo cruel, me embarga una pizca de optimismo al contemplar a mi esposa volviendo a la normalidad. Aún tengo esperanzas de que todo mejore para los Harris. Lo único que me roba el sueño es tener como únicos habitantes del pueblo a tres asesinos en potencia, razón por la cual, cada amanecer, antes de que mi familia se levante, hago una batida por los alrededores de la granja.

—Ummm. Qué bien huele.

En la mesa de la cocina, mi mujer está sentada junto a Ryan, mirando una de sus piezas dentales. A su lado, Conney lee un libro de género romántico, abstraída del mundo que la rodea. Karen revisa la nevera y saca una de las últimas botellas de zumo.

—Tiene una muela picada —musita mi mujer preocupada por el dolor que está sufriendo nuestro hijo.

Tomo asiento junto a Lucie, animado por la oportunidad de contemplar a mi familia reunida en torno a la mesa.

—¿Cómo vas, machote? ¿Te duele mucho? —Pero tan solo dura un instante. *Todos menos Lara.*

Ryan niega con la cabeza.

—Es un poco molesto, pero no me duele.

Le muestro una sonrisa cómplice.

—Debería ir al pueblo a por medicamentos para esa muela.

Karen me mira pensativa mientras deja parte del desayuno sobre la mesa.

—Con las provisiones que tenemos podemos aguantar dos o tres semanas. —Alza la botella sobre mi vaso—. ¿Un poco de zumo?

—Ryan y yo tenemos que ir a echar de comer a las gallinas —dice Conney sin levantar la vista de la novela—. No tardaremos más de una hora.

Todos, excepto mi mujer, sabemos dónde va mi hijo cuando sale con su tía.

—¿Os importa que alimente yo a los bichos? —nos pide mi mujer fijando su recuperada mirada amorosa en mí—. Así paso un rato con Lara.

Todos nos sorprendemos ante la decisión de ayudar de mi mujer.

—Genial. —En especial Karen, que no puede evitar que una disimulada sonrisa aparezca en sus labios—. A la vuelta podrías pasar por el pozo y rellenar algunas garrafas de agua.

—Eso está hecho. —Mi mujer acaricia a Ryan y lo besa en la mejilla.

Mientras todos hacen labores cooperativas, yo he decidido revisar el coche. Desde la llegada del manto no he tenido ni tiempo, ni ganas de hacerlo. *Hay cosas más importantes que mirar el coche.* Mi yo interno, que gana poder cada día, quiere algo de mí, y creo saber qué es. *Claro que lo sabes. Yo soy tú.*

—No pienso salir en busca de nadie —susurro dirigiéndome al salón—, y mucho menos a quitarles la vida.

La puerta de entrada suena al cerrarse; me asomo a la ventana y a través de las tablas utilizadas para fortificarlas observo a mi esposa marcharse en dirección al gallinero.

—Decías que no iba a volver. Aguafiestas. —Silencio por parte de mi camarada secreto.

—¿Cómo ves a mi hermana?

—La veo bien. ¿Por qué? —la pregunta de mi cuñada me hace pensar que quizás haya visto algo que a mí se me ha pasado.

—Era solo por asegurarme. No he pasado tanto tiempo a su lado como debería. —Algo de lo que no puedo culparla—. ¿Quieres que te acompañe a la ronda? —Al igual que el resto de los Harris, tiene otras preocupaciones.

—Primero voy a revisar el coche. No quiero que nos dé problemas si por casualidad tenemos que marcharnos de improviso. —Un escenario que puede ocurrir en cualquier momento.

—De acuerdo, voy a recoger la cocina. —Antes de llegar a la puerta se detiene—. Si me necesitas, avísame.

—¿No prefieres pasar tiempo con tu hermana? —Una pregunta con una clara respuesta afirmativa que tarda en llegar—. A Lucie le vendrá muy bien que paséis la mañana juntas.

—¿Crees que le he pedido que recoja agua por necesidad? —Lo ha hecho

para que mi esposa se sienta útil—. Además, desde aquí la tengo vigilada. — Todos lo hacemos sin que Lucie perciba nuestra protección.

Recojo el rifle que he dejado en la entrada y salgo a la calle para comenzar con la revisión del vehículo mientras el otoño muestra orgulloso sus primeras bocanadas de vida en cada decolorado árbol.

Entro en el coche y lo pongo en marcha. El sonido del motor es melódico y parece funcionar a la perfección.

—Veamos cómo arreglo esto.

Las luces funcionan bien. *Atontado, nadie va a multarte por no llevar luna.* Y el depósito tiene combustible para ir al pueblo y volver al menos dos o tres veces. Coloco el retrovisor y, sin quererlo, mi mirada se posa en el asiento trasero, que aún conserva algunas manchas de la sangre de mi pequeña. Un instante efímero, pero lo bastante duro como para hacerme llorar.

Me apeo haciéndome la firme promesa de no volver a mirarlo. Al menos hasta que el dolor deje de ser tan fuerte. *Iluso, eso no es posible. ¿Además, como piensas ir al pueblo, listillo?*

—En el scooter de Conney. —*Salvajes armados y tú en una motillo de mierda. Piensa, melón, piensa.* Mi yo interior de nuevo tiene razón. Es mejor para todos que aguante el sufrimiento que me provoca conducir mi vehículo en vez de correr el riesgo de no regresar con mi familia.

—¡BRAAADDD. BRAAADDD! —el grito de mi cuñada me pone en estado de alerta.

Miro en su dirección y observo que viene corriendo con el rostro desencajado y llorando con más intensidad que tras la dura pérdida de mi pequeña.

—¿Qué ocurre, Karen? —Noto una sensación de aflicción y una repentina presión comprimiéndome el pecho.

—¡Lucie! —balbucea al llegar a mi altura y echarse en mis brazos.

Al escuchar el nombre de mi esposa, me deshago del abrazo de Karen y salgo corriendo hacia el gallinero como nunca lo he hecho. Escucho la respiración entrecortada y el incontenible llanto de mi cuñada a mi espalda.

—¡EN EL GRANERO!

Enseguida Karen me hace saber que no voy a encontrar nada en el

gallinero.

Mi carrera pierde velocidad por el cansancio del sprint y recorro los últimos metros hacia el granero perdiendo el resuello.

—¡NOOOO! —Contemplo el terrible lienzo que se halla ante mis ojos.

Mi esposa da vueltas sin control, con una gruesa soga alrededor del cuello. Su rostro amoratado, la lengua colgando entre sus labios y uno de sus bellos ojos fuera de la cuenca logran que mis piernas no aguanten el peso de mi cuerpo y caigo arrodillado bajo el cadáver rotante de mi mujer.

—¡TÚ NO, AMOR MÍO! —grito con todas mis fuerzas.

En este instante no estoy seguro de poder superar otra pérdida tan dolorosa *Debes hacerlo. Lara se sentiría muy defraudada contigo si te rindes.*

—¿Karen? —escucho la voz de Conney en el exterior.

Mi cuerpo se incorpora por sí solo, y con paso torpe intento llegar hasta la puerta antes de que lo hagan mi cuñada y mi hijo.

No lo consigo a tiempo.

—¡MAMÁ! ¡MAMÁ! —Ryan no puede creer lo que está viendo. Su llanto crece a medida que intento sacarlo del granero.

Escucho a Conney llorar junto a Karen, maldiciendo con irreconocibles e inconexas silabas la mala suerte de la familia Harris.

Mi hijo no cesa de intentar soltarse para regresar al granero junto a su madre.

—¡DÉJAME! ¡QUIERO IR CON MAMÁ!

Quizá no me lo perdona, pero a veces un padre tiene que ejercer con mano dura y, por muy doloroso que sea, por mucho que nuestros hijos se enfaden con nosotros, debemos pensar en su bienestar, aunque la decisión sea costosa.

—Tranquilo, cariño. —Mis palabras se las lleva la brisa otoñal que nos acaricia.

Ryan continúa intentando zafarse de mi abrazo hasta que llegamos a casa. Tras soltarlo, sube llorando a su habitación. *Se larga por la ventana.*

—Está cubierta con tablas y clavadas a conciencia. —¿*De verdad piensas que no tiene la suficiente inteligencia e inventiva como para encontrar un resquicio por dónde escapar?* —. Cierto.

Aunque las ventanas estén tapadas, mi pequeño hará lo que sea necesario

para estar junto a su madre. *El cadáver de su madre.* Otra de las intolerables y dolorosas correcciones de mi compañero interior. *Hey, yo sólo me atengo a la realidad.*

Sonrió al divisar a Evan y a su madre casi en el mismo lugar que la noche que me marché. Incluso el chaval me dedica la misma mirada de odio cuando me acerco a mi refugio.

—Voy a abrir el garaje. —Salgo del vehículo y saco las llaves del portón. Por encima del ruido que hace la puerta al abrirse, puedo escuchar a Evan dirigirme una frase poco agradable.

—Te gustan jovencitas. ¿Eh, pedazo de cabrón?

Agnes abre su puerta de un tirón, sale del coche y acelera el paso hacia Evan. Dejo la entrada del garaje abierta y me adelanto para atajar lo que va a ocurrir. El chaval no sabe con quién se mete, pero su progenitora parece que lo ha advertido, porque enseguida intenta colocarse de barrera entre los dos. Evan da un paso adelante para llegar antes de que su madre pueda evitarlo.

He visto actuar a Agnes en primera fila.

—Tranquila —mi voz sale en forma de súplica.

Antes de que Evan detecte lo va a pasar, Agnes le da una bofetada en la mejilla derecha que resuena por encima del silencioso vecindario. El chaval se queda sorprendido ante la valentía de la pequeña.

—Vámonos, hijo. —Su madre sabe que lo mejor para todos es que se larguen.

Agnes introduce la mano en su chaqueta y hace que me tema lo peor. Evan advierte el brillo del arma que aguarda en la cintura del pantalón y retrocede dos pasos con torpeza mientras su rostro cambia.

Advierto que mi acompañante saca su cuaderno y noto una oleada de calma al verla escribir en una hoja que le entrega de inmediato.

Sube al Mustang por la parte del conductor y con un gesto de cabeza me dice que continuemos con lo nuestro.

—¿Le ha hablado de nosotros? —Mayka está sorprendida por lo escrito en el papel.

En ese instante, sé el tipo de mensaje que puede contener la nota. «Cuando me dijeron que había un chico y su madre me ilusioné por tener a otras

personas cerca, pero veo que solo eres un mendrugo».

Mis labios crean una sonrisa a desgana. Sigo con la mirada a Mayka y a su hijo hasta que desaparecen calle arriba para guarecerse en su refugio.

—Los eché de casa, no puedes culparlos.

Agnes me mira sin sorprenderse por mi acción. Conoce la clase de persona que soy, sabe que no quiero la compañía de nadie.

Cierro la puerta del garaje y mi compañera de viaje sale del coche directo al interior de la casa.

—¡Espera! —No sé si mi petición es por su ocupación de mi espacio personal o por miedo a que durante mi ausencia alguien se haya adueñado del lugar.

Mis pies se mueven rápido tras ella. Al entrar en el salón, observo que se siente como en casa. Escruta cada rincón y su rostro muestra una sonrisa de satisfacción.

Carretera y manta, amigo. No me defraudes.

—Agnes, queda poco para el amanecer. —No deseo echarla durante los momentos más peligrosos del día, pero... —. Un trato es un trato.

Te fue bastante sencillo largar a Evan y a su madre después de salvar tú miserable vida.

—Querrás decir salvarnos. —Silencio contundente por parte de Rimmer —. O estás a las duras o a las maduras, nunca a la dos.

Agnes se acerca a mí mientras escribe en otro trozo de papel.

Está a punto de amanecer.

No pienso irme de aquí sin tener el tiempo necesario para proteger el lugar donde voy a refugiarme.

Sube las escaleras sin esperar una respuesta y desaparece de mi vista.

Esta se te acopla. No te la vas a poder quitar de encima ni con Zotal. Recuerda estas palabras.

—Es justo, Rimmer. —Camino hacia el garaje para sacar todas las provisiones del coche—. Me ha salvado la vida.

Tú y yo no nos preocupamos por la gente.

—Dos veces.

¿Cuántas veces te la he salvado yo, jodido ingrato?

Saco las bolsas que son de mi propiedad y el dolor de espalda hace acto de presencia. El sonido de unos pasos acelerados por la escalera me obliga a dejarlas caer al suelo sin pensarlo y correr hacia su origen para saber qué ocurre.

Al llegar, veo a Agnes moviéndose con nerviosismo, como si la hubiese obsequiado con lo que más ilusión le hace. Sus pies suben y bajan del suelo con pequeños saltitos, sus brazos se mueven en círculos sin un orden establecido, y su rostro tiene un resplandor de felicidad.

—¿Qué ocurre? —El corazón me late apresurado.

Escribe otra nota con pulso tembloroso.

¡TIENES AGUA CALIENTEEEEEE!

Quitándome de nuevo mi derecho a réplica, sube las escaleras a la velocidad del rayo, sin detener los aspavientos de los brazos y dejándome escuchar, con una serie de sonidos guturales, su verdadera voz.

—PROBLEEEEMMMASSS.

Siento una punzada aguda en la espalda al descolgar el cuerpo sin vida de mi mujer. El dolor interior e invisible es agudo e intenso.

Karen no acepta el sufrimiento de otra pérdida tan grande para los Harris e, imitando a mi hijo, se ha encerrado en casa.

Conney me ayuda cavando otra fosa junto a la de mi hija. No me sorprende lo entera que está pese haber perdido a su cuñada. Ha comprendido que hay cosas en la vida que no se pueden controlar, pero hay otras que sí, como preocuparse por los que todavía estamos vivos.

—Ya he acabado —me informa llorando y con la pala en la mano. Puedo advertir la fuerza que ejerce sobre el mango. Una presión rabiosa.

—Ve a llamar a tu mujer y a Ryan, por favor.

Mi cuñada se marcha hacia la casa.

—¿Por qué lo has hecho? —Me siento para intentar entender una situación que no tiene una respuesta fácil—. ¿Por qué nos has dejado solos? —*Ha perdido a su hija y vivía en un mundo de mierda. ¿Acaso puedes culparla?* —. Yo también he sufrido la pérdida de Lara y vivo en un mundo que me da asco. —Mis ojos se clavan en el cuerpo cubierto de mi esposa—. Pero no se me pasa por la cabeza dejar a las personas que amo. —Me es inevitable no reprocharle haberse marchado de esta manera, no echarle en cara que nos haya abandonado.

Ryan viene cogido de la mano de Conney y, un poco más atrás, Karen enjugándose las lágrimas con un pañuelo. Desde la distancia puedo distinguir la consternación en sus ojos.

—Ven aquí, chaval. —Abrazo a mi pequeño, que no puede dejar de llorar—. Todo va a salir bien.

—Igual que salió con Lara. —Me mira fijo a los ojos—. ¿Quién será el próximo? —Y luego los posa en sus tías—. ¿La tía Karen? ¿La tía Conney? —Hace una pausa mirando al suelo, e imaginando una situación por la que no quiere pasar—. ¿O tú, papá?

—Ninguno, hijo. —Intento convencerlo de algo en lo que todos estamos

de acuerdo—. Vamos a protegernos los unos a los otros. —Agarro su cálida mano—. ¿Estás preparado? —Asiente pasándose el antebrazo por sus ojos húmedos.

—Cariño. —Mi cuñada entrega *La Biblia* a su mujer—. Esto se te da mejor a ti que a cualquiera de nosotros.

Conney es una ferviente creyente y sabrá encontrar el pasaje más adecuado para este momento.

—No me apetece. —Nunca la había visto tan decaída, pero no me extraña en absoluto—. Hazlo tú. —. Todos estamos destrozados y desesperanzados por lo que ocurre, pero sobre todo por lo que está por llegar—. Esté será un buen pasaje. —Dobla la página y le devuelve el libro a Karen.

Mi cuñada lanza una mirada dura a su esposa y comienza a leer con desgana un salmo a su amada hermana. Con voz acongojada hace un par de pausas para recobrar el aliento que el dolor le roba.

Ryan no se ha soltado de mi mano y, para mi sorpresa, ha dejado de llorar. Su semblante es serio, como si se estuviese preparando ante cualquier acontecimiento que pudiera sobrevenir en nuestras tristes vidas.

Al terminar el bonito pasaje leído por Karen, todos echamos un puñado de tierra sobre la tumba y, al contrario que en el entierro de su hermana, Ryan no deja caer nada en su interior.

—¿Puedo irme a casa? —me pregunta deseando marcharse de un lugar tan angustiante.

—Iros todos a casa. —No deseo que sufran, ya han padecido dolor para toda una vida—. Yo me encargo de acabar.

Karen no deja de sollozar. Su única hermana le ha sido arrebatada por vivir en un mundo que meses antes no imaginaba.

—Yo me quedo —Dice Conney tajante.

Observo a mi hijo marcharse rodeando con el brazo la cintura de su tía Karen, que a su vez lo abraza por encima de los hombros.

—Acabemos cuanto antes —Digo en un bajo tono de voz.

Es lo único que deseo. Terminar e intentar amainar el dolor preocupándome por el resto de los Harris. Ya tendré tiempo de llorar a Lucie cuando no haya nadie cerca. Si algo precisan mis seres queridos, es tener la seguridad de que el teórico miembro más fuerte de la familia no se derrumbe

ante sus ojos. *¿Te refieres a Ryan, verdad?*

Conney ha soltado la pala buscando desahogarse.

—¿Por qué no te vas a casa? —Pongo una mano sobre su hombro y me mira con desconcierto—. Tu mujer te necesita.

Cualquier argumento es válido para lograr que se largue y evitar que pase el mal trago. Además, así podré llorar a gusto.

—De acuerdo. —Se marcha con paso tambaleante. Escucho su llanto disminuir a medida que se aleja.

Comienzo a tapar el sepulcro de mi esposa, pero tengo que parar a llorar y expulsar la rabia que me invade, si no, quizá no tenga las fuerzas necesarias para terminar. *Prométeme que vas a cuidar de Ryan y de mamá.* El tortuoso tipo de mi interior imita la voz de Lara en mi cerebro a la perfección.

—Lo siento, hija mía, no he podido por proteger a mamá. —Todavía tengo la oportunidad de cumplir una parte de mi promesa y velar por su hermano y por mí. *A las titas que les den.* No doy tiempo a mi molesto camarada a parlotear más—. A las tías también.

El cielo encapotado indica que va a llover. No sé por qué, pero en este momento deseo que lo haga durante días. *Tenemos que prepararnos, colega.* Puede que sea la manera inconsciente que tiene mi cerebro de limpiar todo el dolor que siento. *Será un invierno duro.*

Me obligo a ponerme en pie y noto la flacidez de mis extremidades. Es posible que el nuevo mundo esté logrando vencerme, quizá la muerte de mi mujer sea insuperable para mí. *Como te muevas con esta agilidad cuando estés en peligro...*, mi paso es desacompasado y torpe, *estás muerto.*

—Querrás decir estamos. —Silencio por su parte.

El llanto de mi familia comienza a escucharse cuando me acerco a las escaleras del porche. Decido detenerme un momento en el último peldaño para coger aliento y limpiarme las lágrimas.

Al entrar en el salón, observo dos velas sobre la chimenea, junto a una fotografía familiar que enviábamos a los amigos y familiares por Navidad. Me es imposible no sonreír al recordar un momento que me trae infinitos recuerdos de tiempos mucho mejores.

—¿Dónde está... —No acabo de formular la pregunta cuando Conney me indica lo que deseo saber.

—En la habitación. —Hace una pausa—. Con Karen.

Viendo su rostro, descubro que no solo está rota por la pérdida de su cuñada, también la noto preocupada por su mujer.

Me acerco y la rodeo con los brazos.

—Todo va a salir bien. —No tengo las ideas tan claras como para cerrar la boca y no soltar una frase hecha y sin valor.

—Todo está saliendo de pena —balbucea sobre mi hombro—. De maldita pena. —El llanto crece y su abrazo gana fuerza

Necesito saber cómo está mi hijo.

—Voy a subir un rato con Ryan. —Afloja su intenso abrazo hasta que me siento liberado.

—¿Por qué lo habrá hecho? —La pregunta que todos nos hacemos, pero de la que ninguno encontramos una respuesta cabal.

Todos, excepto mi cargante y cada vez más fuerte compañero mental. *No ha logrado resistir la pérdida de su hija, cretino.*

Contemplo, con la necesidad de estar solo y sin tener que preocuparme por una desconocida, cómo Agnes sale por la puerta sin mirar atrás.

Me acercó a una ventana y entre los huecos de la madera observo que está intentando irrumpir en la casa de enfrente. La puerta de entrada está cerrada y las ventanas frontales parecen hallarse en el mismo estado.

Agnes desaparece de mi vista por el jardín trasero.

A lo nuestro, amigo.

Hago caso a Rimmer. Debo colocar las armas en lugares estratégicos, como aprendí de Conney, y luego revisar la comida para calcular cuánto tiempo puede durarme.

Dejo la bolsa de armas en el sillón.

—Un poquito de música. —Coloco en el plato un vinilo de Ella Fitzgerald y Louis Armstrong.

Comienza a sonar «Cheek to cheek» y acepto dejarme llevar por la melodía. Mi cuerpo se mueve de un modo que creía olvidado.

Deja de bailar, que pareces idiota.

—Aguafiestas.

Dispongo las armas sobre el sofá pensando dónde ocultaré cada una.

—Esta para llevar.

Elijo un Colt 44 brillante con la culata nacarada en color blanco y me la guardo en la cintura del pantalón.

¿No crees que hay cosas más importantes que pegarte un bailoteo?

—Ya paro.

Cojo las cuatro armas cortas y las oculto en las habitaciones que más utilizo. Una, tras el pie del lavabo, ejerciendo de alumno aventajado. La segunda en el hueco de la chimenea. Utilizando la calefacción central de la casa, no necesito encenderla. Otra la guardo en uno de los cajones de la cocina, y la última la dejo reposar sobre la comodidad del sofá con la intención de esconderla en el Mustang. De los dos rifles, uno acompañará a la

pistola en el coche, y el otro lo llevaré conmigo.

—¿Lo habrá conseguido? —Mi mente me envía imágenes de Agnes intentando abordar la casa de enfrente.

No nos importa.

Camino hasta la ventana y no la veo por los alrededores de la vivienda.

—¿Está dentro o habrá encontrado otro lugar con una entrada más sencilla de abordar?

Está en la planta de arriba, tonto del culo.

Miró donde Rimmer me indica y la veo asomada a una de las ventanas de la planta superior, como si la vida no hubiese cambiado, apoyada con los codos en el alfeizar y revisando la zona. Advierte que estoy observándola y levanta el dedo corazón.

Una carcajada de Rimmer rebota en mi cráneo.

Te da una detrás de otra.

Dos de los habitantes de nuestro vacío vecindario se detienen frente al nuevo hogar de Agnes, que les dirige una mirada dura. Evan se masajea la mejilla en un vivo recuerdo de lo valiente que puede llegar a ser la nueva residente del barrio.

A lo nuestro, chaval.

—Silencio.

No sé por qué, pero estoy preocupado.

Estos dos no saben con quién se meten.

Mi yo interno tiene razón. Estará bien.

Claro. Es más lista y valiente que tú.

Antes de retirarme de la ventana, la veo salir por la puerta y a Evan dar un paso atrás. Su madre actúa confiada ante el angelical aspecto de adolescente delicada que proyecta.

—No tienes que vivir aquí sola —dice con un deje de respeto en la voz.

Agnes baja las escaleras del porche con tranquilidad. Sin dejar de mirar a Evan, y con una mano siempre cerca del arma que guarda en el pantalón, se detiene en seco frente a Mayka y le entrega una de sus hojas.

La lee y acto seguido mira en mi dirección.

—Es mejor que no te acerques a él.

Agnes muestra una sonrisa de niña buena, escribe con su velocidad natural y extiende la mano.

Otra mirada a mi casa.

—Es peligroso que estés sola.

Una risita sale involuntaria de mi boca y resuena en la estancia.

Un intento muy torpe, Mayka. Así no vas a aumentar tú patética familia.

Agnes regresa al interior y deja la puerta abierta. Mayka acepta lo que parece ser una invitación y comienza el paseo hasta la casa, pero su hijo la detiene negando con la cabeza.

Otra sonrisa para mí.

—No quieres que te de otro bofetón.

Desde luego, Agnes es pura diversión.

Tanta diversión te va a matar. Lara no estaría muy contenta.

Mi vecina hace caso omiso a las sensaciones de su hijo y entra en la casa. Evan la imita, pero con mucha más cautela.

La música ha continuado sonando sin haberla disfrutado como debería.

Y por si fuera poco, no has hecho nada de lo que tendrías que haber acabado hace rato, pedazo de inútil.

—Tengo que estar preparado para sobrevivir un día más. —Dejo el mirador Harris y me concentro en lo que debo—. O en su defecto, hasta que decida que he llegado a mi límite.

Señoras y señores, tras unas cortas vacaciones, ya está de vuelta con todos nosotros. Reciban con un fuerte y caluroso aplauso a Brad Harris el suicida.

Siempre tiene que decir la última palabra sin que logre silenciarlo.

—El día que te esfumes seré muy feliz.

El día que yo no esté, tú tampoco estarás, idiota.

—Amén.

Siento que me voy hundiendo un poco más cada día. No sé adónde se marcha mi hijo todas las mañanas, y eso me tiene preocupado. Dispara mejor gracias a las clases impartidas por una Conney rota, pero no es motivo suficiente para que deambule sin compañía solo Dios sabe por dónde.

—Otra vez se ha largado. —Karen está en el sofá. Apenas se mueve desde la muerte de su hermana, y tampoco habla mucho.

—Seguro que pasa un rato con... —dice Conney, que ha cambiado bastante durante los últimos días—. Ya sabes... —Está más afectada de lo que pensaba por la muerte de Lucie. La dejadez y el silencio de su mujer tampoco la ayuda.

Tengo la sensación de que estoy viviendo entre extraños. Solo deseo que todo vuelva a la normalidad, que la familia que me queda se mantenga unida, pero comienzo a darme cuenta que se trata de una quimera.

—Voy a buscarlo.

Por si la distancia familiar no fuese suficiente, *tu chaval no quiere ni verte*. mi yo interno me está ganando la batalla.

Salgo de casa y de nuevo noto el inevitable dolor de la distancia familiar. Miro a mi alrededor y no veo a mi hijo. Siento el cortante viento casi invernal atravesar mi grueso abrigo. El cielo limpio como una patena deja entrever que durante la noche tendremos helada.

Camino pensativo en dirección a las tumbas de mi familia, solo el crujido del rocío crujendo bajo mis pies me hace regresar a la dura realidad.

—Espero que estés ahí —susurro al girar la esquina del granero con la esperanza de verlo.

No está. Las fosas de mi hija y mi mujer se encuentran solitarias, aceptando el gélido invierno que se avecina. *En el suelo*.

Observo varias pisadas de tamaño pequeño.

—No parecen muy recientes.

Incluso sabiendo que pueden llevar incrustadas en el duro y frío suelo desde el día anterior, sigo la pista hasta que la pierdo en la entrada de la

reducida arboleda que rodea una charca que hay cerca de la granja.

—¿Dónde estás, hijo?

Mi preocupación crece cada segundo que pasa. *Espera a que vuelva.*

Una premisa que no pienso aceptar.

—¡Cállate de una maldita vez!

Lo que menos necesito en estos momentos es a mi cargante yo mental molestándome. *Ni siquiera has mirado en el granero, tonto del culo.* Vuelvo sobre mis pasos porque quizás el desconocido que gana fuerza dentro de mí esté en lo cierto.

Al llegar al enorme portón, sé que no se está dentro. El perfil de madera que lo cierra se encuentra en su lugar, desde el interior no se puede cerrar. *Menudo figura eres rompiendo tus promesas y dejando palmar a tus seres queridos.*

—¡CÁLLATE, JODER!

Me siento idiota al enojarme conmigo. En ocasiones, mi yo interno es insoportable hasta la saciedad. *Y útil, realista, protector. Debería dejarte solo y que te mueras de asco, escoria.*

La voz inconfundible de mi pequeño llega a mis oídos acallando la incesante voz que se está apropiando de mis pensamientos.

—¿Papá?

Aparece con rostro triste por el camino que lleva a la charca.

—¿Dónde leches has ido? —Mi duro tono de voz logra que cambie la mueca de su cara—. Me tenías preocupado.

A pesar del enfado que me inunda, siento una oleada de pena que me hace acercarme y abrazarlo con todas mis fuerzas, además, noto cómo desaparece la preocupación por no saber dónde estaba.

—He estado con mamá y Lara. —Me muestra una mirada arrepentida—. Lo siento.

Tengo un impulso que enseguida acallo. Sé que me está mintiendo, pero... ¿y si es sincero conmigo y solo estaba dando un paseo tras el granero para pasar un tiempo a solas y evitar sufrir con el desmoronamiento familiar?; entonces metería la pata, y lo que menos necesita mi hijo es que le prohíba visitar las tumbas de su hermana y su madre, o que le robe los momentos que necesita para sí mismo.

—Vamos a casa. —Lo agarro de la mano y siento su calidez en mi palma—. Pasemos el día con las tías. Nos necesitan.

Caminamos juntos sin hablar hasta la puerta de casa.

—En unos días tendré que ir al pueblo. —Me detengo un instante asiendo el pomo—. ¿Quieres que pase por la librería y te traiga un ejemplar de *Tom Sawyer*?

—Me da igual, papá.

Me sorprende que mi hijo no tenga ganas de leer, pero no creo que sea razón suficiente para estar preocupado. Sé que la tristeza lo está abrumando.

—De acuerdo, hijo. —Por supuesto, tengo pensado pasarme a buscarlo—. Como tú quieras. —Sé que le gustará leerlo, aunque no sea yo el que lo haga.

En este preciso momento añoro pasar un rato cada noche leyéndole a mi chaval.

Entramos en casa y Karen continúa en la misma posición que cuando me marché. La pena está logrando vencerla. Hago a Ryan un gesto con la cabeza señalándole a su tía.

Enseguida mi hijo se sienta a su lado.

—Tía Karen —le dice y coge su mano—, tengo ganas de que salgas a disparar con nosotros. —Mi cuñada lo mira mostrando una forzada sonrisa y vuelve a sumirse en su dolor girándose para buscar la comodidad del sillón.

—Brad, ¿puedes venir un momento? —Camino hasta la cocina sin dejar de mirar el apático sofá—. Ayúdame a poner la mesa. —Una lágrima desciende por la rosada mejilla de Conney—. Mi mujer no tiene ánimos para nada, y no quiero forzarla.

Entiendo su postura.

—Lo que haga falta.

Desde el comienzo de esta pesadilla solo hemos recibido el calor de la tristeza y el abrazo de la muerte.

—¿Necesitas hablar?

Niega con la cabeza.

—Cuando te apetezca hacerlo, solo tienes que decírmelo. —Cojo los cubiertos que ha dejado sobre la mesa.

—Karen lo necesita más que yo.

Dos golpes suenan en la puerta de entrada. Me incorporó sobresaltado y empuñando la pistola. No sé qué me impulsa a sacarla, estoy seguro de no tener el valor suficiente para utilizarla.

Me acerco a mirar por la ventana y veo a Agnes desaparecer calle arriba con su mochila cargada en la espalda.

—¿Adónde vas?

Que se marche donde quiera. Cuanto más lejos, mejor para nosotros.

Abro la puerta mirando cualquier lugar que me pueda parecer peligroso a simple vista. El vecindario está en calma. Evan y su madre están dirigiéndose a su refugio tras saber que su nueva amiga se ha largado del pueblo en busca de un sitio más agradable. Mis ojos se fijan en la cintura del chaval. Lleva una de las pistolas que contenía la bolsa de Agnes.

—Lo que le faltaba a este asqueroso mundo. —En el hombro carga con una escopeta—. Más armas en manos de inconscientes.

Eso lo dices por ti, ¿verdad? Al menos se ha largado dejando que estos dos muertos andantes tengan una oportunidad. Porque, seamos realistas, ¿cuánto les queda?

Quiero decirle que quizá más que a nosotros, pero desisto de la idea al comprobar lo que hay en el suelo de mi puerta.

Un reproductor musical.

Sí que es generosa la muda.

Me agacho con la ilusión de un niño y veo que debajo hay una hoja de papel cada vez más reconocible para mí.

Ya tienes uno. Disfrútalo.

Una nueva sonrisa ilumina mi sombrío rostro al recordar mis días al resguardo de Agnes, pero enseguida me centro en lo que mejor sé hacer: No preocuparme por nadie y eludir el dolor que conlleva perder a otra persona.

Una premisa muy sabia. A veces logras sorprenderme.

Al cerrar la puerta, noto el calor de mi hogar adhiriéndose a mi piel. Me acomodo en el sofá y saco el aparato.

—Espero que sea buena música.

Conociendo los gustos musicales de la juventud, gracias, todo sea dicho, a mi hija Lara, no espero gran cosa. La primera canción que suena es un tema del rey del pop.

—Que sea toda así. Por favor.

Mientras escucho la letra de «Billie Jean», mi mente me envía una clara imagen de Agnes siendo atacada por alguno de los muchos depravados que pueblan el nuevo mundo.

—¿Estará bien? —mi susurro tiene la finalidad de no ser escuchado, pero lo oye la parte que más odio de mí.

¿Y a nosotros que nos importa? Un habitante menos en el planeta. Además, no te costará dejar atrás a otra persona más. Es algo que se te da de perlas.

Alzo la nota a la altura de mis ojos y siento un halo de incertidumbre por la única persona en este asqueroso mundo a la que puedo llamar amiga.

¡De amiga nada, atontado! ¡Solo es alguien que tenía lo que necesitábamos!

—Tienes razón. No debo preocuparme de nadie más que de mí.

¡DE NOSOTROS!

Me tumbo y me dejo llevar por la placidez de la segunda canción del iPod. «Nobody's Perfect», de Jessie J. Me encanta su maravillosa voz. Pese a que el mundo tal y como lo conocíamos haya desaparecido, me alegro de que la buena música perdure.

—Al menos disfrutaré de mi mayor placer lo que me quede de existencia.

Que espero que sea muy larga.

Agnes aparece de nuevo en mi pensamiento enseñándome el dedo corazón.

—Ojalá que no le ocurra nada malo.

Tú a lo tuyo.

Todos nos estamos rehaciendo de las pérdidas a un ritmo más rápido del esperado, forzados por la peculiaridad del nuevo mundo. Ryan ha salido esta tarde a dar un paseo con Conney, y eso me agrada por los dos.

Recibimos las noticias a cuentagotas. Han pasado dos semanas desde el último boletín informativo. Hemos visto morir a algunos periodistas a pie de calle y a otros largarse sin cubrir el suceso. En cualquier caso, la falta de personal solo demuestra que los noticieros del canal de emergencia no duraran mucho más tiempo en antena.

—Las violaciones y los asesinatos están a la orden del día. —El formato de impoluta presentadora ha cambiado por el de asustada habitante de la nueva sociedad anárquica y cruel en la que vivimos—. En la medida de lo posible, eviten salir de sus casas.

Eso lo sabemos todos, tonta del culo. Salir es tener muchas papeletas de palmarla. —Gracias por los ánimos. —Karen me mira con extrañeza sin incorporarse—. Tengo pensado salir mañana. —Dejo escapar una sonrisa torpe para disimular mi locura de contestarme a mí mismo.

—Sería mejor esperar. —Se acomoda en el sofá, del que apenas se mueve—. Podemos aguantar con lo que tenemos.

—Casi no hay medicinas —expongo antes de que yo mismo me arrepienta y tome la postura cauta de mi cuñada—. No me pasará nada.

—Yo te acompaño. —Se ofrece decidida.

Por supuesto, no puedo aceptar su ofrecimiento.

—Prefiero ir solo. —No se ha recuperado del todo y, además, tener que preocuparme por un acompañante sólo logrará que me retrase—. Mejor quédate en casa. —O peor aún, que no sea lo bastante hábil para protegerla—. Saldré más tranquilo sabiendo que Ryan está con vosotras.

La charla sobre la próxima salida es interrumpida por la presentadora de las noticias.

—¡CORRED!

Como sonido ambiental se escuchan varios disparos y algunas risas de

satisfacción acompañas por sádicas palabras. La periodista intenta huir por una puerta escondida tras una pantalla verde donde una vez trabajaron los hombres y mujeres del tiempo, pero un tipo alto aparece al otro lado del portón metálico que hace de salida de emergencia y le propina un puñetazo en la cara. El cabello mal peinado de la mujer efectúa unos movimientos arremolinados mientras cae al suelo.

—No, por favor. —Se oye implorar a otra voz femenina en el plató—. No me hagáis daño. —Lo que parece ser un cuchillo bien afilado pasa frente a la funcional cámara y un instante después unas gotas de sangre surcan el viento tiñendo la lente.

—Primero yo —exige un tipo que se halla de espaldas al objetivo.

El compañero de caos y muerte lo empuja mostrando a los televidentes su rostro de pura maldad.

—Siempre eres tú el primero.

El tono de voz empleado por su súbdito parece no gustarle ni un ápice. Golpea de nuevo a la presentadora, que se encontraba regresando a la dura realidad tras superar el primer puñetazo, y saca un arma de la cintura.

—Hoy no follas. —Sin dudarle un momento, dispara a su compinche y le vuela la tapa de los sesos.

El resto de asaltantes que se pueden visualizar en pantalla apenas mira el asesinato. Todos parecen saber quién manda en esa banda de degenerados.

—Y ahora, a lo nuestro —le masculla a la presentadora, que se mueve con inconsciencia casi absoluta—. Después de mí, probaras a todos mis colegas. —Arranca la arrugada y no muy pulcra camisa de la mujer—. Lo vas a pasar mejor que nunca, puta.

La pantalla se apaga.

—No tenemos necesidad de estar viendo esto —espeta Karen horrorizada.

Deja el mando a distancia sobre el sofá donde se tumbaba abatida y se marcha con rostro triste. En este instante me alegro que haya reaccionado, aunque sea ante la barbarie, casi tanto como me reconforta que mi chaval no esté en casa. Las imágenes de los actos más depravados del ser humano no eran agradables a la vista.

Conney y Ryan entran por la puerta.

—Por los pelos.

Mi cuñada, no mucho más despierta que los sombríos días pasados, al contemplar mi rostro se percata de que algo no marcha bien y se lleva a mi hijo con ella.

Me tomo unos instantes para recuperarme de lo visto y camino hasta la cocina sin poder borrar las duras imágenes. Tengo que revisar las existencias de las que disponemos.

—¿Qué tal estás, hijo? —Me preocupa lo mucho que le queda por aceptar a Ryan.

—He ido con la tía —se pone en pie y levanta su jersey de lana—. Mira lo que me ha regalado.

En la cintura del pantalón puedo advertir el brillo de un arma de pequeño calibre. En otro momento habría puesto el grito en el cielo. Hoy en día, que mi hijo posea un arma de fuego no me importa en absoluto.

—Ten mucho cuidado.

Es seguridad para él.

—Ya disparo genial, papá —manifiesta con gesto serio—. Alcanzo una botella de refresco a veinte metros.

Acaricio su cabeza.

—Te quiero, Jesse James. —Y camino a la despensa.

Abro la puerta y compruebo que está casi vacía. Cojo un bolígrafo y un trozo de papel y comienzo a apuntar lo que necesitamos escrutando todas las alacenas con tranquilidad.

—Podemos subsistir con lo que tenemos —susurra Conney a mi espalda. La misma sugerencia efectuada por Karen unos momentos antes.

—Pregunta a tu mujer qué necesita de... —digo en voz baja para no ser escuchado y haciendo una pausa avergonzada sin entender por qué—, ya sabes, de higiene femenina. —Nunca he tenido problema alguno en hablar sobre esos temas.

Conney adivina mi decisión de salir cueste lo que cueste.

—Tampones, toallitas de papel... —Noto que el ritmo de sus palabras baja la intensidad y sé que no quiere continuar pidiendo—. ¿De verdad es necesario que vayas a por estas cosas?

Asiento con decisión.

—Tarde o temprano tendremos que hacerlo. —Para que no se detenga,

dirijo mi mirada a la hoja donde estoy anotando lo que necesitamos.

Mueve los ojos hasta casi dejarlos en blanco.

—Cerillas o algún mechero, jabón, medicamentos —hace una pausa—, y una jodida botella de whisky. —Muestra media sonrisa, entre vergonzosa y satisfecha, y giña un ojo a Ryan, que desde la mesa la mira con gesto acusativo. Si su madre estuviese aquí, se hubiese enfadado por escuchar una palabrota.

—Apuntado. —Muchos suministros de los que abastecerme mientras el peligro de las calles me acecha—. Tendré que salir temprano.

En este momento me alegro de que la granja se encuentre a las afueras de un pueblo pequeño.

—Brad. —Me giro para atender la demanda de mi cuñada—. Si puedes, trae azúcar. —Deja caer los párpados mostrando una mueca de placer—. Echo de menos tomarme un café de verdad.

Mis labios forman una pequeña sonrisa.

—De acuerdo. Azúcar. —Lo apunto en el papel—. Yo también necesito tomar el café más dulce. —*Mucho riesgo para todos. ¿Eso es lo que quieres?*

—¿He oído dulce? —Ryan aparece por la puerta de la despensa sin que lo hayamos escuchado acercarse—. ¿Chocolate? —Parece estar mejor, más animado. Pasar tiempo con su tía Conney siempre lo ha hecho feliz.

—Tabletas de chocolate para mi chaval. —Tengo que apuntar el pedido de mi hijo en la parte trasera de la hoja. *Como si pudieses olvidar una sola cosa.* Guardo la lista en el bolsillo de mi chaqueta, *aunque, pensándolo bien y conociendo tu cabeza de chorlito...*, y cierro el botón para no perderla. *Te será complicado recordar las cuatro mierdas que tienes que coger.*

—Conney, salgo un momento. —Tengo que poner el coche en marcha para asegurarme de que el frío invernal no ha hecho mella en el motor.

—Espera, voy contigo —dice agarrando el rifle que tiene siempre a mano en la entrada—. Está comenzando a anochecer.

No reniego de su ayuda. Cuatro ojos ven mejor que dos y, a pesar de sus mal disimulados nervios durante la visita inesperada a nuestro hogar, sé la puntería que tiene, y eso me hace sentir seguridad. *Tú no te sentirías seguro ni en una casa de titanio.* Mi insoportable yo interno se centra en una sola misión: Minar mi autoestima. Intento acallarlo, pero cada día se arraiga más a

mí. *Yo soy tú, idiota.* Una risotada cruel y mental que no había escuchado hasta ahora resuena por todo mi cráneo. *Soy tú.*

Tras caer la noche y asegurarme de que las bandas más peligrosas han regresado a la ciudad, salgo a la calle para intentar encontrar a Evan o a su madre.

Esto dos no se separan ni con un cuchillo.

Hace tres días que Agnes se marchó y estoy preocupado. Desde que nació el nuevo mundo, jamás pensé que podría estarlo por alguien que no fuese de mi familia.

¿Quieres preocupación?

Rimmer me envía las imágenes que más sufrimiento y dolor me causan. Ryan pidiéndome ayuda, Lara tumbada en una cama cubierta por una sábana de color rojo o mi esposa dando vueltas en el aire sobre sí misma.

—Serás cabronazo.

Me divierte cuando te insultas a ti mismo. ¿Por qué crees que debería volver? Para estar aquí sola, es preferible estarlo en un lugar donde no sienta tu asquerosa e indolente presencia.

Diviso a Evan asomado a una de las ventanas de la casa más vieja y peor cuidada del barrio.

—Chico listo.

Más que tú, seguro.

Será difícil que alguien se fije en un lugar donde parece no haber vida.

—Chaval. —Me mira con indiferencia—. ¿Sabes dónde ha ido Agnes?

—Espero que lejos de ti.

Bien dicho, machote. Tenías razón, es un chico listo.

—Evan, entra en casa. —Las palabras de su madre me hacen entender que todavía confía en que la vida vuelva a ser como antes.

Claro. Una casita con perro, jardín y una bonita valla blanca. Ilusa.

—No sabemos dónde ha ido. —Mira a los dos lados de la calle—. Por favor, aléjate de nosotros. No queremos problemas. —En este instante me siento diminuto. Quiero gritarle que no me conoce, pero después de lo vivido

a mi lado no me resulta extraño que no quieran cerca a alguien como yo.

Esto se te está yendo de madre.

—Se nos está. —Regreso a mi casa sin que la preocupación por Agnes desaparezca—. Tú eres yo. No lo olvides.

Ohhh, qué maduro. Contestándome con mis propias palabras. Si vas a joderme, al menos sé un poco original.

—No lo necesito. —Me hace sentir genial molestar a Rimmer—. Tú eres la mala copia.

Que salva siempre tu vida de miserable.

Un sonido conocido por todos sube de volumen a medida que la partida de alguna banda nocturna se acerca a nosotros.

¡A casa cagando leches!

—No parece que estén demasiado cerca.

¡Sin protestar!

Entro en casa sin efectuar mi revisión rutinaria.

Te estás jugando la vida, atontado.

El zumbido mecánico se aleja al mismo ritmo constante con que se acercaba.

—Te lo dije.

Sin duda recorrían la carretera que se halla al otro lado del bosque.

Cierra la maldita puerta, y de paso el jodido pico.

Me siento en el sofá pensando en la mujer y su hija adolescente con las que me topé antes de encontrar esta casa, y en la reducida y asustada familia que tengo por vecinos. Desecho todo de mi mente, incluido el paradero de Agnes, y me dejo llevar por la buena y la mala música que contiene mi nuevo reproductor.

—Su regalo —mi susurro se mezcla con el silencio reinante y, sin quererlo, caigo en una placida relajación.

¿Has dicho algo? No te estaba prestando atención.

—No te preocupes, estará bien. —Las palabras de ánimo proferidas por Conney intentando calmarme logran el efecto contrario—. No dispara nada mal.

No me gusta que salga solo, pero intentar evitarlo es inútil. Lo he regañado por esto en varias ocasiones, y no vislumbro que vaya a obedecerme.

—Todo ha cambiado, Conney. —Hace dos días, levantó una de las tablas protectoras de la ventana de su habitación y se escabulló al despuntar el sol—. En este mundo estamos rodeados de peligro.

—¿Te acompaño a buscarlo?

—No, será mejor que te quedes aquí. —Me enfundo mi gruesa y cómoda chaqueta—. Quizá Karen necesite ayuda o no quiera estar sola. —Mi cuñada asiente sabiendo que su esposa la necesita más que nunca.

Al salir a la calle noto un perforador frío atravesando cada uno de mis huesos.

—El invierno se está adelantando.

Desde la ventana, Conney me mira con ojos tristes y una sonrisa forzada. Hace días que los gestos de felicidad real perecieron en la vida de los Harris.

Avanzo escrutando mi alrededor con cautela y dirijo mi mirada al gallinero para comprobar que la puerta esté cerrada.

—¿Dónde te metes, hijo?

Camino hasta el granero y tampoco está. Mi paso se acelera, solo queda un lugar en el que buscar.

Giro en la esquina del granero y no diviso ningún indicio dejado por mi hijo. *¿Ninguno?* Mi preocupación crece a medida que pienso en la seguridad de mi pequeño. *¿Estás seguro, cabezón?*

No me detengo para hablar con Lara o Lucie, como hago muchos días; en este instante solo tengo una prioridad de la que ocuparme, *¿No aprendiste nada el otro día?*: Encontrar a Ryan.

En el suelo, junto a la tumba de Lara, veo sus nítidas pisadas.

—Se acaba de marchar. —Una ola de tranquilidad comienza a inundarme —. Andando.

Con el corazón latiéndome más despacio, sigo las huellas dejadas en el barro por mi hijo. No necesito rastrearlas durante mucho tiempo, creo que sé adónde ha podido ir.

—Soy un idiota.

En mi mente aparece la imagen de mi mujer llevando a nuestros hijos de paseo. *Mira que eres torpe. ¿Crees que vas a poder protegerlo? Despierta de una maldita vez.*

Al llegar a la charca rodeada de una pequeña arboleda que se encuentra no muy lejos de la granja, diviso a mi hijo leyendo un libro sentado en el tronco de un viejo árbol.

—¿Tienes que venir a leer aquí?

Cierra el libro asustado y, sin albergar ningún tipo de duda coge la escopeta que tiene en su regazo.

—¿No puedes hacerlo en casa? —Noto que su cuerpo se relaja al comprobar que soy yo—. ¿O donde no nos preocupemos?

—Aquí estoy mejor. —Se pone en pie—. Puedo leer sin que me molesten. —Guarda el libro en la mochila—. En casa solo se respira tristeza.

No puedo culparlo. Yo también necesito salir de vez en cuando para no sentir el gran pesar que se mastica en cada rincón de la granja.

—¿Te apetece que nos quedemos un rato?

—No. —Es un lugar en el que quiere estar solo—. Vamos con las tías. — Es el único pedacito de mundo feliz que le queda.

—Recuerdo lo felices que estabais Lara y tú cada vez que mamá os traía a pasar la mañana aquí.

Al comprobar con mis propios ojos la belleza del lugar, comprendo por qué a Lucie le gustaba tanto venir.

—Vámonos —me pide tajante al pasar a mi lado. Su voz se ha suavizado y diferencio un tono de tristeza.

Apunta. No le hables de su hermana o de su madre. Una de cal y una de arena de mi fiel y pesado camarada mental.

—De acuerdo, hijo. —Camino detrás sin dejar de vigilar mi entorno—. ¿Qué estás leyendo?

—Otro de Verne. —Disminuye la velocidad de sus pasos—. *La vuelta al mundo en ochenta días*. —Dice con rostro serio.

—Un buen libro, sí señor. —Cojo su mano con fuerza—. Hace tiempo que no te leo.

—Tenemos pendiente de leer *Tom Sawyer*, cuando...

—Dispara —susurro mirándolo a los ojos.

—Cuando vayas al pueblo, podrías echar un vistazo por si acaso lo encuentras. —Frena sus pasos en seco—. Pero solo si no hay peligro.

Está preocupado por mí, y no me extraña en absoluto. Ha visto suicidarse a su madre, ha perdido a su hermana, y lo último que necesita es que su padre muera por conseguirle un libro.

—Lo busco solo si no existe peligro. —Por supuesto, pienso arriesgar al máximo para intentar encontrarlo en la pequeña librería de la plaza—. Puedes estar tranquilo cariño, no es un pueblo muy grande y dudo hasta que haya gente.

—¿Y las personas que vinieron a casa el otro día?

—Estarían de paso.

—¿Y si los próximos que vengan no lo están?

—Nos preocuparemos por eso en su momento.

—Lo entiendo —musita reemprendiendo el paso—. Preocuparse por un problema que nos sabemos si va a ser real... —dice y me mira directo a los ojos—, es perder tiempo y energías.

—Exacto, cariño.

En nuestro camino de vuelta a casa, Ryan prefiere dar un mal disimulado rodeo antes que pasar por delante del improvisado cementerio familiar.

—Vienes a verlas todos los días.

—Lo sé, papá, pero me entristece mucho —me responde con sinceridad al saber que me he percatado de su desvío.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad?

Asiente con un leve movimiento de cabeza.

—Quiero estar un rato con ellas cada día —susurra sin poder contener las lágrimas—, las echo mucho de menos.

—Yo también, mi vida. —Me arrodillo para abrazarlo con todo mi amor

—. Todos las añoramos.

He decidido que debo continuar siendo ese ser apático que era antes de conocer a Agnes. Desde que me salvó la vida y decidí seguirla hasta su refugio, vivo despistado, arriesgando la promesa que le hice a Lara. Por otra parte, debo darle las gracias, porque estoy cumpliendo lo que prometí a Ryan.

¿Gracias a Agnes? Si me fuese posible, saldría de esta mierda de cuerpo y te rompería tu jodida cara de llorón.

Desde que se marchó, las horrendas pesadillas han entrado de nuevo en mis períodos de descanso.

Una revisión al coche hará que te olvides de la muda y que descanses mejor.

—Buena idea.

De nada.

Guardo el iPod en el bolsillo trasero de mi pantalón y me coloco los auriculares en las orejas. Un tema de Lady Gaga comienza a sonar y de inmediato pulso el botón para pasar de canción.

—No puedo creer que Agnes escuche esto.

Tengo que saltar dos canciones del mismo estilo.

La música con que se ha criado, listillo. ¿Crees que los fósiles que escuchas tú suenan mejor?

Entro en el garaje y no tengo tiempo de poner un pie en el interior del Mustang.

—¡MAAAAMÁ! —un grito llega nítido a mis oídos sobresaltándome.

Regreso al salón caminando sin prisas. Lo que ocurre fuera no va conmigo.

Exacto. No va con nosotros.

Miro por la ventana y distingo al enorme tipo que estuve observando, a los pocos días de mi llegada, agarrando a Mayka del pelo.

—Suelta las armas, chaval, si quieres que viva.

Retírate de la ventana. No es nuestro problema.

—Guarda silencio.

MORBOSO. No sé si me das pena o asco.

—¿Quieres que salga?

Ni se te ocurra, atontado.

—Entonces, cierra el pico de una vez.

Evan sopesa si soltar las armas o enfrentarse a su enemigo, pero el corpulento tipo coloca su enorme machete en el cuello de su madre.

—¿Quieres que me cargue a tu vieja? —Agarra el mango con más fuerza.

Evan parece advertirlo porque deja caer la pistola al suelo procurando no meter la pata.

—La que llevas en la espalda también.

Obedece sin dilación y suelta su arma secundaria, que emite un quejido al tocar el asfalto.

—Ya está. Ahora, suelta a mi madre. —Dirige una mirada a mi casa, quizá con la esperanza de recibir ayuda por mi parte.

Lo dudo. El chaval sabe que de ti no puede esperar nada bueno.

—Dales una patada y acércamelas.

Evan obedece a regañadientes. Sabe que sus vidas penden de un hilo y que no se puede fiar de su rival.

—Cumple tu parte del trato.

El asesino, que tiene la vida de Mayka a un movimiento de muñeca, la golpea en la parte posterior de las piernas y cae arrodillada.

—Pareces tonto, chaval.

Muestra una sonrisa escalofriante que solo puedo apreciar de medio lado.

—¡NOOOOOO! —grita Evan aterrado, intuyendo lo que está a punto de suceder.

—Despídete de mami, chico.

Un disparo zanja el griterío reinante entre Evan y su enemigo.

Miro para averiguar de dónde ha salido, pero mis ojos se fijan en la sangre que sale expulsada del hombro del atacante de Mayka, le hace perder fuerza en su grueso y tatuado brazo, y logra que el machete se le escurra entre los dedos y caiga al suelo.

El tipo mira a Evan creyendo que lo ha engañado y mostrando una mueca de no terminar de comprender lo que ha pasado. Evan está igual de asombrado que su enemigo y no es capaz de moverse del sitio. El tipo más duro del barrio intenta reaccionar y sobreponerse a lo que sucede, pero otro disparo atraviesa su pecho y cae a un lado de Mayka, que continúa arrodillada y paralizada por el miedo.

Tras una de las casas cercanas aparece Agnes, tal y como se marchó: con su mochila colgada a la espalda y su atuendo militar. Siento alegría y tranquilidad al verla.

La alegría mató al gato.

—La curiosidad.

Lo que sea, pero no lo olvides.

—Solos tú y yo.

Eso mismo.

Mi nueva vecina se acerca al lugar de los hechos sin dejar de apuntar a su víctima. El corpulento asesino la mira con asombro. Sus ojos no paran de moverse. No comprende cómo una adolescente ha podido abatirlo.

—No, por favor. —Levanta la mano en señal de rendición.

A mis recuerdos llega la mujer loro y el sufrimiento instalado en el semblante de Agnes al terminar con su existencia. En esta ocasión no existe un ápice de piedad en su rostro.

Evan mira ensimismado cómo Agnes levanta a su aterrada madre, que se incorpora sin perder el gesto aterrado de su rostro y la debilidad de sus piernas. Mayka y su hijo creen que todo ha finalizado y que el tipo se va a desangrar en mitad de la calle.

—Lo dudo —susurro sabiendo cómo actúa Agnes.

Levanta el calibre 45, que por lo visto es su arma favorita, y de un disparo certero esparce su materia gris por el asfalto. Para Agnes no existe una línea entre la vida y la muerte, y si la hay, es demasiado fina.

¿Ves qué fácil lo hace? A ti te faltaron pelotas.

A pesar de haberles salvado la vida y haber visto con sus propios ojos la valentía y frialdad de Agnes, la mirada de Evan es recelosa, casi asustada. Incluso puedo advertir un leve temblor en su mano al coger el papel que le entrega su salvadora.

Con suerte, estos dos idiotas nos la quitan de encima. La jodida muda nos va a matar.

—Ten mucho cuidado, Brad. —Notar la mejoría de Karen nos hace felices. Al menos sabemos que tenemos alguien más con quien contar.

—Estaré bien —respondo con seguridad—. Cuidad de Ryan.

Me pongo en marcha y por el espejo retrovisor observo a mi hijo y a Conney en la puerta de entrada con dos cestas para recoger huevos. Karen está de pie en el porche esperando a verme desaparecer con el cambio de rasante. *Atento, chaval.*

—Lo sé. —Desciendo por el pronunciado remonte mientras mi única familia desaparece de mi vista—. A partir de ahora el riesgo irá en aumento. —*¿Has mirado si el arma está cargada?* —. Por supuesto. No soy idiota. —*Permíteme que lo ponga en duda*—. Supongo que en el momento que me canse de ti me será fácil hacerte desaparecer. —A mi mente viene la imagen de un ilusionista, *no eres tan buen mago, amigo*, haciendo esfumarse a su rubia ayudante. *Yo me largaré cuando me dé gana.*

—Desde aquí, andando. —Detengo el vehículo doscientos metros antes del cruce que me lleva al pueblo—. Más silencioso y seguro. —*Pues cierra la puta boca, joder.*

No llega ni un solo sonido al lugar donde me encuentro aparcado, y eso es buena señal. El olor a muerte está desapareciendo, aunque no tan deprisa como me gustaría. Oteo a mi alrededor buscando los lugares más accesibles para afrontar una entrada segura y detectar en cuáles puedo ser atacado por sorpresa.

—Vamos allá.

Lleno de aire frío mis pulmones y siento la agradable sensación que me ofrece.

Primero he de entrar al supermercado, luego a la farmacia y, para terminar, a la librería. Tengo la ruta pensada desde anoche y no pienso desviarme ni un ápice de lo establecido.

El camino hasta mi primera parada es rápido y sin peligros a la vista.

Al entrar, me sorprende comprobar que las estanterías continúan igual que

en mi primera visita. La falta de vida en los alrededores hace que los alimentos caduquen antes de que puedan ser engullidos.

Saco la lista de mi bolsillo y comienzo a surcar los pasillos en busca de todo lo necesario para no tener que volver durante unas semanas.

No me cuesta moverme y cargo las cestas con celeridad.

—Lleno estas dos y las llevo al coche.

Con otro viaje para recoger lo que necesito de la farmacia y visitar la librería para buscar el libro que quiero leer con mi hijo. Dos recorridos que deben ser ágiles y precavidos. *¿Ágil tú? No me hagas reír.*

Cargo la segunda cesta y escruto el exterior a través de los sucios ventanales. No parece que haya nadie en kilómetros a la redonda. Estoy solo, excepto por los cadáveres en descomposición que pueblan el suelo y los coches accidentados. El silencio, como en mi visita anterior, continúa siendo sepulcral.

Corro agachado entre los vehículos reconvertidos en fosas improvisadas. Los cadáveres descarnados, tirados en las calles, protestan con mis pisadas. La espalda me está matando, pero la cautela es primordial.

Guardo el contenido de las cestas en el maletero y regreso mucho más sosegado y rápido al no sentir ninguna presencia cercana.

Entro en la farmacia y descubro a su propietario yaciendo en el suelo junto a una estantería de antihistamínicos. *Este idiota creía poder salvarse tomando jarabe para la tos.* Decenas de botes vacíos acompañan al maloliente cadáver. Levanto mi pierna, paso por encima del cuerpo y comienzo sin más dilación con lo que he venido a hacer.

Lleno la mochila, no tan rápido como me gustaría, pero para conseguir lo que necesito debo abrir todos los cajones, y tengo claro que prefiero perder un poco de tiempo, *bien pensado, amigo*, a tener que regresar otro día.

Busco con calma todo lo necesario sin dejar de mirar a su antiguo propietario. *Espabila, que este no se va a levantar.* Con cada artículo que guardo en la mochila mi mirada repite la acción. *No se va a levantar. Demasiados momentos aguantando al peliculero de Andy.*

Salgo por la puerta para dirigirme a la librería.

—Debería ponerte un nombre —murmuro sin prestarle demasiada atención al tipo que me acompaña. *Que sea bonito.*

Encontrar el libro hará que pase tiempo de calidad con mi hijo. Hoy en día los buenos momentos son pocos, y hay que aprovecharlos al máximo cuando los tienes delante de las narices.

El sonido de un disparo llega a mi pabellón auditivo y me agacho tras un camión de reparto que está empotrado en el murete del bar de al lado. *Por un jodido libro.* Mi corazón late apresurado, mi frente se llena de gotas de sudor que se enfrían al instante. *Atontado.*

—Hoy no te vas a escapar, hijo de perra. —La inconfundible voz cantante del jefe de la banda, que al parecer ha tomado el pueblo como su centro comercial, llega hasta mí.

Asomo la cabeza por debajo del camión y veo que están tomando posiciones con la intención de darme el finiquito *Si tienes que matar....* Decido descolgar mi arma para defenderme. *Mata, joder, mata.* No quiero arrebatar una vida y haré lo imposible por conseguirlo.

—No, si puedo evitarlo —mi susurro apenas audible no impide que escuche los pasos de un miembro de la banda intentando rodearme—. Si asesino a una persona, quizá no pueda volver a ser el mismo. —*Entonces vete de aquí ya. No puedes permitir que nos ocurra nada.* Un nuevo murmullo involuntario aparece en mis labios—: En todo caso, será a mí. —*Tú eres yo. Procura no olvidarlo.*

Oigo unos pasos a mi espalda, me giro con una presteza inusual en mí y disparo a la nada con la firme intención de asustarlos.

—¡NO QUIERO MATAR A NADIE! —mi grito resuena en toda la plaza.

—Nos querías matar el otro día, bastardo.

—Sabes que no es cierto. —Tomo un poco de aire para calmar mis nervios—. Solo me protegía. —Miro por un lateral del camión asomando la cabeza con cuidado—. Como haces tú.

Un momento de silencio roto por las pisadas aceleradas de al menos dos personas. *Te van a cercar, y cuando lo hagan, irán a por el resto de tu familia.*

—Será nuestra, ¿no? Tú eres yo.

Con los nervios a flor de piel, busco algún espacio por el que poder largarme. No logro ojear nada que me sirva de cobijo, ni una zona segura por la que escapar. *El bar, inútil. El bar.* Miro el lugar propuesto por mi yo más oscuro y advierto que si consigo entrar en el local, quizá tenga una

oportunidad de escabullirme ileso por la puerta trasera.

—Si es que la tiene.

Tengo la esperanza de equivocarme.

Corro agazapado aprovechando la situación del camión con respecto a mis asaltantes y, mientras lo hago, varias balas silban sobre mi cabeza.

Llego al ventanal roto y de un salto entro en el bar. No puedo impedir cortarme en mí huida. La sangre brota de la palma de mi mano, pero apenas le presto atención a la herida. Si logro salir airoso de esta situación, ya tendré tiempo de curarme.

En el interior del bar, y bastante peor conservados que los restos del farmacéutico, dos cadáveres yacen sobre la barra. Sonrío desganado al observar que, tras la tos, la fiebre y los ataques sanguinolentos, continúan como si tomaran la última copa antes de que el mundo se vaya hacer puñetas. *Pero más desmejorados.* Hago caso omiso a mi camarada mental y me concentro en hallar una salida.

Tras la barra veo una puerta.

—Espero que sea trasera y no despensa.

Salto por encima del mostrador y hago caer uno de los cuerpos con un golpe de mi pie. El rastro de mi sangre queda impreso en la madera de roble, una perfecta huella de mi mano derecha.

—¡Bingo!

Siento un leve halo de optimismo al asomar la cabeza y comprobar que me lleva a la parte de trasera.

Echo otra visual a mi entorno, *cuando pongas los pies en el suelo, y no consigo divisar a nadie, pum, pum, muerto.*

—Quien no arriesga no gana.

Me dispongo a escapar corriendo desde mi escondrijo, pero el brillo plateado de un objeto llama mi atención. *Menuda suerte la tuya.*

Al lado de un palo grueso de madera, que el barman utilizaría de defensa contra indeseables, hay un mechero. Otro pedido de Conney.

Me lo guardo en el bolsillo y me preparo para la huida. *No te olvides el whisky de la borracha de tu cuñada.*

—Cierto.

Agarro la botella que tengo más a mano, intentando no mostrarme demasiado, y la meto en la mochila.

—Yo también tendré que darle a la botellita, a lo mejor así te largas. —*Yo me marcharé cuando me dé la puta gana. Antes de cerrarla cojo otra y la coloco junto a su gemela—. Mejor dos que una. —Lo que os faltaba, pasaros el día colocados.*

Oteo de nuevo el exterior del establecimiento y sigo sin divisar a nadie.

—Ahora o nunca.

Corro agachado todo lo que me permite mi dolorida espalda hasta una hilera de casas que me servirán como protección para llegar a mi coche. *Si no ha llegado alguno de ellos primero, tonto del culo.*

Al cobijo de las viviendas familiares, reviso de nuevo la zona y no hay ni rastro de mis asaltantes, pero me mantengo oculto hasta cerciorarme de que no me están esperando.

—Tendrá que ser otro día, Ryan. —Mi mente en plena presión piensa en un libro.

Frente a mí diviso a uno de los miembros de la banda corriendo y apostándose tras la farmacia. Hace gestos ostensibles con los brazos hacia un lugar determinado. Me fijo con más atención, *quieto*, y distingo a otro de sus integrantes oculto por unos contenedores de reciclaje. *Todavía no.* No me cuesta descubrir al mandamás situándose al este de sus dos compañeros, lo que me confirma que están rodeando la botica porque creen que la estoy usando de parapeto.

Corro entre las casas lo más rápido y sigiloso que puedo, hasta llegar a la parte opuesta de donde se están situando para darme muerte.

Antes de que se den cuenta, habré desaparecido.

Los habitantes de nuestro reducido vecindario, excepto yo, han pasado la noche en la casa de Los habitantes de nuestro reducido vecindario, excepto yo, han pasado la noche en la casa de enfrente. Cuando decidí dejar de mirar, aún estaban despiertos. He logrado eludir el retorno de las pesadillas aplicando una buena dosis de esfuerzo para mantenerme despierto.

Tienes que tomarte el día con calma.

—Calma. Esa palabra hace tiempo que dejó de existir.

Me dirijo a la cocina a beber algo de zumo. Lo he estado racionando para echarlo de menos cuanto más tarde mejor. Solo me permito verterlo hasta que el vaso está a la mitad de su capacidad y lo degusto en pequeños sorbos. El agua de las botellas comienza a brillar por su ausencia.

—Cuando termine de comer, llenaré unas pocas.

Mejor de noche. No cambies tus hábitos. Nos puede costar muy caro.

Abro una lata de garbanzos y mi estómago me grita que necesita algo más suave.

—Tendrás que aguantar el tirón.

Pareces un loco hablándole a tu barriga.

—Igual que lo parezco cuando mantengo conversaciones que no debería tener contigo.

Regreso al salón pensando en el tipo que yace en el asfalto frente a mi casa.

—Apuesto a que estaba convencido de que su enorme tamaño le confería la seguridad que le había robado el nuevo mundo. —Se equivocaba al no contar con Agnes y su reencarnación en el pistolero más rápido del salvaje oeste—. Menos mal que conmigo tomó la decisión de ayudarme.

En mi mente aparece con nitidez la imagen de su sonrisa, su dedo corazón y mis sesos esparcidos por el suelo acompañando a los demás huesos de una vieja vida.

Estoy harto de la maldita muda.

—Vamos a por agua. Verás qué pronto se te pasa.

Que es de día, melón.

—Por eso mismo. Estamos en época de bonanza —Mi risotada se escucha en toda la casa—. Es hora de molestarte un rato.

No me toques las pelotas, porque no te va a gustar.

Recojo las botellas y, antes de salir de la casa, me cercioro de que no haya nadie por los alrededores.

—Anímate, Rimmer, que solo van a ser quince minutos.

Camino hacia el pozo sin la protesta de mi yo interno y antes de llegar observo que sobre la base de su ojo hay dos latas de melocotones en almíbar ejerciendo de anclaje para una de las reconocibles notas de Agnes.

No es necesario que entregues tú reino.

Una lágrima cae por mi mejilla sin que la perciba. Los recuerdos con mi hija se agolpan todos a la vez; incluso tengo que sentarme en el pozo para no caer al suelo por la falta de fuerza en mis piernas.

Allá vamos de nuevo.

—Señor pasajero, abróchese el cinturón que la carretera está bacheada.

A pesar del dolor que siento por la avalancha de recuerdos que me han traído las dos latas, me puedo permitir unos segundos para molestar a Rimmer.

Desde que la muda apareció en tu vida, lo estás tomando por costumbre.

—Y lo que te rondaré, morena.

Hacerle eso a quien te ha salvado la vida está muy feo.

—¿Igual de feo que echarla a la calle después de salvarme? —Me pongo en pie y guardo el bonito regalo en los bolsillos de mi chaqueta—. Dos veces.

¿Dos veces? No me hagas reír. ¿Cuánto me debes a mí por todas las veces que he salvado tu patética existencia?

Intento contestarle, pero desisto enseguida. No merece la pena el desgaste psicológico.

No me lo podrías agradecer ni viviendo mil vidas, cretino.

—Vamos a dar un paseo, Ryan.

Hace días que no hablo con mi hijo y disfrutar de un momento a solas será bueno para los dos.

—¿Adónde vamos?

Puedo notar su cara de esfuerzo al intentar calzarse una de sus botas.

—¿No quieres pasar un rato con tu viejo? —Se encoje de hombros—. Si no te apetece, lo dejamos para otro día.

—Sal un rato con tu padre mientras recogemos la casa. —Conney me guiña un ojo.

Ryan acepta a regañadientes. No le he prestado la atención que me hubiese gustado, pero las duras circunstancias que vivimos han sido apremiantes. Hoy quiero saber si está mejor, si necesita algo de mí.

—¿Todo bien, hijo?

Mi pregunta no le despierta ningún interés.

—Bien, papá.

Las temperaturas han descendido los últimos días, por lo que tengo que cerrar la cremallera de mi chaqueta antes de bajar los escalones del porche.

—Aprovechemos que ha dejado de llover. —Ryan me mira acomodando las manos en los bolsillos—. Siento no haber conseguido el libro que tenemos pendiente. —Al ojear el pequeño revólver que porta en la cintura del pantalón me considero un padre poco ejemplar—. Quizá la próxima vez.

—No pasa nada, papá. —Me mira a los ojos y distingo la tristeza que emanan—. Algún día lo tacharemos de las tareas pendientes. —Al pasar por el granero Ryan saca una de sus manos del bolsillo y agarra la mía.

—Demos un rodeo. —Lo entiendo muy bien; a pesar de visitar las tumbas de nuestros seres queridos casi a diario, el dolor no disminuye. —Tenemos tiempo de sobra. —Ryan mira por encima de su hombro hasta que cogemos el camino a la charca.

No tardamos mucho en llegar. —¿Dónde nos sentamos?

Espero la respuesta de mi hijo, pero no aparece. Suelta mi mano y camina con ligereza al mismo sitio donde lo encontré cuando descubrí su lugar secreto.

—Aquí me sentaba siempre con mamá —dice con voz tenue—. Traía una manta que había hecho la abuela y observábamos a Lara saltar al agua desde aquella rama. —Señala con su dedo índice a un viejo y grueso árbol, y puedo apreciar en su semblante los muchos y gratos recuerdos que guarda de este lugar.

Me siento a su lado.

—Sé que debería haber estado más atento de ti desde... —Las palabras se atascan en mis labios.

—Desde que todo se ha ido a la mier... —En seguida se tapa la boca con la mano. Su madre le hubiese echado una buena bronca.

—Supongo que puedes decir mierda.

No tengo fuerzas para regañarlo y mucho menos ganas. Con lo que está viviendo, no pretendo reñirlo por algo carente de importancia.

—Mamá no querría. —Me muestra son sonrisa cargada de tristeza.

Aprecio en su rostro que quiere decirme algo, pero no se atreve.

—¿Sabes que puedes hablar conmigo de lo que quieras?

—¿De lo que quiera? —Asiento con lentitud—. ¿Me prometes que no te vas a ir como hizo mamá?

Hubiese sido mejor que te hubieses callado, idiota. Asiento con decisión y firmeza. *Ahora apechuga.* Ofrezco mi dedo meñique para reforzar la promesa y Ryan lo rodea con el suyo al instante.

—No quiero perderte, papá.

Cuando mi chaval me habla de este modo es porque sabe que no voy a romper el juramento que le acabo de hacer.

—No me perderás, hijo.

Los árboles que nos rodean comienzan a estremecerse por el repentino viento.

—Parece que el tiempo va a empeorar—. Como si me recordasen que he consumado una promesa que no debo incumplir.

—Vámonos a casa. —Mi hijo se pone en pie y sacude el trasero de su

pantalón.

—¿Seguro que no quieres que hablemos de nada más? —Quizá no tenga otra ocasión igual en bastante tiempo, por ese motivo, todo sobre lo que necesite hablar conmigo tiene que ser en este momento—. Si alguna vez necesitas charlar, de lo que sea, solo tienes que decirlo.

—Con tu promesa me vale.

Me muestra una sonrisa sincera que hace muchos días que no veo dibujarse en sus labios.

—De acuerdo.

Cojo su mano y los dos regresamos a casa contentos por haber pasado algo de tiempo juntos, sin peligro.

—¿Papá? Noto a la tía Karen decaída. —Detiene su paso—. ¿Crees que estará bien? —Me mira directo a los ojos y puedo notar su preocupación—. Hablé con la tía Conney, pero me dio largas.

Lo cierto es que yo la noto más animada cada día que pasa.

—Sí. Está bien.

Supongo que aceptar en qué se ha convertido el mundo es algo que cada uno supera de manera diferente.

—Podrías hablar con ella.

—En cuanto lleguemos a casa.

Me envía una señal con un movimiento de cabeza haciéndome saber que está de acuerdo.

El rocío que aún se mantiene con vida sobre las tumbas de nuestros seres queridos brilla bajo el casi apagado sol diurno. Ryan, repitiendo su comportamiento durante el camino de ida, mira hacia otro lado cuando están a la vista.

—Papá, hoy va a ser un buen día —dice dirigiendo la mirada a su tía Karen, que está barriendo la puerta del porche.

Ver a mi cuñada resarcirse de su dolor me hace sentir bien.

—Estoy de acuerdo, Ryan. —Mi hijo no se equivoca en sus predicciones—. Hoy va a ser un buen día.

Tengo la reconfortante sensación de que la situación va a mejorar para la familia Harris.

Un vehículo circula despacio por nuestra calle, examinando si queda algún superviviente. Se detienen frente a mi casa y compruebo que son dos tipos. Uno de ellos, delgado y de pelo largo mal peinado en un vano intento de disimular la calva. El compañero es más corpulento, con una enorme barba y cara de mala persona.

—Eh, James. —El barbudo señala mi casa sin alzar apenas la voz—. Mira qué protección.

El tipo de la reluciente y mal tapada calva dirige su mirada a las cubiertas de las ventanas que le indica su compañero.

—Ya veo, ya. —Baja del coche y se sienta en el capó escrutándolo todo—. Y parece que no es la única. —Ha comprobado que hay muchas posibilidades de que mi casa esté ocupada y que el pequeño pueblo quizá no esté tan desierto como parece.

—¿Damos una batida? —El socio de caza se enciende un cigarrillo y lo fuma con calma, sin miedo a los peligros que puedan acecharlo.

Estos tíos son peligrosos.

—No me digas.

Como si me hubiese escuchado, el más delgado dirige su vista de nuevo hacia mi refugio.

Imposible. Aun así, deberías cargártelos.

—No matar.

Idiota. Es que no aprendes.

—Nos largamos —ordena el tipo de la melena mal peinada al advertir que la luz diurna comienza a florecer en el horizonte.

Su acompañante tira el pitillo y sube al coche sin protestar, echando una última mirada hacia mi casa y formando en sus labios una leve sonrisa.

Estos cabrones van a volver con refuerzos.

—Lo sé Rimmer, lo sé.

La partida de búsqueda desaparece calle arriba, pero mis ojos se fijan en la

ventana de Agnes. Está asomada viendo cómo se marchan. Mira a mi casa sabiendo que la observo y levanta su mano para pasársela por la frente.

Desde luego que sí, mudita. Por los pelos.

Mi vecina desaparece dentro de la casa.

—Quizá lo más sensato sería largarme —murmuro cuando mi instinto de supervivencia se preocupa por el regreso del calvo y su secuaz con unos pocos amigos—. Hay muchas casas vacías donde establecerse.

Da lo mismo donde te escondas. Esto se repetirá una y otra vez. El día que decidas matar, nos irá mucho mejor a los dos.

Varios golpes flojitos y repetitivos suenan en mi puerta de entrada. Por debajo aparece un trozo de papel. Noto mi habitual dolor lumbar al agacharme para recogerlo.

Abre la puerta.

Ni se te ocurra. Tú y yo solos.

—Cierra el pico.

Abro la puerta y Agnes entra en mi casa moviendo la mano de arriba abajo diciéndome que ha faltado poco, y antes de que cierre un trozo de papel aparece frente a mis ojos.

Deberíamos estar preparados para cuando regresen.

Estoy segura de que entre los cuatro podremos repeler su ataque.

—Conmigo no contéis.

Bien dicho.

Agnes me muestra su reconocible rostro de decepción.

—No quiero matar a nadie. —Afianzo mi posición.

Escribe otra nota sin torcer el gesto por mi negativa a luchar a su lado.

***Por qué no vienes esta noche a cenar a mi casa
y los conoces.***

Mayka y Evan son buenas personas.

—Prefiero quedarme, pero gracias de todos modos por la invitación.

Estás sembrado, compañero.

Agnes se marcha para asegurarse de llegar a casa antes de que se haga de día y deja caer una nota mientras cierra la puerta con suavidad.

Deja que se largue. Con un poco de suerte, no vuelve a molestarnos más.

Al agacharme para recoger el último escrito, la espalda me avisa por enésima vez que debo cuidarla un poco mejor.

Abro el trozo de papel y mis labios crean una sonrisa involuntaria al leerlo.

¡MENDRUGO!

Rimmer se carcajea acallando cualquier sonido del exterior.

Arrugo el papel en forma de pelota y lo lanzo a la boca de la chimenea para que repose junto a sus otros textos.

Camino junto a mi chaval por el sendero que nos lleva a casa. Hemos hablado y eso me hace sentir bien.

Una detonación se escucha cerca de nosotros. Miro a mi alrededor intentando descubrir de dónde proviene y noto una pequeña punzada en la parte derecha del pecho. Sin saber que está ocurriendo, caigo al suelo.

—¡PAPÁ! ¡PAPÁ! —el grito de mi hijo llega a mis oídos silenciado por el leve viento. Otro disparo silba en la mañana invernal, esta vez mucho más lejano.

—¡KAREN! —escucho gritar a Conney.

Giro la cabeza notando una leve sensación de malestar en el cuello y advierto que el cuerpo de mi cuñada está tirado en el suelo del porche, junto a la escoba.

Una lluvia de disparos cobra vida por encima de mi cabeza.

Mi hijo está asustado y no se separa de mi lado.

—Corre, Ryan, corre. —La flojedad de mi voz me hace dudar si mi chaval me ha escuchado.

Unos pasos acelerados resuenan cerca de mí. Mi hijo saca el arma de la cintura del pantalón, pero los nervios hacen que se le caiga, comprobando por sí mismo que la realidad supera a la ficción. Intenta recogerla con manos temblorosas y, antes de que lo consiga, un tipo lo golpea con fuerza en la cara y cae a mi lado levantando una nube de polvo y profiriendo un gemido de dolor.

—Apuesto mi vida a que ahora sí te arrepientes de habernos disparado.

La banda del pueblo ha dado con nosotros.

Intento moverme con toda mi voluntad, pero carezco del poder físico necesario para lograrlo. Me falta el aliento. El disparo ha debido alcanzarme en algún órgano vital.

—Corre, hijo —balbuceo intentando que Ryan se levante y huya.

Mi enemigo apunta a mi pecho mostrando una sonrisa sádica.

—Qué ganas te tenía, pedazo de cabrón.

No puedo evitar mantener los ojos abiertos ante mi inminente muerte.

Un disparo silba cerca de nosotros y puedo apreciar que de su cuello brota un chorro de sangre. Me mira borrando la sonrisa de ganador que hace un instante se dibujaba en sus labios y cae a mi lado intentando coger aire.

Otro intercambio de disparos hace acto de presencia.

—¡Serás puta! —escucho exclamar a alguien a pocos metros de nosotros.

—Ven aquí, chaval. —El hijo del jefe de la pequeña banda coge a mi pequeño, que intenta zafarse con movimientos rápidos y decididos.

—¡MI HIJO TIENE AL TUYO! —vocifera el cabecilla—. ¡SI NO SUELTAS LAS ARMAS, ME LO CARGO!

Deseo con todas mis fuerzas que Conney haga caso omiso a su petición. *No quiero matar, buaaa buaaa. Llorón.* El pecho apenas me duele, *señal inequívoca de que vamos a morir gracias a tu cobardía*, y mis energías son más escasas con cada segundo que pasa. *Por no haberlos matado, pedazo de inútil.*

—¡DE ACUERDO, NO LE HAGÁIS DAÑO! —grita Conney acongojada tras el refugio de los tapados ventanales.

Conozco a mi cuñada; si no tuviese que salvar la vida de su sobrino, los mataría uno a uno con paciencia infinita por haber asesinado a la mujer que ama.

—Tíralas fuera y sal con las manos en alto —exige bajando el tono de voz.

—¡CÁRGATE A ESTOS CABRONES, TÍA CONNEY! —Supongo que puedo pasar por alto un nuevo taco de mi chaval.

Ryan recibe un nuevo golpe en la cara y un hilillo de sangre comienza a brotar de sus labios.

—¡Cállate, niño!

Conney abre la puerta de la casa y, sin ponerse a tiro, lanza una pistola y una escopeta lo más lejos que puede del porche.

—¡Ya está! ¡Ahora soltadlo! —exige cruzando el umbral con las manos en alto.

—Date una vuelta y mucho cuidado con los trucos.

—No estoy armada. —Gira sobre sí misma sin hacer movimientos bruscos.

Intento gritar y moverme, pero apenas consigo distinguir nada a un par de metros. Mis ojos se cierran, me cuesta respirar con normalidad, la presión que siento en el pecho es insoportable, y tengo que admitir que estoy a punto de sucumbir a la oscuridad más absoluta sin haber cumplido las promesas que le hice a mi hija.

Nuestro atacante se lleva a Ryan agarrándolo con fuerza para que no se pueda zafar.

—¡PAPÁ! ¡PAPÁ!

Siento el dolor de mi chaval por alejarse de mí con más intensidad que el disparo que me ha alcanzado.

—Tu viejo va a palmarla —dice el hijo del cabecilla—, y tú y yo nos vamos a divertir.

Sufrimiento para el pequeño Harris gracias al inútil de su viejo. Contestaría a mi molesto yo interno con mucho gusto, pero me es imposible concentrarme en nada más allá de lo que sucede. Una oleada de sufrimiento indescriptible llena cada rincón de mi débil cuerpo. El terror que me provoca lo que le ocurrirá a mi hijo cuando yo no transite por el mundo de los vivos es en lo único que puedo pensar en este momento.

—Ya no tengo armas. Suéltalo.

La confianza depositada por Conney en la palabra de unos desconocidos le juega una mala pasada.

—Ven aquí, zorra.

—Deja a mi tía —grita mi hijo.

—Lo vamos a pasar de cine contigo.

Escucho los gritos de mi cuñada. Entre la neblina que cubre mi visual en mis últimos momentos de vida, me parece advertir que la agarran del pelo y la meten en casa a empujones.

—¡AYÚDANOS, PAPÁ! —la súplica de mi hijo pidiendo lo único que no puedo ofrecerle llega hasta mí.

Intento moverme, sin lograrlo. Mi cuerpo me está diciendo que no puede llegar más lejos. No sé si mi vista visualiza lo que en realidad ocurre o es una parte del sueño de los muertos.

—¡No lo toquéis! —espetea mi cuñada—. Hacedme lo que queráis, pero dejad al chico en paz. —La irreductible Conney, no cesa en el empeño de

luchar por su vida y la de su sobrino.

Los últimos sonidos que mi sentido auditivo recibe, antes de que todo quede sumido en la más profunda negrura, son los gritos de mi hijo pidiendo auxilio y los de mi cuñada siendo atacada.

Tonto del haba.

La noche ha caído y todos en el vecindario esperamos a que lo tipos de ayer vuelvan con más amigos para hacernos una visita.

Agnes guarda algunas armas en los oxidados coches que descansan en nuestra calle. Verla actuar me hace entender que cuando yo me haya ido continuará llamando mendrugo a otras personas.

Afuera parece reinar la calma, pero son estos momentos, en los que la tranquilidad lo envuelve todo, cuando el peligro suele ser inminente.

—Debería traerla aquí.

Sí, claro. Y ya de paso, tráete a Evan y a su madre. Deja de decir estupideces.

No es necesario que haga efectiva mi proposición. Agnes cruza la calle mirando a todos lados con cautela; sabe que nos espera una noche complicada en la que arriesgaremos la vida.

Ya viene otra vez. La leche, qué pasada de cría.

Antes de que sus nudillos toquen la madera, abro y la dejo pasar. Como no podía ser de otra manera, me entrega una de sus notas.

Hoy ceno contigo. ¡Quieras o no!

—Agnes, te dije anoche...

A la puta calle con la muda.

Cenamos aquí. Tú y yo solos.

No tengo ánimos para contrariarla.

—Veamos que tenemos de cena.

Agnes tiene muchas cualidades, lo compruebo cada día, pero es terca, muy terca.

Una lata de judías verdes.

Gracias.

—Hecho. —Cojo otra de lo mismo para mí—. ¿Dónde fuiste el otro día?
No he tenido curiosidad por su destino, hasta ahora.

Quería inspeccionar el terreno.

No conozco este lugar.

—Claro, y de paso recogiste unas latas de melocotones en almíbar para mí.

Me muestra una sonrisa que vuelve a recordarme tiempos mejores.

—Muchas gracias.

Cierra el pico, tarado.

—Los echaba mucho de menos.

Agnes se sienta en el sofá y yo camino hasta el tocadiscos para poner música ambiental. En seguida me arrepiento y apago el aparato.

Puedes poner un poco de música.

No me molesta.

—No es por ti.

Está niñata qué se ha creído, ¿la reina del mambo?

Disfruta de la mierda de vida que tenemos.

Si vuelven los tipos de ayer, ya resolveremos el problema en su momento.

—Es mejor estar preparados. —Sonríe y se introduce una cucharada de judías en la boca—. Lo sé soy un mendrugo. —Asiente riendo con su

particular voz mientras echa la cabeza hacia atrás. Otro fugaz recuerdo de Lara se instala en mi mente.

No me dan miedo los dos hombres de anoche. Me las he visto en peores situaciones.

Este lugar es más seguro que la ciudad.

—Cualquier sitio es más seguro que la ciudad.

Si ha sobrevivido entre los crueles y caníbales habitantes de la urbe, es normal que no tenga miedo de dos tipos a los que les volaría la cabeza sin dudarlos. Son ellos los que deberían temerle.

Que tampoco es una súper heroína. Es una niña con demasiada suerte.

—No creo que debas enfrentarte a esos tipos.

Su mueca feliz cambia en el acto.

***¿Si no te enfrentas a tus miedos,
para que quieres vivir?***

***Prefiero morir sabiendo que no me defraudé
a mí misma.***

Una lección que debería aprender un inútil como tú.

Me entrega otro pedazo de papel.

Alguna vez tendrás que matar para sobrevivir.

***Todos hemos tenido que hacer cosas
que no deseábamos.***

***Todos hemos tenido que superar nuestros
propios temores.***

—Supongo que tienes razón, pero mientras pueda evitar quitar una vida...

Niega con la cabeza y continúa engullendo las judías.

Terminamos de cenar en silencio. Pienso en las palabras de Agnes y no

logro salir de mi asombro por la valentía mostrada una y otra vez en un mundo tan hostil como el nuestro.

A mí ya no me cabe ninguna duda. La muda durará más que tú.

—Y que tú.

Otra sonrisa aparece en los labios de Agnes.

Despierto sudoroso y con un insoportable dolor en el pecho. Miro a ambos lados y enseguida sé que no me encuentro en la granja.

—He muerto y estoy en el infierno. —Susurro a una habitación vacía pintada de color azul oscuro.

Por desgracia, no las has palmado, cobarde.

Mi yo interno se ha hecho más fuerte aprovechando mi momentánea desaparición. Como si mi cuerpo estuviese en modo automático, intento levantarme de la cama. Necesito saber dónde y cómo están mi hijo y mi cuñada, pero una fuerza invisible tira de mí.

Estás atado, tonto del culo.

Observo mis muñecas y, al igual que mis tobillos, están presas de una cinta de cuero con una gruesa hebilla. Los nervios crecen en mi interior. ¿He sido secuestrado por los asaltantes de nuestra granja? De repente, un halo de esperanza me inunda. Deseo con todas mis fuerzas que mi hijo se encuentre sano y salvo y que estemos todos bajo el yugo de la banda que nos atacó. Mejor esa opción que cualquier otra de las que están pasando por mi cabeza.

Parece que tienes el cerebro igual de atrofiado que el olfato.

Aspiro una fuerte bocanada de aire y en mis fosas nasales percibo un penetrante y potente aroma a productos de enfermería.

—¿HAY ALGUIEN?

Mi grito parece haber sido escuchado, porque percibo unos pasos acelerados en mi dirección.

—Se ha despertado. —El rostro de una desconocida muestra su tranquilidad—. ¿Qué tal está, señor? —Entra en la habitación dejando la puerta abierta y puedo escuchar el sonido de varias de voces hablando en el exterior—. ¿Le duele el pecho? —Se sienta a mi lado e intenta tocarme, pero enseguida me retiro.

—¿Dónde estoy?

—Tranquilo, señor. —Se pone en pie aumentando la distancia entre los dos—. Solo voy a hacerle una cura.

Me muevo todo lo posible para entorpecer su labor. —No me toques. — Retrocede otro paso con cautela—. ¿Dónde está mi hijo?

Lo único que me preocupa en estos momentos es Ryan.

—Solo soy una enfermera —susurra sin mirarme a los ojos—. Está usted en el hospital de...

—¿Y MI HIJO, JODER? —mi grito asusta a la desgredada mujer—. ¡DEJA DE INTENTAR TOCARME!

El rostro de alegría con el que había entrado cambia mostrándose precavido.

—Voy a decirle a Lilian que se ha despertado —dice caminando hacia la puerta—. Ella se lo contará todo. —Y desaparece sin mirar atrás.

Por delante de la entrada a mi habitación, un grupo de niños pasa corriendo y gritando.

—La lleva Susan.

En este instante tengo una nefasta sensación de pérdida.

Por cagón tu familia está en el hoyo.

—Cierra la boca.

Lo que menos necesito en este momento es a mi nuevo y activo yo interno molestándome y golpeándome donde más me duele para romper mis escasas esperanzas.

—Hola. ¿Se puede? —una voz suave y femenina hace que deje de pensar en Ryan por un instante—. Soy Lilian. —Hace una pausa y entra en la habitación—. La gerente de este refugio.

—Me importa una mierda quién seas. —Lanzo una mirada desafiante—. Sólo quiero que me digas dónde está mi hijo de una maldita vez.

Niega con la cabeza y se sienta a mi lado.

—Te hemos atado para evitar que te hicieras daño tras la operación. —Sus palabras no me sorprenden—. Has estado a punto de morir. —Mi cerebro recrea enrabiado mis últimos recuerdos.

Quiero reiterar que lo único que me importa es saber algo de Ryan y mi cuñada.

—¿Dónde está...? —Pero corta mi voz de modo tajante.

—Una de nuestras partidas de búsqueda estaba siguiendo a un grupo de

desalmados. —Pausa su narración midiendo sus próximas palabras—. Muy mala gente.

En mi mente resuenan los gritos de mi hijo pidiendo ayuda y los de mi cuñada implorando que no le hagan daño a su sobrino.

—Llevábamos varios días siguiéndolos. —Me mira a los ojos y advierto la experiencia y el dolor en los suyos—. Cuando te encontramos estabas casi desangrado. —Se detiene y me percató de que no quiere hablar del tema—. Conseguimos sacarte en medio de una lluvia de disparos.

La mujer que intentó curarme asoma su despeinada melena por el umbral de la puerta.

—Lilian, tengo que hacerle la cura. —La decana del lugar asiente y su ayudante entra portando la misma bandeja de metal con instrumental médico.

—Esta es Kiki. —Sus palabras sosegadas pretenden decirme que no voy a sufrir daño—. Tiene que curarte las heridas y cambiarte las vendas.

—Voy a quitarle el vendaje, ¿de acuerdo?

La enfermera se sienta de nuevo a mi lado al notarme más calmado y puedo apreciar que, pese a su sonrisa esperanzada, el dolor está instalado en cada pliegue de su rostro.

Suelta los amarres de mis muñecas pidiendo permiso con los ojos a su superior.

—Tranquila, Kiki. —Me envía una dura mirada—. No va hacer ninguna estupidez. —Acompañada por una sonrisa disfrazada de bondad—. ¿Verdad?

Asiento a regañadientes notando un dolor moderado al retirar la venda enrojecida de mi pecho.

—Conseguimos abatirles tras horas de enfrentamiento. —Lilian prosigue con su macabra y dolorosa narración—. Tu mujer y tu hijo... —Guarda silencio temerosa de sus próximas palabras.

—No era mi esposa. —Me mantengo atento a que finalice su relato, necesito saber que al igual que a mí, también trajeron a mi chaval—. Era la mujer de mi cuñada.

Su rostro denota que por fin entiende un poco mejor quién era quien en el infierno desatado en la granja de los Harris.

—No llegamos a tiempo. —Al agarrar mi mano noto el calor de la suya—. Lo siento.

El mundo se abre bajo mis pies. No he conseguido proteger a ningún miembro de mi familia. Los he perdido a todos.

Si me hubieses hecho caso...

—¡DÉJAME EN PAZ! —La enfermera se levanta asustada, pero solo le dura un momento y se sienta de nuevo para continuar con su trabajo. Debe estar acostumbrada a tratar con gente que, al igual que yo, está perdiendo la cabeza.

—Encontramos el cadáver de tu cuñada. —Hace una parada a regañadientes—. Y el de tu hijo y el de otra mujer que yacía en el porche.

Me siento roto por dentro al saber que he perdido todo lo que me quedaba en este jodido, depravado y asqueroso mundo. Apenas advierto el malestar de mi pecho cuando es bañado en alcohol. Queda difuminado entre el auténtico dolor que cubre cada parte de mí.

—Enterramos los tres cadáveres junto a otras dos tumbas que había detrás del granero. —Se incorpora sin soltar mi mano—. Siento mucho tú pérdida —Hace un gesto a la enfermera, que asiente al momento—. Más tarde me paso a verte.

—Quiero irme de aquí —balbuceo entre lágrimas.

—Lo entiendo, pero todavía no estás curado.

—Dejad que me vaya, por favor.

Lo único que quiero es regresar a la granja y despedirme de mis seres queridos.

—Tranquilo, señor —susurra la enfermera encargada de mi cuidado—. En una semana podrá marcharse.

Quito los amarres de mis tobillos aprovechando que tengo las manos libres y mi cuidadora retrocede asustada un par de metros.

—¡Escúchame! —La mandamás del lugar se posiciona a mi lado con la velocidad de un rayo—. Estás herido. —Noto la fuerza que tiene cuando me empuja para que me tumbe—. Quédate hasta que te recuperes y yo misma te llevaré a donde quieras. —Me mira esperando una respuesta satisfactoria—. O te doy un vehículo para que vayas tú mismo —dice al descubrir en mis ojos que no voy a desistir de mi idea—. ¿Hay trato?

No sabes dónde estás. ¿Qué piensas, ir andando? Seguro que no llegarás.

Mi molesto yo interno argumenta de un modo irrefutable. Podría salir de

aquí caminando, pero no llegaría a mi destino, herido y con los abundantes peligros del exterior.

—De acuerdo. —Lanzo una mirada severa—. Dos días y me marchó.

Lilian asiente a su ayudante para que termine de curar mis heridas.

—Cuatro días y no se hable más.

Asiento y dejo a la enfermera continuar con su trabajo sin entorpecerlo.

La madrugada ha sido tranquila. Los tipos que esperábamos no han aparecido, y los malos sueños tampoco.

—Agnes es una atrapa pesadillas.

Un peligro para nosotros. Eso es lo que es.

—Tranquila, mamá. —La voz de Evan entra en mi mundo—. Tenemos toda la noche por delante.

Camino hasta mi lugar de vigilancia, y al mirar entre las tablas observo a Mayka cargada con una mochila y a su hijo con un par de bolsas.

Regálales tú el perro.

Parece que han decidido residir todos en la misma casa.

Pero en qué mundo creen que viven estos idiotas.

—Al parecer en uno más feliz que el nuestro.

Agnes abre la puerta con una de sus escopetas preparada para disparar. Echa una visual al vecindario y con la mano los invita a entrar.

Evan parece haber perdido el miedo que le tenía hasta hace poco. Tras varios días conviviendo, confía en su anfitriona. Ha descubierto lo mismo que yo comprobé durante mi estancia en la ciudad: Agnes nunca te traicionará ni te dejará a tu suerte en los momentos de peligro.

Venga, machote. A lo nuestro.

He decidido que voy a construir un puesto de guardia en el tejado, y lo ocultaré con la chimenea y el enorme árbol del jardín trasero. Por supuesto, no podré tener una visual de trescientos sesenta grados, pero los doscientos veinte que me ofrece son suficientes para proteger mi propiedad.

A buenas horas.

He terminado de desmontar la mayoría de los muebles de la planta superior y creo tener madera suficiente para acometer la construcción.

Un cobarde como tú ya debería estar huyendo.

Al recoger los trozos de madera del suelo, siento algo que esperaba. No me ha dolido la espalda durante el desmontaje del mobiliario, pero al

agacharme ha vuelto a reaparecer el molesto achaque lumbar.

—Debería tomarme un analgésico.

Guárdalos hasta que el dolor sea insoportable.

—Hace mucho que es intolerable. —Subo las escaleras para continuar con la labor que me he propuesto—. Pero solo por no escucharte, me lo tomaré cuando termine.

Solo si te duele.

No me cuesta sacar las tablas por la pequeña trampilla que lleva al tejado. Tengo los clavos en el bolsillo de la chaqueta y el martillo donde siempre ha estado, en una de las presillas del pantalón.

Agnes me saluda con la mano al verme aparecer en el tejado, y acto seguido escribe una nota y se la entrega a Evan.

—No pienso decirle nada —le escucho decir al leerla

Agnes lanza una de sus miradas a Evan, que durante su corta convivencia parece haber aprendido que lo mejor que puede hacer es obedecer.

—¡Eh, tú! —se dirige a mí de forma despectiva—. ¿Quieres cenar con nosotros? —Se sobresalta al notar un golpe en la nuca propinado por una pelota de papel.

Parece que la muda no utiliza el cuaderno sólo para escribir.

Una sonrisa aparece en mis labios.

—Tengo cosas que hacer.

—Te lo dije —dice Evan en voz baja—, este tío no quiere saber nada de nadie. —Vuelve su vista hacia mí—. Sólo piensa en sí mismo. —Noto el rencor en su mirada—. Es un idiota que no merece tener una amiga como tú.

Este chaval te odia más que tú mismo.

Desde la distancia advierto el rostro enfadado de Agnes, Evan da un paso atrás sabiendo muy bien cómo se las gasta, pero pasa de largo ignorando su existencia. Observo al chaval relajarse en el acto.

Ha salvado el culo de un mequetrefe. Y el cuello de una soñadora.

Se coloca bajo el tejado y escribe otra de sus notas sin dejar de mirar a su alrededor. Lanza la bola con fuerza y golpea en la base de la salida de humos de la chimenea. Tengo que forzar mi dolorida espalda para que no caiga al suelo.

Si luego quieres pasarte...

Mi casa es tu casa.

—Tengo que acabar aquí. —Agarro el martillo para seguir con lo mío—. Gracias, Agnes.

Efectúa un saludo militar acompañado por una sonrisa y se marcha con Evan. Mayka, impassible desde la puerta, está viendo cómo se desarrolla la situación. Ha entendido que para Agnes soy mucho más que el tipo que la traje aquí.

—No acercarse a nadie. —Un sentimiento que no quiero aceptar—. Solo traen sufrimiento.

Bien dicho, amigo. Solos tú y yo.

Prosigo con mi construcción sin pensar en nada más que en la obra que estoy realizando. En casa de Agnes todo está en silencio, pero las sombras de la planta superior me hacen saber que los tres están preparándose para cenar.

Estos dos pájaros se van a comer todas las provisiones de la muda. Luego vendrá a pedirnos a nosotros.

—Y estaremos para dárselo.

De eso nada. Que lo hubiese pensado antes de invitar a la familia zampabollos a su casa.

—Aquí tienes el coche que te prometí.

El vehículo es bastante viejo y parece que está a punto de perder la batalla contra la vida.

—Gracias, Lilian.

El dolor de pecho no ha desaparecido, pero es posible que después de haber sufrido pérdidas tan duras soy más tolerante a cualquier otra dolencia.

—¿Estás seguro de querer marcharte? —Asiento decidido—. Este es un buen lugar si quieres volver a empezar.

Por lo poco que he observado a través de la ventana de mi habitación, sé que no miente. Al menos hay cincuenta personas con todo lo necesario para sobrevivir.

¿Por cuánto tiempo? Este risueño grupito tiene los días contados.

—Agradezco tu hospitalidad, Lilian. —Alargo el brazo y le ofrezco mi mano—. Pero mi sitio está ahí fuera

—De acuerdo. —Se apoya sobre la ventanilla abierta—. Si cambias de opinión, recuerda que tienes cabida con nosotros.

—Gracias por todo. —En su mirada noto que entiende mi decisión.

Arranco el coche y Lilian le hace una señal a un tipo que se encuentra subido en la parte alta de la valla de metal, que rodea y protege todo el complejo, para que abra el portón de acero. Siento los nervios a flor de piel por tener que salir a las peligrosas calles, pero no tendré que hacerlo durante mucho tiempo. Estoy a pocos kilómetros de la granja.

Salgo del refugio y el sol del invierno atraviesa el parabrisas y logra cegarme. Bajo el parasol y me concentro en la conducción. La carretera por la que circulo está limpia de cadáveres, lo cual me permite aumentar la velocidad y acortar el tiempo de viaje por este mundo hostil. Siento alegría de no haberme despertado lejos.

¡PAPÁ! ¡PAPÁ! La voz de mi hijo pidiendo ayuda se repite una y otra vez en mi mente.

Deja de pensar en el pasado y estate atento.

Giro en el cruce que me lleva al pueblo donde los asaltantes de la granja campaban a sus anchas y no puedo evitar las lágrimas al visualizar el cartel que indica la distancia hasta el municipio.

—¡PARE, POR FAVOR! —grita un hombre de pelo canoso y rostro arrugado por la edad, acompañado por una chica joven.

No te preocupes por nadie. Ya has perdido demasiado.

Aminoró la marcha.

—Salvaguardar mi vida no está entre mis prioridades.

Pues, debería estarlo. ¿Quieres romper las promesas que hiciste?

Piso el acelerador cuando el anciano y la pequeña empiezan a correr hacia mí.

—No quiero. No.

Puedo observar por el retrovisor al hombre haciendo aspavientos con los brazos y a su acompañante arrodillarse en el suelo vencida por mi falta de ayuda.

Bien hecho, chaval.

Pierdo de vista a la pareja de caminantes y me centro en llegar a mi destino. Estoy a unos pocos kilómetros.

—Pobre gente.

Eso díselo a tu hijo. A ver qué opina.

—Si Ryan estuviese sentado aquí... —miro el asiento del copiloto—, me hubiese obligado a parar.

Que te pasas el cruce, inútil.

Piso con fuerza el pedal del freno y una nube de humo con aroma a caucho quemado penetra por los recovecos del vehículo. Retrocedo unos metros y, atenazado por el miedo de regresar al lugar que tanto anhelaba, tomo el cruce que lleva al pueblo.

Has hecho bien en largarte de eseantro.

—En este momento lo dudo.

Era un refugio bien protegido y su modo de vida es muy parecido al que había antes de la llegada del manto.

Disipa tus dudas, chaval. Son solo unos cuantos cadáveres andantes. Aunque aún no lo saben.

—La verdad es que lo tienen bien montado.

Creen que todo va a salir bien. No me hagas reír. En el nuevo mundo la antigua forma de vida tiene los días contados.

Me arrepiento al instante de esta pequeña charla con mi yo molesto, pero solo lo tengo a él.

Nos tenemos el uno al otro. Ni yo mismo podría haberlo expresado mejor.

Diviso la granja a unos cientos de metros y detengo el vehículo. El corazón me late apresurado, el labio inferior me tiembla y uno de mis ojos parpadea sin mi permiso. No tengo los suficientes arrestos para afrontar los vagos recuerdos que guardo del asalto.

Si acabas rápido, mejor para nosotros.

—No pienso correr. Necesito pasar un rato con mi hijo.

No te va a perdonar, idiota.

—Cierra el pico.

Noticias frescas. Dejaste morir a los tuyos porque te faltaron pelotas.

—No intentes que cambie mi manera de ser. —Mi yo interno me está sacando de quicio—. No pienso seguir tus pautas. —Hago todo lo posible por mantener la calma.

Da igual lo que hagas a partir de ahora. Lo has perdido casi todo.

—He perdido todo lo que me importaba en la vida. —Muestro mi enérgica repulsa a la parte más oscura de mí.

No pierdas la vida y nos llevaremos bien.

Lleno de aire mis pulmones y noto una punzada en la herida.

—¿Me tiene que doler en este preciso instante?

Tengo la ilusoria esperanza de poder afrontar el cúmulo de recuerdos que me trae la granja. Antes de toda esta barbarie, hubiesen sido gratos. En este momento solo pasan por mi cabeza los más dolorosos.

—Acabemos con esto —susurro a mi imagen llorosa del espejo retrovisor.

Me pongo en marcha sin pisar apenas el pedal del acelerador, y como si no quisiese llegar nunca, dejo caer el coche por su propio peso durante el corto trayecto desde la pequeña loma hasta la granja.

No puedes retrasar lo inevitable.

—Lo sé.

Detengo el vehículo a unos metros de la puerta y mi vista se dirige al lugar en el que caí tras recibir el disparo. En el suelo continúa el cadáver del tipo que mató Conney.

Lo que eran unas pocas lágrimas de dolor se convierten en una cascada por las atormentadas imágenes que recibo en mi memoria al mirar el porche.

Quedan dos horas hasta el amanecer y por fin he terminado mi puesto de guardia. Los tipos que esperábamos no han regresado y, viendo lo que resta para que fenezca la noche, no creo que tengan pensado hacerlo.

Por lo menos hoy. Atento mañana.

—Mañana será otro día.

Me coloco los cascos del reproductor musical que me regaló Agnes y, al escuchar el piano de Ludovico Eunaldi, los pelos de mis brazos empiezan a erizarse.

—Sabe defenderse sola.

La madre que me parió. ¡NOSOTROS NO NOS PREOCUPAMOS POR NADIE! ¡PORQUE SOLO...!

—Traen sufrimiento. —Mis labios forman una irónica sonrisa—. Déjame escuchar música en paz.

Si te dejase en paz estaríamos muertos. ¿O has olvidado la última vez que pisaste el granero de tus cuñadas?

—Deberías agradecerle a Agnes que desde que la conocimos no se me han pasado locuras por la cabeza —finalizo mi argumento sin dar tiempo a que Rimmer proteste—. Tampoco tengo pesadillas cuando está cerca.

Aguantar las pesadillas o sentir de nuevo el dolor de la pérdida. La elección es fácil, atontado.

—Me metería dos vasos de whisky entre pecho y espalda solo por no escucharte.

Me vas a escuchar cuando a mí me salga de las pelotas. ¿Lo has entendido?

—A la orden, capitán Rimmer. —Acomodo mi espalda en la posición menos dolorosa—. Y ahora, déjame en paz.

La calma que siento, ayudada por la música, me lleva a un estado de relajación total. No pienso en el mundo que me rodea, ni en mis pérdidas pasadas. Solo me dejo acunar por la melodía hasta quedarme traspuesto.

No te duermas, cabezón.

La voz incesante de Rimmer se escucha a miles de años luz. El piano del maestro Ludovico lo acalla.

¡DESPIERTA!

—Ni siquiera me dejas descansar tranquilo un rato. —Me incorporo malhumorado—. Sería mejor que dejases de cuidar de mí.

Vigila hasta el amanecer.

Me acerco a la ventana y advierto que mi descanso apenas ha durado unos minutos.

—Algún día descubriré cómo lograr que te esfumes para siempre.

Odio a Rimmer con todas mis fuerzas.

Vale, vale. Lo que tú digas. Ahora deja de gruñir y espabila de una maldita vez.

Recojo las sobras de la cena y las guardo en la nevera funcional de mi pequeño oasis. Dos golpes suenan en la puerta de entrada. Hace unas semanas me hubiese alertado poniendo a prueba mis nervios, ahora sé que es Agnes que quiere pasar tiempo conmigo.

No te descuides.

Extraigo el arma de la cintura del pantalón y la empuño con decisión, sin que el pulso me tiemble y sin sentir miedo.

Bien hecho. Así te ahorras que al abrir la puerta te peguen un tiro en la cara.

—Qué optimista.

No quiero que me vuelen la cabeza por tu ineptitud.

—Relájate, machote. —Miro por mi hueco habitual en la ventana—. Si se pierde alguna cabeza será la mía. —Agnes regresa a su refugio mirando hacia mi casa con una sonrisa cargada de afecto.

¡LA NUESTRA! Jodido egoísta. ¡LA NUESTRA!

Abro la puerta de entrada, y al descubrir lo que Agnes me ha dejado en el suelo. —¡Dios mío! —Las lágrimas aparecen en mi rostro.

A mi cabeza viene la imagen del día que se marchó y, al entender su motivo, no consigo asimilar que arriesgase su vida saliendo a un mundo tan peligroso como el nuestro a buscar lo que más anhelo.

¿No te parece raro que se jugase el pellejo por unos melocotones y un

libro? Algo nos está ocultando la muda.

Recojo el ejemplar casi nuevo de *Tom Sawyer* y la nota que ha dejado encima. No puedo creer todo lo que hace por mí.

En eso estoy de acuerdo. Y tú la echaste de casa.

—La echamos los dos. —Cierro la puerta de entrada enjugándome las lágrimas—. No quieras escurrir el bulto.

A mí no me culpes de tus cagadas. La culpa no es siempre del consejero.

—Estoy demasiado feliz para discutir contigo.

Mis ojos, a punto de secarse, vuelven a humedecerse al leer la nota.

Deseo con todo mi corazón que este insignificante detalle te acerque a tu hijo

PD: Disfrútalo, Mendruguito

—Gracias, pequeña.

Me dejo caer en el sofá sintiendo mi desagradable dolor lumbar y aferrando mi tesoro en un melancólico abrazo lleno de recuerdos dolorosos que se difuminan cuando llego a un estado de sueño casi profundo.

Subo las escaleras del porche y a través de un velo lacrimal observo los agujeros de bala en las protecciones de madera que habíamos acoplado a las ventanas. La enorme rotura de la puerta de entrada indica que la contienda fue brutal.

En el suelo hay un charco de sangre seca donde se había desplomado el cuerpo de mi cuñada. Incluso la escoba está a unos metros.

—Lo siento, Karen.

Entro en la casa y, antes de llegar a la puerta que lleva al salón, advierto los pies de otro cadáver asomando por el quicio.

Es el cabecilla de la banda.

—¡Jódete, cabrón!

Agradezco a los hombres de Lilian, desde lo más profundo de mi corazón, que dieran pasaporte a este monstruo.

Deberías habérselo dado tú en lugar de permitir que te hicieran el trabajo sucio.

Piso por encima de algunos casquillos de bala y cartuchos de escopeta, intentando evitar que las suelas de mis botas toquen la sangre seca que acompaña al cuerpo. La televisión está tirada en el suelo y el sofá de tres plazas ha sido apostado como barricada en una de las ventanas.

En la cocina, la nevera se encuentra vacía y las alacenas abiertas. En el suelo hay gran cantidad de vajilla rota junto a un charco de sangre. Los recuerdos se me agolpan todos a la vez. Intento no volver a llorar, pero no lo consigo.

Puto llorón. Si hubieses tenido los huevos de cargártelos, no estaríamos así.

—Gracias otra vez por tus ánimos.

A servir. Para eso estamos.

En el tramo de escalera no hay ni un solo casquillo, algo que me extraña viendo la cantidad que hay en el descansillo. Advierto que las paredes y las puertas de las habitaciones de la planta superior están agujereadas igual que

las del piso de abajo.

Entro en la habitación de mi hijo y la encuentro impoluta, ni un solo agujero de bala y la cama tan pulcra como cualquier mañana del viejo mundo. Sobre la mesilla de noche diviso el libro de Julio Verne que estaba devorando. Lo cojo y me sorprende que ninguna lágrima caiga por mi mejilla.

—Tendremos que dejarlo para cuando estemos juntos de nuevo.

Mi mente recrea una imagen clara de *Tom Sawyer*.

Dentro de mucho tiempo, si puede ser.

Asomando por una esquina del libro, advierto un trozo de cartón blanco. Lo extraigo y al descubrir de qué se trata, me siento en la cama y todas las lágrimas que no han querido brotar deciden que es hora de aparecer en una riada que parece no tener final.

Es la vieja fotografía familiar navideña que estaba sobre la chimenea con unas velas tras la muerte de mi mujer, y que Ryan decidió utilizar como marcapáginas.

—Os quiero.

Me la guardo en el bolsillo mientras me enjugo las lágrimas y me aseguro de que esté cerrado para no perderla.

No me siento con fuerzas necesarias para continuar, pero me obligo a entrar en la habitación de mis cuñadas con el fin de encontrar el arma que Conney escondía tras el pie del lavabo del cuarto de baño.

La cama está cubierta de sangre y orina. Por mi mente pasan crueles imágenes de lo pudo ocurrir, y en todas aparece mi hijo. Sin sumirme en el dolor que me provoca el coloreado colchón, me dirijo al baño, y junto al lugar que pretendo escrutar para coger la pistola, el hijo del jefe de la banda yace tumbado con los ojos abiertos y un perfecto agujero de bala en la frente.

—Tienes lo que te mereces, cabronazo. —Sintiendo cómo el odio se apodera de mí, escupo en el mentón del cadáver—. Y tu viejo también.

Paso por encima del cuerpo, me agacho en el lavabo e introduzco la mano palpando lo que hay donde no alcanza mi vista. Noto el frío tacto del cañón y la empuñadura nacarada. A pesar de mi rechazo a las armas de fuego, no niego la seguridad que me ofrece tener un revólver entre las manos.

Es hora de largarse.

Guardo el arma en la cintura del pantalón y me marchó de la casa con paso rápido, sin mirar atrás.

Fuera, el cortante frío penetra en mi pecho haciendo que se intensifique el dolor de la herida. Desvíó mi mirada hacia el granero y comienzo a caminar dedicando una buena dosis de esfuerzo para conseguirlo. Mis pies no quieren ir hacia donde yace mi familia.

Retiro la mirada del lugar donde me recogieron los hombres de Lilian y del cadáver tendido en el suelo. Intento centrarme en acabar lo que he venido a hacer, pero a medida que rodeo la estructura de madera, mi cuerpo comienza a temblar.

Detengo mi paso un instante, intentando reunir las fuerzas suficientes para afrontar el dolor que me espera.

—Puedo hacerlo.

Al doblar la esquina, veo cinco tumbas, tres recientes. Me enfado conmigo mismo por no saber en qué fosa descansa mi hijo.

¿Acaso importa?

—A mí sí me importa.

Al menos los han enterrado. Además, juntos, quejica de mierda.

Siento una enorme debilidad en mis piernas y lo mucho que les cuesta aguantar el peso de mi cuerpo. Tambaleante y afligido, me dejo caer de rodillas frente a los nichos de mi amada familia.

El potente sonido de un disparo en la calle atraviesa la melodía que estoy escuchando y penetra en mi cerebro. Asustado, dejo caer el libro al suelo y me levanto de un salto sintiendo una sensación que no he vuelto a tener desde que comenzó el manto.

—Rápido, larguémonos de aquí —escucho protestar a una voz desconocida mientras llego a mi mirilla particular de la ventana.

Al mirar afuera, diviso un vehículo frente a mi puerta. Un tipo corpulento introduce a Agnes en su interior. Dejo la ventana para salir a la calle, y cuando estoy a punto de llevar mi mano al pomo...

Papá, papá, prométeme que vas a cuidar de mamá y de Ryan.

Rimmer me lanza un misil tierra-aire con la voz de mi hija. Me conoce muy bien y sabe la manera de frenar mis impulsos.

Y prométeme que tú también te cuidarás.

—No salgo. Cálmate.

Escucho el inconfundible rugido de un motor que se aleja y el potente sonido de un intercambio de disparos. ¡Agnes!, digo elevando el tono y sintiendo una enorme sensación de tristeza al regresar a mi punto de visión seguro.

—¡Se la han llevado!

No es nuestro problema.

En la calle, Evan se enfrenta a uno de los miembros de la banda que no conozco. El mismo que posó su trasero en el capó, dejando relucir su prominente calva el primer día que aparecieron, está en el suelo tras los restos de un viejo coche que expira el último aliento de su chapa original.

—Billy, este hijo de perra me ha matado —su voz tenue y asustada me indica que no tardará mucho en dejar de llorar por su mala suerte—. Tengo sed.

—Aguanta, hermanito. —Dispara dos veces apuntando en la dirección donde se oculta mi vecino—. Saldremos de esta.

Diviso el escondrijo de Evan cuando le devuelve los disparos. Reviso el

vecindario y distingo a Mayka resguardada tras una de las casas del barrio. El chaval no se aleja de su madre; pese a su juventud, sabe protegerla.

Mejor de lo que supiste hacerlo tú.

—¡Voy a matarte, pedazo de cabrón! —vocifera aceptando que la vida de su hermano se extingue sin poder prestarle ayuda.

—¡El calvorota de tu colega va a palmarla solo! —responde Evan elevando el tono de voz.

Miro al lugar de donde proviene y descubro que ha cambiado de escondite. Está agazapado tras uno de los pequeños contenedores de basura del barrio.

—Voy a salir.

No vas a hacer nada.

—Este tío está muy cabreado —susurro a una habitación tan solo ocupada por mí y mi inseparable compañero—. Se va a cargar a Evan.

Me da igual. Yo solo te protejo a ti. Vuelve al sofá y deja que se las apañen solitos.

Obedezco a Rimmer, como siempre hago, y me dejo caer en el sillón sin preocuparme por nadie más que por mí mismo. Mi pie izquierdo pisa el libro que me ha regalado Agnes y de nuevo mis ojos se nublan.

—Me salvó la vida dos veces. —Por mi mente pasan los pocos momentos que he vivido a su lado—. Se lo debo.

No le debes una mierda.

Recojo el libro del suelo.

¿Cuánto me debes a mí, desgraciado?

—Muchas, Rimmer, muchas. —Noto su maravilloso tacto entre mis dedos—. ¿Es lo que quieres oír?

Exacto. ¿Y cuándo tienes pensado devolverme el favor?

Antes de que pueda contestarle.

Ya te lo digo yo. ¡NUNCA! Jodido egoísta.

Lanzo el libro contra la pared, enfadado sobremanera con Rimmer.

A mí no me culpes de tus torpes meteduras de pata.

De su interior sale una de las notas escritas por Agnes, y vuela con gracilidad hasta posarse junto a una pata de la mesa.

Hablo a una tumba que no sé a quién pertenece.

—Juro no romper mis promesas. —Solo distingo las fosas de mi hija y mi mujer— ¿Qué va a ser de mí? —He perdido todo lo que me importaba—. ¿Cómo voy a vivir sin vosotros en este asqueroso mundo? —Ni siquiera sé si tendré fuerzas para continuar con mi vida.

De eso me encargo yo.

La humedad de mis ojos me nubla la vista. Un pájaro se posa sobre la tumba de Lucie y siento una pequeña brisa de esperanza al contemplar que, pese a la dura prueba que le ha tocado soportar, el planeta continúa viviendo.

¿Acaso creías lo contrario? Mira que eres iluso. La humanidad se irá a la mierda y el planeta seguirá su giro.

—¿Lucie, recuerdas cuando nos casamos? —No hago caso a mi pensamiento más fúnebre—. Estabas preciosa. —El frío invernal detiene su imparable fuerza durante unos instantes—. Qué suerte tuve al conocerte. — Puedo notar un leve ascenso de la temperatura en mi cuerpo.

Aquí estamos en peligro. No seas moña. Abrevia, joder.

—No sé para qué apareces. —Mi yo interno no me permite ni un breve momento para despedirme de mi familia—. Solo sabes joderme a base de bien.

Desagradecido.

Me incorporo para no tener que aguantar sus impertinencias por más tiempo y camino hacia el granero. Soy rabia y dolor. Noto una leve dolencia al estrellar mi mano cerrada contra la madera, pero algo invisible en el acto de golpearla hace que me sienta mejor. Repito la acción lanzando un puñetazo con todas mis fuerzas y una nueva oleada de calma me invade. Continúo proyectando golpes mientras pienso en mis seres queridos. En las dolorosas y crueles muertes de Lara y Ryan. En la imagen de cómo se marchó mi esposa dejándonos solos.

Se ha ahorrado mucho sufrimiento.

La sangre brota de mis nudillos y se adhiere a la madera tiñéndola de un

rojo más oscuro con cada golpe que propino. La fuerza ejercida por los puñetazos consume mi escasa energía y desfallezco arrodillándome en el suelo, llorando, expulsando fuera de mí el tormento que he guardado y que ha roto mi corazón en pedazos.

Desahógate de una vez. Tenemos que largarnos.

El sonido de la puerta del granero golpeando contra el tablón que la cierra logra que regrese a la realidad. A duras penas consigo caminar con soltura, pero creo tener la fuerza suficiente para acabar con mi sufrimiento de una vez por todas.

Entro en el granero y no puedo obviar un envite de dolor al visualizar la viga de donde colgaba mi mujer. La cuerda que corté se balancea con un estridente sonido. Arrastro la mesa de trabajo que utilicé para descolgar el cadáver de mi esposa y la acerco al mismo lugar.

¿Qué piensas hacer, descerebrado?

Subo a la mesa que se mueve bajo mis pies.

—Tienes que aguantar, pequeña —me escucho balbucear a un objeto inerte.

Recuerda la promesa que le hiciste a Lara.

Cojo la cuerda y hago un resistente nudo que pueda soportar mi peso.

—Le he fallado. No he podido protegerlos.

Siento su aspereza al rodear mi cuello.

No le fallarás si te proteges tú.

El sudor desciende por mi frente mezclándose con las lágrimas más amargas. La mejor manera de acabar con todo es dejarme caer sin pensarlo dos veces y hacer que mi sufrimiento se vaya de una vez por todas.

Me vas a matar, pedazo de cabrón.

—Tú eres yo, ¿recuerdas?

Miro al suelo en mis últimos momentos de vida y recabo los mejores recuerdos para grabarlos en mi cerebro.

—Si es cierto que existe el más allá, todo lo que rememore me lo llevaré conmigo.

Cabeza de chorlito, los suicidas van al infierno.

—¿Más doloroso que este? No creo.

¿Romperás la promesa que le hiciste a Ryan?

A mi mente llega acelerado el recuerdo del último día con mi hijo, uniendo nuestros meñiques, y prometiéndole que no acabaría como su madre.

En el infierno.

Durante unos instantes que me parecen días, sopeso la acción que pretendo abordar.

—Contras: Romperé las promesas que les hice a mis hijos.

La mesa está a punto de desmoronarse y noto la fragilidad de mis rodillas.

—Pros: Vivir en este salvaje mundo es muy duro y hacerlo en soledad será inaguantable.

El ululante viento roza mi rostro aclarándome las ideas.

¿Sopesado? Bien.

Bajo de la mesa con cuidado de no romperla.

Los pros han pesado más que los contras y he decidido vivir, al menos de momento, para cumplir mis juramentos.

—No ha sido gracias a tu ayuda, Rimmer.

¿Rimmer? Me gusta el nombre.

No sé cómo ha llegado a mis recuerdos la imagen del personaje más detestable de *Enano Rojo*, una de mis series favoritas en la adolescencia.

—Te viene que ni pintado.

Un tipo rastrero, egoísta, desagradable e insufrible.

Lo que tú digas. Ahora rapiña todo lo que nos sea útil y larguémonos de aquí cagando leches.

Me levanto como un resorte para recoger la que podría ser la última nota que lea de Agnes.

***Si quieres deshacerte de tu yo interno,
rememora tus recuerdos más felices.***

A mí me funcionó.

La enorme risotada mental de Rimmer resuena en todo mi cráneo.

Esta muda le da a la botella más que tu cuñadita.

—¿Qué te parece si hacemos la prueba y vemos qué pasa?

Puedes experimentar todo lo que quieras. Yo me largaré cuando me salga de las pelotas. Tú ni pinchas ni cortas.

—Eso ya lo veremos —mi tono desafiante parece que no le hace mella—. En este momento tengo otros asuntos más importantes de los que ocuparme.

Ni se te ocurra acercarte a la ventana.

—¿A la ventana? —Miro por el hueco dejando escapar una risita.

No salgas, cabronazo.

El tipo que se enfrenta a Evan continúa en el mismo sitio. Los disparos han cesado y ambos esperan a que su enemigo cometa un error.

Lo observo dándome la espalda, sin dejar de mirar por encima del capó para vigilar los posibles desplazamientos de mi vecino. Evan hace lo mismo asomando parte de la cabeza por encima de su trinchera.

—Vamos allá.

Vas a romper tus promesas, pedazo de cabrón. ¿Para qué llevo tanto tiempo esforzándome en proteger tu culo?

—En seguida estoy contigo, amigo.

Noto que mis labios se tuercen en una sonrisa mientras pienso en la inminente muerte de Rimmer.

Otra risotada mental.

La muda sí que va a diñarla.

Será difícil expulsarlo.

No lo sabes tú bien.

Abro la puerta y corro en silencio hasta el pozo. Su atención centrada sólo en Evan me da margen suficiente para desplazarme sin peligro.

Mi vecino levanta la cabeza al distinguir una silueta moviéndose, momento que aprovecha el agresor para dispararle. La bala pasa cerca del chaval, que se protege de nuevo tras su escondite.

¡Vuelve a casa! ¡Es una orden!

—Has matado a mi hermano —grita exaltado al mirar el cuerpo sin vida a unos metros de su posición—. Cuando vuelvan mis colegas te voy a matar despacio. —Se ríe con tal fuerza que se escucha en todo el vecindario—. Y me voy a follar a tu vieja mientras miras.

—Tus amigos puede que vuelvan, pero tú no estarás aquí para recibirlos. —Evan se asoma y dispara cabreado.

Ni se te ocurra. Recuerda tus promesas. Me ha costado mucho esfuerzo lograr que las cumplas.

Antes de que el tipo profiera otra amenaza contra Evan, corro sigiloso y agazapado hasta donde se encuentra resguardado. Está tan atento al chico que ha matado a su hermano, que ni siquiera me escucha acercarme por su espalda.

—¡Eh, tú!

Cuando está girando la cabeza para dirigir su mirada hacia mí, lo golpeo en la cara con la culata del rifle.

El tipo es duro y no cae inconsciente, sólo emite un leve grito de dolor. Lanzo otro ataque y, en esta ocasión, imprimo tanta fuerza que escucho cómo se le parte la nariz. Cae sin conocimiento a un lado del oxidado coche con el que se protegía.

Me incorporo para que Evan sepa que no hay peligro y veo a su madre ponerse en pie y asomarse por la esquina donde estaba agazapada, rezando por la vida de su hijo.

—Tú, ven conmigo —le musito agarrando una de sus piernas y tirando del cuerpo inconsciente hasta la puerta de mi casa. No siento ningún dolor en la

espalda al transportarlo.

¿Qué coño haces?

—Enseguida estoy contigo. No tengas prisa.

—Suéltalo, cabronazo —espeta Evan a mi espalda. No sé cómo ha podido llegar tan rápido.

—Vete a casa con tu madre, chico. —En este momento no tengo tiempo que perder. Cada segundo de disputa con mi vecino es uno que pierde Agnes.

—¿Se han llevado a Agnes y encima lo vas a ayudar? —Levanta la pistola apuntándome directo a la cabeza—. Suéltalo o disparo.

Te lo dije. No rompas tus promesas. Esto no es asunto nuestro. Nos ha ido bien estando solos. ¿Por qué coño no me escuchas?

Dejo caer la pierna del tipo y camino decidido hasta colocarme frente a Evan.

—Si vas a disparar, hazlo de una jodida vez.

Doy un paso hacia delante y observo que le tiembla la mano.

Ten cuidado, que este inútil tiene el dedo muy flojo.

—Hijo, no lo hagas, por favor —le implora Mayka acercándose a nosotros.

—Haz caso a tu madre, chico.

—Mamá, sabes cómo es de cabrón este tío —protesta Evan enfadado—. Va a ayudarlo y se han llevado a Agnes.

Mayka debe de advertir en mi cara que, o se marchan, o les saldrá muy caro, porque se aproxima hasta su hijo con la mayor decisión mostrada desde que la conozco.

—Déjalo. No quiero problemas.

Está muerta de hambre, debe ser pacifista. Cambia de frase, joder.

—Chaval, está a punto de amanecer y es mejor que estéis a cubierto. —Agarro la pierna de mi rehén—. Sigue cuidando tan bien de tu madre. No la cagues ahora. —Le doy la espalda esperando escuchar un disparo que atravesase mi cuerpo.

¿Tú das consejos sobre no cagarla? Vamos, no me jodas. Pareces un político hablando de transparencia.

Entro en mi casa, cierro la puerta y dejo a Mayka y a su hijo tomando la

decisión sobre su próximo paso.

No lo hagas.

Abro la puerta del sótano y, al bajar las escaleras, sonrío con cada golpe en los peldaños que recibe la cabeza de mi rehén.

Todavía estás a tiempo de no matar.

—¿Quién te ha dicho que voy a matarlo?

Dejo el cuerpo y subo al salón a por una de las sillas.

Yo soy tú, ¿recuerdas?

—Entonces, deberías saber que por mi cabeza no pasa la idea de matar.

Entro al garaje a por la cinta americana y regreso al sótano con ambas cosas.

Mi enemigo sigue en el reino de los sueños —o de las pesadillas—. Susurro sin sentir dolor lumbar al levantarlo y colocarlo en la silla.

—Descansa ahora que puedes, no te espera nada bonito.

Rodeo sus muñecas y tobillos con una gran cantidad de cinta hasta tenerlo amarrado con la seguridad de que no conseguirá escapar.

¿Y ahora qué? ¿Le vas a contar un cuento hasta que se muera?

—Te aseguro que este tipo va a cantar. —Me cercioro de que esté bien apesado—. Ahora es el momento de darte tu medicina.

Qué piensas hacerme, cabronazo.

Subo al salón y compruebo que ya es casi de día.

—¿Empezamos por Ryan o prefieres por Lucie?

Me tumbo en el sofá y me coloco los cascos para dejarme llevar por la música, procurando prestar atención a lo que pueda ocurrir fuera.

Jódete, hijo de perra.

—Mamá, ¿puedo tirarme desde el neumático?

La felicidad de Ryan por el fin de semana en el lago me hace sentir que tengo una familia increíble.

Mi esposa me lanza una mirada cómplice.

—Claro que puedes, cariño.

—Papá, ¿te vienes? —Su pierna no para de moverse.

—Dentro de un rato voy.

Quiero leer la prensa. Mi empresa ha tenido pérdidas irreparables este año y mi trabajo pende de un hilo.

—Vamos, enano. —Lara lo coge de la mano—. No seas miedoso.

—No —protesta decidido—. Tú me tiras al agua a traición.

Mi hija muestra una sonrisa pícara.

—Que no te hago nada. —Intenta taparla con la palma de la mano—. Eres mi hermano pequeño.

Ryan la mira desconfiado, pensando la decisión que va a tomar.

—Vale, pero no me hagas aguadillas.

—Que no te hago nada, pesado. —Lara comienza a caminar sin dejar de sonreír.

—Como me estés engañando, se lo cuento a mamá.

Los contemplo alejarse sintiendo un gran orgullo por mis hijos.

Abro el periódico por la página de economía.

—Tranquilo, amor mío. —Lucie no levanta la vista de la publicación que está leyendo—. Saldremos de esta. —Siempre encuentra palabras alentadoras.

Miro sus ojos achinados y siento que estoy casado con la mujer más hermosa del mundo. Lo tiene todo.

—Podemos tirar de los ahorros. —Deja de mirar la revista para fijar su mirada en mí—. ¿Para qué hemos estado guardando dinero entonces?

—Para la universidad de los chicos.

No deseo utilizar el dinero que con tanto afán guardamos para nuestros hijos.

—Estoy segura de que cuando llegue el momento conseguiremos el dinero —dice cerrando la revista ante la importancia del tema—. Tengo el mejor marido del mundo, siempre se esfuerza cuando la familia lo necesita — musita rozando sus labios con los míos.

—Mamá, mamá... —Ryan viene gritando y calculando por encima del hombro la distancia que lo separa de su hermana.

—¿Qué te ha hecho Lara, mi amor?

Desde que mi hijo aprendió a nadar el año pasado, su hermana siempre le gasta bromas.

—Tienes cinco años y eres un miedoso. —Mi hija no puede ocultar su sonrisa.

—Me ha cogido por las piernas y me ha hundido mucho, mucho. —Mira a su hermana con rostro aterrorizado—. Creía que me ahogaba.

Mi mujer se tapa la boca con la mano para disimular su risa.

—¿Te ha cogido por las piernas y te ha hundido? —Dice procurando contener la comicidad para que Ryan no se enfade.

—Sí, eso. —Se abraza a su madre—. Y me ha cogido muy fuerte.

—¿Quieres que vaya yo contigo? —Deja caer la revista sobre la hamaca al ponerse en pie.

—Tú no vienes, Lara.

—Tranquilo, enano. —Le saca la lengua—. Me quedo aquí con papá.

Su mirada me dice que no se fía de su hermana. Agarra la mano de su madre y ambos se alejan por la orilla. Lara se tumba a mi lado con su pícara sonrisa.

—Te encanta hacer rabiar a tu hermano.

—Tengo que ejercer de hermana mayor. —Me hace gracia contemplar cómo piensa mi hija con diez años—. Ryan no lo dice, pero se divierte un montón cuando lo hago rabiar.

—Pues, no parece que esté muy contento. —Mi hija ya se ha levantado y camina en dirección a su hermano y su madre—. Allá vamos otra vez.

Desde la distancia puedo observar a mi pequeño salir del agua a toda velocidad al percatarse que su hermana mayor se aproxima a nado. Mi hija lo persigue por la arena hasta que lo atrapa justo antes de llegar a la pequeña arboleda que rodea el lago. Ryan intenta soltarse de un ataque masivo de cosquillas, sin mucho afán por conseguirlo, mientras se retuerce riendo a carcajadas. Ya ha olvidado la última aguadilla.

—No pueden estar juntos —dice mi mujer llegando a mi lado—, ni tampoco separados. —Se sienta en la hamaca—. Me recuerdan a Karen y a mí cuando éramos niñas. —Su expresión entre melancólica y soñadora me hace tener unas ganas enormes de besarla—. A mi hermana le hice un montón de trastadas, pero siempre sintió mi amor por ella.

Todos queremos a Karen y Conney. En especial Ryan, que tiene una fuerte conexión con sus tías. Cuando visitamos su granja, mi hijo se pasa la mayor parte del tiempo a su lado.

—Voy a sacar la comida —susurra mi mujer mirándose el reloj—. No quiero irme muy tarde a casa.

Me incorporo y hago una señal con el brazo a mis hijos para que sepan que es la hora de comer. Lara se levanta del cuerpo de su hermano y le tiende la mano. Ryan la coge como si todas las bromas anteriores no hubiesen existido.

Seco mis ojos llorosos por lo que acabo de rememorar y camino al sótano para concluir lo que me he propuesto.

Estoy aquí.

—Por poco tiempo

Y más fuerte que nunca.

—De momento.

Te has tragado la gilipollez de la muda. Entérate de una jodida vez. Yo no muero hasta que no lo hagas tú.

Al entrar en el sótano observo que mi rehén ha despertado. Sus ojos se mueven sin dirección definida e intenta zafarse de los amarres sin lograrlo.

—Mira, tío —digo mientras me acuclillo poniéndome cara a cara—, si me dices lo que necesito saber, será mejor para ti.

Se mueve con energía intentado soltarse de una prisión de la que no podrá escapar.

—Solo tienes que decirme dónde se han llevado a la chica.

Le quito la mordaza pegajosa y gris de los labios.

—Que te jodan, hijo de perra.

Mueve la boca intentando acabar con el escozor, pero se la vuelvo a tapar. Debo acortar la fase en la que todavía siente valor.

—¿De verdad quieres pasar por esto?

Me pongo de pie y camino dándole la espalda hasta la pared.

—Tarde o temprano me dirás lo que quiero saber.

Giro sobre mis pies y saco el martillo de la presilla del pantalón. Sus ojos se posan en el arma y con enérgicos movimientos efectúa otro vano intento por soltarse.

—Marca dónde os escondéis.

Coloco mi viejo mapa sobre sus rodillas.

Intenta decirme algo y le quito de nuevo el trozo de cinta que le impide

hablar.

—Mis colegas van a volver y te van a matar, bastardo.

¿Podemos hablar?

—No es el momento, Rimmer. —Mi enemigo me lanza una mirada asustada mientras tapo su boca—. Luego estaré contigo.

Pliego el mapa sin prisa y lo dejo en el suelo. Este momento tiene que ser tranquilo, no debe notar mi miedo a lo que estoy a punto de hacer. Efectúa el enésimo intento por huir de un lugar donde no existe escapatoria.

Levanto el martillo por encima de mi cabeza y golpeo su mano izquierda con todas mis fuerzas. Escucho los huesos partirse y a mi rehén emitir un grito apagado por la mordaza.

—Vas a cantar. —Lo agarro del pelo y me acerco hasta casi tener su rota nariz pegada a la mía—. No quiero seguir rompiéndote más huesos. —Coloco de nuevo el mapa en su regazo—. No tienes por qué sufrir. —. Digo retirándole el trozo de cinta para que me dé la información.

—Que te jodan, cabronazo. —Me escupe en la cara con mirada retadora y el rostro anegado en sudor—. Se van a follar a tu amiga hasta reventarla

La rabia recorre mi cuerpo por sus crueles palabras.

—Como quieras.

La nítida imagen de Agnes siendo atacada hace que me enfurezca y, sin soltar el mapa ni colocar de nuevo la cinta en su boca, lo golpeo en la otra mano tres veces más con todas mis fuerzas, expulsando toda la ira que he contenido durante tanto tiempo.

El tipo se retuerce de dolor, sus gritos se escucharán en todo el vecindario, pero en este momento no me preocupan los peligros que pueda haber fuera. Solo me perturba lo que la puede estar ocurriéndole a Agnes.

—En seguida vuelvo.

Tapo su boca y abandono el sótano por un momento para que tenga tiempo de pensar. Es un tipo duro y prefiere morir antes que hablar.

—Eso piensa, pero no sabe la sorpresa que le tengo guardada si no me dice lo que quiero saber.

Desiste de tu idea, amigo. Cuando descubras dónde se la han llevado, si es que este tío canta, que lo dudo mucho, es posible que la muda ya esté muerta.

La fuerza de Rimmer no ha disminuido con el consejo de Agnes, pero mi resistencia a su control va en aumento.

—¡Cierra el pico!

Entro en el garaje y abro el armario que se halla bajo el panel de herramientas.

—Aquí estás, pequeño.

Saco mi siguiente arma de tortura; al contemplar su poder, sé que hablaré.

—Por la cuenta que le trae.

¿Y si no lo hace, qué vas a hacer?

Lo cierto es que no tengo muchas más ideas para sonsacarle la información que necesito.

—Será mejor que cierres tu boca si no piensas aportar alguna idea.

Ya lo hago. No he parado de darte ideas desde el primer día. Olvídate de la muda y sigamos con lo nuestro. ¿Te parece buena idea? Nos iba muy bien hasta que apareció en nuestra tranquila vida.

Cargo mi nueva arma al hombro y noto el peso de sus tres kilos.

—Asquerosa vida, querrás decir.

No siento un intenso dolor de espalda, pero el suficiente para que me resienta.

A tu lado desde luego que lo es.

Bajo las escaleras del sótano con calma, sopesando muy bien el camino que estoy a punto de emprender o si tendré el valor suficiente para acometerlo.

Me posiciono a espaldas de mi rehén y me inclino hacia su oreja.

—Piensa muy bien tus próximas palabras... —susurro mientras me pongo frente a él y dejo caer el mazo ante a sus atónitos ojos—, o tus rodillas van a probar estos tres kilos de hierro.

El sonido que hace el acero al golpear contra el suelo de cemento me asusta incluso a mí.

Ahora sí matarás, ¿eh? Tu familia se avergonzaría de ti.

—Mi familia estaría orgullosa.

La mirada de mi enemigo no le quita ojo al frío metal.

—Solo tú puedes evitar el sufrimiento que te espera. —Levanto el mazo por encima de los hombros y el tipo comienza a moverse con todas sus fuerzas—. ¿Vas a contarme lo que quiero saber?

Asiente con enérgicos golpes de cabeza, pero sin retirar sus asustados ojos de la poderosa arma que sostengo. Poso la herramienta junto a mis pies y el sonido que produce me tensa de nuevo los músculos. Coloco el mapa sobre su regazo y de un fuerte tirón le retiro la cinta.

—Están a catorce millas de aquí. —Poso mi dedo en el mapa—. Un poco más al sur. —Sigo moviendo el dedo hasta que me indica la zona exacta—. Ese es el lugar.

—¿Ves qué fácil ha sido?

Recojo el plano con la felicidad que me da saber dónde se encuentran refugiados, y aunque noto mi pánico crecer por el inminente enfrentamiento, me aterroriza mucho más imaginar el sufrimiento que puede estar padeciendo Agnes.

—¿Cuántos sois?

—Cuatro.

—No me mientas.

Poso mi mano en el mango del mazo.

—No lo hago. —Su tono de voz me dice que no me engaña—. Éramos cinco —dice, y puedo apreciar la ira y la tristeza en sus palabras—, pero mi hermano ha muerto.

—Te creo.

—Has dicho que si hablaba no me matarías.

Puedes estar tranquilo, machote. No tiene pelotas.

«Se van a follar a tu amiga hasta reventarla», una oleada de ira al recordar las palabras de mi rehén consigue que haga lo que siempre me negué a hacer.

—Te mentí. —Levanto el mazo con decisión y antes de que mi prisionero o Rimmer puedan protestar, lo dejo caer sobre su cabeza con todas mis fuerzas.

Me das asco.

Subo las escaleras sin recrearme en la crudeza de mi primer asesinato.

—Es la hora del cuento, Rimmer.

¡Hijo de perra!

—Cariño. —Mi mujer me tapa la visión de la pantalla—. Me parece que he roto aguas.

Su vestido mojado y sus piernas brillantes por el líquido amniótico hacen que me levante de un brinco. Con manos temblorosas, busco las llaves del vehículo en mi pantalón.

—Voy a por el coche, cariño.

No es la primera vez que paso por esta situación, pero siento como si lo fuese. Mi cerebro no actúa con la diligencia a la que está acostumbrado.

—Tranquilo, amor mío. —Lucie pone el grado de calma que necesito—. Tenemos tiempo de sobra.

Me sorprende que pueda estar tan tranquila.

—¿Lara se queda en casa de Portia o quieres que vaya a buscarla?

Pocas personas aguantarían la mitad del dolor que siente mi esposa en este momento.

—He llamado a mi hermana y vienen de camino. —Se enfunda la chaqueta con una calma admirable—. Conney la recogerá de casa de los Solberg y luego las tres irán al hospital.

Ayudo a mi mujer a caminar hasta la puerta, intentando no forzar su paso. Si siguiese mi ritmo, rápido y nervioso, nuestro hijo nacería en el jardín.

—No conduzcas muy deprisa.

Se monta en el coche y cierra la puerta sin apenas ejercer fuerza. Salgo del garaje obedeciendo su orden de no apresurarme. El día invita a no correr, se agradece que en pleno invierno el sol nos envíe parte de su calor.

—¿Ya viene? —pregunta Melissa Madsen al vernos salir del garaje.

No quiero detenerme, pero mi esposa se enfada si no muestro amabilidad con alguna de sus amigas.

—Y con muchas ganas. —El rostro de mi mujer denota dolor intermitente—. No imaginas la guerra que me está dando.

—Enhorabuena, Lucie. —La besa en la mejilla—. Después de trabajar me

paso por el hospital a veros.

—Gracias, Melissa.

Acelero y dejamos atrás a nuestra vecina.

—No lleva gafas.

Lucie me mira sabiendo de qué hablo.

—Ese bastardo tiene que pagarlas todas juntas. —Coloca su mano en la prominente barriga haciendo un gesto de dolor—. No sé para qué sirven las denuncias.

—El karma siempre reparte justicia. —Busco un lugar donde aparcar, lo más cercano posible a la puerta de urgencias—. ¿Cómo estás, mi amor?

—Dolorida y feliz. —Me besa con dulzura en los labios.

Estaciono en el mejor lugar que encuentro y rodeo el coche a la carrera para abrir la puerta. Le cuesta salir del vehículo por la incomodidad del peso extra que tiene que soportar, y emite un leve gemido de protesta al efectuar el sobreesfuerzo.

—Mi mujer va a dar a luz —digo a una enfermera que se encuentra tras el mostrador.

La sanitaria mira a mi esposa y con solo verle la cara advierte que una nueva vida está a punto de venir al mundo.

—Doctor Rampart, tenemos a una paciente de parto. —Espera la respuesta telefónica de su superior sin desviar la mirada de nosotros. —Acompáñenme. —Rodea la mesa de trabajo y coge una silla de ruedas que tiene en la habitación contigua—. Siéntese. Voy a llevarla a la planta neonatal.

—¿Ves, mi amor, como no era necesario correr?

No puedo dejar de admirar su tranquilidad.

A pesar de estar en el hospital mis nervios no desaparecen.

—¿Tardará mucho el doctor en atenderla?

—Está esperándonos. —Gira por un pasillo sin apenas tránsito—. Por el estado de su esposa, dará a luz en breve.

Una maravillosa hija y un hijo a punto de llegar. No puedo estar más contento, incluso con lo asustado que estoy.

—Buenas. Soy el doctor Rampart. —Nos invita a entrar en la habitación con un gesto de mano—. ¿Cómo se encuentra...?

—Lucie Harris —contesta mi mujer—. La verdad es que estoy bien, aparte del dolor normal en estas circunstancias.

—Túmbese en la cama, señora Harris.

Mi esposa se levanta de la silla con el mismo afán que al salir del coche. Le presto mi ayuda cogiendo su mano e intentando aliviar su peso para que no tenga que esforzarse demasiado.

¡ESPABILA, AMIGO!

El grito mental de Rimmer hace que despierte de mis gratos pensamientos. Por mi recuerdo pasa fugaz el doctor Rampart. El mismo que vio nacer a mi hijo, estuvo presente cuando mi hija perdía la vida.

—¿Cómo no lo recordé antes?

Supongo que el dolor y el miedo no me permitieron rememorar tiempos más felices.

Tenemos cosas que hacer.

—¿Qué habrá sido de él?

A nosotros solo nos importa salvar a Agnes.

—Pues sí que estás suave.

Estoy de buen humor. Si la muda me sirve para que no te quites de en medio, tres hurras por ella.

Al salir del garaje y contemplar el bello sol del atardecer, mantengo las esperanzas de encontrar a Agnes con vida.

De día no debes salir. Espera al anochecer. Estoy seguro de que lograremos salvarla.

Es la peor hora del día para desplazarme. Noto una sensación que no esperaba después de haber arrebatado por primera vez una vida, además, con mis propias manos.

Piensa en nuestra amiga. Debes concentrar todas tus energías en rescatarla.

—Vaya, vaya, parece que el consejo de Agnes funciona. —Mis labios dibujan una sonrisa como hacía tiempo no lo hacían—. No dejas de pelotearme.

No lo hago. Solo me preocupo de protegerte, como siempre. Si funcionase el consejo de la muda, no estaría aquí. ¿No crees?

—No tengas prisa, chaval. —Gracias a Agnes me siento más liberado de mi pesada carga—. Cada cosa a su tiempo.

Abro la puerta del garaje y Evan llega corriendo antes de que ponga el motor en marcha.

—¿Vas a por Agnes?

No le incumbe nada de lo que voy a hacer.

—Podéis quedaros en mi casa. —Echo la última ojeada a lo que ha sido mi refugio las últimas semanas—. Suerte, chaval. —Poco importa cómo se desarrolle esta noche—. Cuida de tu madre. —Pase lo que pase, no voy a volver.

—Eres un cabronazo. —Me dirige su eterna mirada de odio—. Vas a dejarla a su suerte, ¿verdad?

Arranco el coche y piso el acelerador dejando a Evan en mi garaje con un tremendo enfado.

Bien hecho, amigo. Solo nosotros podemos salvarla.

—Espero llegar a tiempo.

Llegaremos. Si alguien puede conseguirlo, ese eres tú.

El sol que comienza a ocultarse tras las montañas ciega mis ojos. Bajo el parasol del Mustang, me coloco los cascos del iPod y al ritmo de Creedence Clearwater Revival me concentro en mi difícil cometido.

Deja la música y céntrate en nuestra complicada misión.

—Silencio, Rimmer, que vas a tener la suerte de que te cante a ti y solo a ti.

No, por favor.

—«Someone told me long ago...»

Concentración, amigo.

—«,,there's a calm before the storm...». —Un torrente de valor llega a cada rincón de mi cuerpo—. «I know; it's been coming for some time».

Estamos muertos.

Obvio sus palabras.

—«When it's over, so they say, it'll rain a sunny day». —Me dejo llevar por la música, inundando el silencio con mis gritos—. «I know; shinin' down like water».

Los tres.

Acallo mi canto rompecristales y tomo el camino contrario a la

información que me ofreció mi rehén. He pensado abordar el rescate suponiendo que mis enemigos contemplan la posibilidad de que sus compañeros de matanza se hayan ido de la lengua.

Apaga el motor.

—Buena idea.

Dejo caer el coche por una empinada cuesta que me recuerda mucho a la que había en la granja de mis cuñadas.

—Allí está.

A unos setecientos metros diviso la casa indicada por mi víctima.

En el granero derruido.

A mi derecha hay una construcción a la que le falta el techo y un par de paredes, pero que se alza orgullosa por las vivencias que contiene en su interior.

—Otra buena idea chaval.

Escondo el coche aprovechando que no tiene puerta de entrada.

—Hoy estás sembrado.

Todos mis días son buenos, solo que tú nunca has sido capaz de apreciarlos.

Mis labios forman otra sonrisa que se borra de mi semblante al fijar la mirada en una viga del destrozado edificio y recordar a mi amada esposa.

Al lio. Ya habrá tiempo de pensar en la familia.

Rimmer tiene razón. Debo aglutinar toda mi atención en el rescate de Agnes.

—No fallas una.

Cuanto más tiempo transcurre, más seguro estoy de poder acabar con su poder.

Concéntrate. Ya hablaremos sobre eso.

El follaje creciente a su libre albedrío hace de pantalla protectora; puedo reconocer el terreno con claridad y sin riesgo.

—Ahora viene lo complicado.

Hay dos coches aparcados junto a las escaleras del porche

Ya estás hecho todo un asesino. No te será difícil. Confío en ti a pies

juntillas.

Mi mente me envía imágenes de Agnes y no son para nada agradables ni halagüeñas.

No pienses en eso, amigo. Lo único que importa es que los tres salgamos de esta con vida.

—Yo si lo haré, y Agnes también—susurro y me pongo en marcha hacia la estructura más cercana, siempre atento a la puerta de entrada y a las ventanas—. Tú lo tienes más complicado.

La reciente oscuridad me ofrece cierta ventaja respecto a mis enemigos, y desde el granero tengo una perfecta visual de toda la propiedad. «Aprovecha la situación. Están descansando para otra noche de violencia», meditar por mí mismo me hace sentir extraño y libre. Noto como poco a poco vuelvo a tener el control de mis pensamientos.

Ya no me necesitas y me tiras a la basura.

—Exacto, Rimmer. —Intento no elevar el tono de voz—. Es hora de que te vayas para no volver.

Un hombre alto y delgado aparece estirándose por la puerta de entrada.

—Deberíamos movernos.

—He dicho que no —espeto otro tipo que sale detrás—. Les daremos esta noche de margen para que vuelvan.

—¿Y si no lo consiguen? —protesta decidido—. ¿Los dejamos tirados?

—Si no llegan... —Se rasca los bajos con reiteración—. Iremos mañana a buscarlos. ¿De acuerdo? —Su secuaz asiente—. Baja el cadáver de arriba y entiérralo.

El corazón me da un vuelco y mi pulsación se acelera al escuchar la palabra.

—Voy a pasar un rato con la muda.

Mis latidos desaceleran hasta quedar acompasados.

—Que Rob te eche una mano.

—Yo voy a preparar la cena —grita alguien desde el interior.

—No ha mentado. Parece que son tres —susurro meditando mi próximo movimiento.

Dispárales y acabemos con esto de una maldita vez.

Los dos secuestradores de Agnes entran en la casa, momento que aprovecho para correr agachado y ocultarme tras uno de los vehículos. «Si irrumpo por la fuerza podría poner su vida en peligro», pienso con una libertad reconfortante.

¿Más? La pusiste en peligro el día que decidiste llevarla contigo.

Rimmer intenta sacar las pocas fuerzas de las que dispone para hacerme daño. Una de cal y una de arena.

—Más te vale que tengas preparada la cena cuando acabe —dice uno de mis enemigos saliendo de la casa con el cadáver de una mujer de cabello rubio cargado sobre los hombros.

Escóndete, amigo.

Baja las escaleras del porche y me oculto para que no me vea. Ni siquiera escruta los posibles peligros que puedan acecharle. Camina con lentitud hasta que llega junto a un árbol y deja caer el cuerpo.

Cuando esté de espaldas, golpéalo con todas tus fuerzas.

El tipo regresa sobre sus pasos y camina sin preocupaciones hasta una pequeña caseta de herramientas que hay a unos metros de la casa para coger una pala y abordar la faena que se le ha encomendado.

Mientras la busca, corro agazapado intercambiando la mirada entre mi presa y las ventanas de la vivienda. Llego a su altura y, sin darle tiempo a girarse, lo golpeo con la culata de la escopeta, y cae al suelo sin sentido.

Se te nota la experiencia. Al otro no lo arreaste tan fuerte.

Dirijo mi vista de nuevo a la casa y todo continúa en calma. Arrastro el cuerpo hacia la maleza tras la que me ocultaba.

—Os equivocasteis de persona —susurro a mi enemigo dormido, aprovechando el abrigo que me ofrece la naturaleza.

Así se habla.

No debe escaparse hasta que Agnes esté conmigo. Lo inmovilizo de pies y manos con la cinta americana que saco de mi chaqueta.

Han cometido el mayor error de su vida.

Corro agazapado y me aposto tras uno de los vehículos, asegurándome de que la puerta de la casa no se abra mientras me desplazo agachado hasta el porche. Miro con cuidado por una de las ventanas y el tipo que me faltaba por ver, el barbudo fornido que visitó mi barrio junto a su compañero de pelo

escaso, está cocinando sin saber lo que se le viene encima.

Agarro el pomo de la puerta y lo giro con suma cautela.

—Así me gusta, que estés calladita —escucho decir desde el tiro de escalera al tipo que está con Agnes.

En este instante siento el impulso de volarle la cabeza al cocinero, y antes de que el desgraciado de arriba tenga tiempo de ponerse los pantalones, volarle las pelotas mirándolo a la cara. «Te espera algo mucho peor», me dice mi mente casi libre de la influencia perniciosa de Rimmer.

Llego a la puerta de la cocina sin que advierta mi presencia y lo atrapo por el cuello para cortar el aire. Intenta moverse con la seguridad de conseguir soltarse de mi abrazo mortal y noto el poder que tiene al elevarme. Aprieto con todas mis fuerzas y logro que caiga arrodillado, alargando el brazo para palpar cualquier apoyo al que aferrarse. Una cacerola cae al suelo antes de que disminuya su respiración y acabe sin sentido entre mis brazos.

—No me jodas la cena, pedazo de inútil —grita el tipo de arriba.

—Te voy a joder algo más que eso —murmuro mientras ato con la misma fuerza a mi segundo enemigo.

Subo las escaleras con cuidado de no pisar en falso y poner en alerta al único enemigo que no he reducido. Los escalones de madera de las viejas casas tienden a crujir.

La primera habitación de la planta está ocupada por una cama solitaria y sanguinolenta. Sin duda, es el camastro donde reposaba el cadáver de la chica rubia. Una serie de gemidos llegan a mis oídos desde el cuarto que se encuentra al fondo del pasillo consiguen que no me demore más en alcanzar mi objetivo y acelere el paso rebasando otra estancia sin revisarla.

Entro en la habitación decidido y, al contemplar la imagen de mi amiga tumbada en la cama bajo ese maldito cerdo, siento una rabia incontenible. Quiero dispararle, lo deseo con todas mis fuerzas, pero al comprobar que la han golpeado, me detengo en el acto, evitando mis ganas de que disfrute de una muerte rápida e inmerecida. Sus ojos hinchados, su labio inferior partido y dos visibles moratones en sus mejillas me enfurecen como no recuerdo haberlo estado desde hace mucho tiempo.

—Pedazo de cabrón.

El tipo intenta girarse, pero mi llegada sorpresa se lo impide. Lo golpeo y cae a un lado del sucio camastro levantando la mano con la intención de

protegerse.

—Te vas a cagar. —Le propino una patada en el estómago—. Hijo de perra.

Mientras se retuerce sobre sí mismo, imprimo toda la fuerza de la que dispongo para lanzar un puñetazo a su rostro. Se desploma sin sentido y lo pateo poseído por una rabia incontrolada, hasta que el sonido gutural de Agnes a mi lado logra que me detenga.

Me acerco a la cama.

—Ya estás a salvo, pequeña.

Intenta llegar a mí extendiendo los brazos, pero su resistencia no da para más y cae desmayada como mis tres enemigos.

Sabía que lo lograrías. Se escribirán canciones sobre tu hazaña.

—Ahora no, Rimmer.

No quiero cubrir su cuerpo desnudo y golpeado con la sucia sábana en la que está tumbada. Me quito la chaqueta y la envuelvo con suavidad.

—Aguanta un poco, pequeña.

Noto una leve sensación de frío al hacerlo. Las dudas se agolpan en mi cabeza: ¿Debo marcharme de aquí con Agnes para que no corra más riesgos o terminar lo que he comenzado?

No repitas tus errores pasados, amigo.

El tipo tirado en el suelo, la protesta de Rimmer y el rostro golpeado de mi amiga me dicen que debo acabar lo empezado.

Lo ato con fuerza igual que a sus dos camaradas de maldad.

—En seguida vuelvo, cabronazo.

Me marcho de la habitación procurando no dañar a Agnes. Lo primordial es llevarla al coche y luego regresar para dar su merecido a estos hijos de perra.

Si te hubieses comportado así antes, Ryan y...

—Mi familia estaría viva.

Salgo de la casa con la inevitable y dura sensación de que podría tener a parte de mi familia conmigo si hubiese actuado de este modo antes.

Lo hecho, hecho está.

—No te servirá de nada hacerme la pelota.

Sonrío al advertir la ausencia de dolor lumbar, incluso cargando con el cuerpo sin sentido de mi amiga.

—En seguida estoy de vuelta contigo donde lo dejamos.

—Lara, baja ya —grita mi mujer desde el tiro de escalera.

—Yo estoy listo, mamá. —Ryan es mucho más obediente que su hermana.

—Muy bien, cariño. Ponte la chaqueta.

Por la escalera se escuchan los pasos acelerados de mi hija.

—¿Por qué tenemos que hacernos fotos todas las navidades? —protesta al llegar abajo—. Odio que se las enseñes a todo el vecindario.

—Solo se las vamos a enviar...

—Corta el rollo, mamá. —Lara sabe que sólo se las manda a sus tías, pero siempre se las acaba mostrando a todas sus amigas.

—Solo es una hora. —Observo la mirada cómplice de mi pequeña—. Pasémosla sin malas caras, ¿de acuerdo?

—Venga, cuanto más rápido nos larguemos, antes acabaremos. —Farfulla poniéndose la chaqueta a regañadientes.

Tiene once años y es muy directa, nunca dice algo que no siente o no piensa, cualidad que la ha acarreado muchos problemas en la escuela.

Mi mujer coge a nuestro hijo de la mano y toda la familia Harris se marcha al mismo estudio fotográfico de cada año.

—Vamos a hacernos la mejor foto de todas. —Dice Lara mostrando una de sus pícaras sonrisas.

Sé que trama algo.

—No hagas enfadar a tu madre.

—Tranquilo, papá. —Se monta en el coche—. Será igual de aburrido que todos los años.

Tengo la impresión de que no está siendo sincera conmigo. La miro por el retrovisor y, al contemplar su cara sonriente, disipo la duda. Algo ha planeado la integrante con más inventiva de la familia Harris.

Mi mujer adora estos momentos familiares.

—Qué guapos estáis.

Las fotografías navideñas son los instantes que desea recordar toda la vida.

Ha intentado hacérselo entender a Lara, que en los últimos años suele protestar por estas sesiones.

—Vamos a salir todos... —dice Lara mientras, de reojo, advierto que está mirando al retrovisor para comprobar si la estoy observando— ...mejor que nunca. —Y cuando cree que me concentro en la conducción, muestra una de sus sonrisas traviesas.

Su madre la conoce a la perfección y, pese a no verla, por el tono de su voz sabe que está confabulando algo.

—Lara, pórtate bien, cariño. —Gira medio cuerpo para lograr una mirada directa. —No quiero tener que castigarte.

—Tranquila, mamá —Por el espejo puedo verla cruzar los dedos índice y corazón—. No tendrás que hacerlo.

Aparco frente al estudio.

—Anímate, Lara, solo es un rato.

No quiero tener a mi esposa de morros toda la noche y, conociendo a mi hija, sé que estoy pidiendo demasiado.

—Buenas tardes. —La amabilidad del señor Hodson no falla ninguna Navidad—. Cómo has crecido el último año, Lara. —Empieza a preparar parte del material que va a utilizar—. El pequeño también ha dado un buen estirón.... —Coloca un fondo con el dibujo de un jardín nevado a nuestra espalda—. Ya sabéis cómo va esto.

—Por desgracia —protesta Lara en un susurro.

—Pues, antes te gustaba mucho venir. —Me cae bien el señor Hodson—. Siempre eras la primera en colocarte con una sonrisa de oreja a oreja.

Recuerdo los días en los que mi pequeña iba al estudio ilusionada por enviar una fotografía navideña a sus tías. Incluso les mandaba un dibujo cada Navidad o cumpleaños.

—Claro, cuando tenía cinco años.

El dueño del estudio la mira y muestra una cómica sonrisa.

—Ryan, ven, ponte aquí con mamá. —Mi mujer se toca las rodillas con pequeños golpes repetitivos—. Tú, Lara, junto papá.

Al colocarse a mi lado, mi hija me mira y con un leve movimiento de cabeza le hago saber que no quiero que enfade a su madre.

—Todos atentos. —El señor Hodson coloca el ojo en el objetivo de la

cámara—. Lara, pégate un poco más a tu padre y tú, Brad, acércate a tu mujer. —Nos posicionamos siguiendo las pautas del profesional—. Quiero una sonrisa amplia. —Mira a Lara—. De todos. —Exige colocando de nuevo su ojo en la lente.

El sonido del aparato lanzando varias fotografías se escucha por encima de la risita taimada de mi hija.

La instantánea de Lara sacando la lengua mientras bizqueaba le costó dos semanas de castigo sin salir y sin ver la televisión. Con el paso de los años, se convirtió en la fotografía favorita de mi mujer. Siempre que se sentía decaída, la sacaba del álbum familiar y la miraba durante horas.

Guardo la fotografía en el bolsillo trasero del pantalón y miro a mis enemigos intentando enjugarse las lágrimas con el hombro. Puedo apreciar el miedo en sus ojos cuando observan el resto del material que me dispongo a utilizar para acometer mi tardía, distinta, pero reconfortante venganza.

Me acerco calmado.

—Os equivocasteis de persona. —Desde la llegada del manto no he estado tan tranquilo como lo estoy hoy—. Es la única amiga que tengo.

Los tres secuestradores de Agnes intentan zafarse de los amarres, algo que no conseguirán. En mi mente aparece, de modo fugaz, la imagen de la película *La cosa*, y no puedo esconder una sonrisa. Varios tipos moviéndose nerviosos en un sillón, esperando aterrados a que les hagan una prueba sanguínea con la que descubrirán quién tiene el bicho dentro.

—Tranquilos, chicos —les digo mientras termino los preparativos—. Uno de los vuestros no sufrió. —Toco el martillo que llevo en la cintura del pantalón—. Se resistió a delataros hasta que le hice probar algo más... —Regreso hacia ellos con todo lo necesario para darles lo que merecen—. Contundente. —Tengo otro atisbo de humor viendo cómo intentan zafarse del sofá. —Lo que os espera a vosotros es el jodido infierno.

Si continúan con esa ambición acabaran atravesando la pared y sacando el sillón fuera de la casa.

No sé si sonrío por la nueva imagen que me envía mi clarificada mente o por, en cierto modo, alcanzar la venganza que tanto anhelaba sin saberlo.

—¿Rimmer? —No hay respuesta—. Te necesito, amigo. —Parece que no está en casa—. Al final Agnes tenía razón.

Una carcajada sale con vida propia de mi boca.

Los tres tipos se miran unos a otros creyendo que están a merced un loco.

—No andáis muy desencaminados.

Desenrosco el tapón del recipiente y un penetrante olor a gasolina se apodera de mi espacio personal. No tarda mucho en llegar a los pabellones olfativos de mis víctimas. El llanto arrepentido del tipo fuerte de la barba llega a mis oídos. No entiendo las inteligibles palabras que me dirige el tipo que encontré sobre Agnes. La cinta americana no le permite vocalizar.

Noto un leve tirón en el costado por el peso de la garrafa.

—No os disculpéis conmigo.

Comienzo a verter el contenido sobre tres cabrones que dejarán de causar daño a las escasas personas buenas que resisten en el nuevo mundo.

—Ya tendréis tiempo de pedir perdón. —Sus movimientos pretendiendo escapar hacen crujir el sillón—. No sé si será cierto que hay cielo e infierno... —Dejo caer el envase sin retirar la mirada de sus ojos turbados—. pero si sé que hay purgatorio —murmuro girando sobre mis pasos y sin sentir ningún tipo de compasión.

Me acuclillo apoyando mi cada vez menos dolorida espalda en el marco de la puerta y saco la fotografía de mi familia para mirarla por última vez. Mis ojos comienzan a nublarse de nuevo.

—Necesito hacerlo. —Noto algunas lágrimas abandonarlos para vivir en mis mejillas—. Siempre os llevare en corazón y en mis recuerdos. —Hago todo el esfuerzo que me es posible para grabarlos en mi memoria.

Enciendo el mechero y lo acerco a una de las esquinas de la instantánea. Mi esposa empieza a ser devorada por la pequeña llama, luego mi hijo, después le sigo yo y, antes de que el fuego engulla por completo a mi hija y su graciosa mueca, lanzo la fotografía llameante al charco de gasolina.

El fuego nace con empuje a lo largo del salón y comienza a devorar sus piernas y, sin perder su poder, cubre sus cuerpos y el sillón en el que se sientan. Escucho los gemidos mudos de dolor mientras salgo de la casa sin mirar atrás.

Recorro el camino que lleva a mi vehículo y los gritos de dolor comienzan a ser palabras de perdón y súplica. Ya no tienen cinta en sus labios. Para acallarlos, acelero el paso todo lo que me permiten mis cansadas piernas. Los lamentos reales bajan de intensidad a medida que me alejo del lugar, pero continúan reproduciéndose en mi cabeza sin importar la distancia.

—Debo llevar a Agnes a un lugar seguro antes del amanecer.

No temo encontrarme con bandas, ni nocturnas ni diurnas. En este momento, solo me importa el bienestar de mi amiga.

Conduzco a toda velocidad esperando consumir lo antes posible las tres horas de viaje que tengo por delante. El peso que ejercía Rimmer sobre mí ha desaparecido, me hace sentir bien no escucharlo, pero solo dura un suspiro, hasta que miro por el retrovisor y contemplo a Agnes en el asiento trasero.

Un fugaz recuerdo de Lara aparece en mis recuerdos, *bien hecho, papá*, y mi corazón se acelera al escuchar su voz en mi cabeza.

—Nunca imaginé que te volvería a ver. —Lilian nota mi nerviosismo—. Tranquilo, Brad, estará bien.

Deseo con toda mi alma que esté en lo cierto. Que no se trate de golpes mortales. En este instante me siento culpable por no haber actuado cuando debí hacerlo.

—¿Pensáis quedaros? —Lilian es una anfitriona amable y considerada—. Nos vendría muy bien más ayuda.

En mi cerebro, libre por fin de Rimmer, se agolpan las imágenes de mi siguiente cometido.

—Me vendría bien algo de gasolina.

Mi coche está en las últimas, el poco combustible que tenía lo utilice para llegar.

—Entonces te marchas. —Hace una pausa—. ¿Qué va a pensar tu amiga cuando despierte y no estés?

—Volveré en un par de noches. —La miro a los ojos—. Aquí estará bien.

Lilian debe de haber advertido algo distinto en mi cara, y que creo saber qué es: El rostro de un asesino.

—Puedes llenar el depósito, si es lo que necesitas.

—Gracias por todo. —Cojo su mano—. De verdad, Lilian, no sé cómo agradecértelo.

—Quedándote aquí. —Comienza a andar—. Sígueme.

Atravesamos el comedor, una sala de juegos para niños, la despensa y la armería.

—No creí que vería de nuevo un parque en buen estado.

Estoy asombrado por contemplar tanto verde en un refugio.

—Habla con aquel hombre. —Me señala a un tipo con barba y una prominente barriga—. Te dará todo el combustible que necesites.

—Gracias de nuevo.

Lilian se marcha sin contestarme.

Me dirijo al lugar que me ha indicado la jefa del refugio pensando en mi plan de esta noche y al contemplar a los niños jugando en el parque como si estuviesen en el antiguo mundo, suplico a un dios en el que no creo que salve la vida de Agnes.

—Hola, me ha dicho Lilian que...

—Quieres gasolina. —Coge una llave inglesa—. El surtidor está allí. —Me señala con el dedo el lugar donde puedo repostar.

—Muchas gracias.

—Me llamo Luke. —Se mete debajo de un vehículo estropeado—. Espero que te quedes con nosotros.

Parece que las noticias vuelan en este lugar.

—Brad. —Lo cierto es que es el mejor sitio que he encontrado desde la llegada del manto—. Encantado de conocerte, Luke.

—Nos vemos, tío. —Zanja con nuestra conversación y se centra en su trabajo.

Mi coche no está muy lejos, de modo que tardaré poco tiempo en tenerlo preparado para mi partida.

—Señor Harris. —Una enfermera viene hacia mí con paso rápido.

—¿Qué ocurre? —pregunto lleno de preocupación.

—Ya hemos terminado las pruebas. —Coge un poco de aliento—. ¿Quiere hablar con el doctor?

—Vamos.

Mis pies apenas tocan el suelo y la enfermera pierde el aliento intentando seguirme el ritmo.

—Tranquilo, Brad. —Mi cuerpo se relaja al contemplar a Lilian hablando de forma chistosa con el doctor—. Está bien.

—Hola, soy el doctor Sommers. —Me extiende la mano, pero no se la estrecho. Hay otras cosas que me preocupan más que la educación—. Vamos a tener a...

—Agnes

—Vamos a tener a Agnes un par de días con sedación. —Mira sus papeles—. Tiene algunas lesiones de gravedad, pero nada que no podamos curar con reposo y buenos cuidados.

—¿Dos días? ¿Puedo verla?

—Desde luego, pero como le he dicho, está sedada.

—Cuando vuelvas, ya estará despierta —interfiere Lilian—. Yo me encargo de su atención.

—No sé cómo agradecer... —Miro los últimos rayos de un sol oculto tras las nubes.

—Brad, basta. —Lilian coloca su mano sobre mi hombro.

—¿Necesita que le aclare algo referente a sus dolencias? —El médico que la trata quiere terminar de informarme.

—Eso es todo, Rick.

El doctor asiente y desaparece entre las blancas cortinas de la habitación.

Lo cierto es que no necesito escuchar qué tipo de heridas tiene. Contemplé su cuerpo ultrajado y golpeado.

—Voy a prepararme, está a punto de anochecer.

—De acuerdo. —Fija sus ojos en los míos—. ¿Necesitas armas? —Lilian es una mujer dura pero transparente.

—No. Muchas gracias.

—Ten mucho cuidado. —Extiende su mano y se la estrecho—. Agnes querrá que estés aquí cuando despierte...

—Estaré. —Zanjo nuestra conversación y me marchó a prepararme para mi peligrosa salida.

Aún no he descubierto si esta noche voy a arriesgar la vida por mí o por Agnes. En cualquier caso, es algo que debo hacer.

—Brad. —Lilian me saca de mis pensamientos más profundos—. Ya se ha despertado.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante dolorida y con analgésicos. —Muestra un rostro cansado—. Pero está fuera de peligro.

Caminamos entre los iluminados pasillos donde acomodan a los pacientes más graves y, al cruzar el jardín, alzo mi vista a las estrellas. No recuerdo la última vez que lo hice tras la muerte de Ryan.

—Ha preguntado por ti. —Gira el cuello moviendo su pelo y me llega un fuerte y penetrante aroma a lavanda que aspiro con fuerza.

No continúo con el dialogo, el olor ha conseguido remover algo en mi interior. El recuerdo de una vida pasada en un mundo mejor.

—Por cierto, me alegro de que hayas decidido quedarte. —Cambia el tema de conversación con soltura—. Cuantos más seamos, mucho mejor.

Me distrae hablar con Lilian.

—Desde luego.

Nunca creí que alguien lo conseguiría en el nuevo mundo, aparte de Agnes.

Es una mujer que no pierde el optimismo.

—Que vengan cuatro personas de una sola vez no ocurre desde hace mucho tiempo.

Ha luchado y ha pagado un precio muy alto para mantener lo que tiene.

—Hay mucha gente por las calles que necesitarían un lugar como este— digo en voz baja.

Son ciento treinta y siete supervivientes en el refugio. Muchos más que en mi primera visita.

—¿Es algún tipo de propuesta?

Lo cierto es que no había pensado en nada parecido, pero quizá pueda ser una buena manera de redimirme.

Pienso en mi familia y en mis víctimas, no solo en las más recientes, también en las que preferí pasar de largo en vez de prestarles ayuda, en las que observé desde un lugar seguro mientras morían, en todas y cada una de las personas que abandoné a su suerte. Soy un asesino y no puedo cambiarlo, pero tengo otra oportunidad para continuar con mi vida sin huir y sin volver a dejar atrás a nadie.

—Conduzco un coche rápido y potente. —Lilian me mira sonriendo. Yo la imito al crear en mi mente la imagen de un adolescente llevando a su pareja al baile. —Voy bien armado. —No quiero perder la sonrisa—. Y, lo más importante... —Hace mucho tiempo que no disfruto de esta reparadora sensación—. Tengo ganas.

En la puerta de la habitación está Mayka esperando nuestra llegada. Su rostro todavía muestra su falta de confianza en mí, pese a que es posible que les haya salvado la vida. No me importa, me lo he ganado a pulso por echarlos a las calles sin importarme lo que les pudiese ocurrir; lo merezco por el infame trato que les di.

Cruzo el umbral de la puerta y contemplo a la luz del día el rostro golpeado de Agnes.

—¿Qué tal estás?

Siento un intenso deseo de salir a las calles a por más supervivientes.

Deja caer la libreta sobre su regazo y se incorpora para abrazarme con fuerza. Noto el agradecimiento y el amor que me profesa. Se acomoda en la cama, coge su cuaderno y escribe, con menos agilidad de la habitual.

Le entrega la nota a Evan.

—Mamá, vámonos. —Tras leerla, la arruga en una pelota—. Quiere estar con Brad a solas.

Mayka abandona la habitación lanzándome otra de sus desconfiadas miradas.

Agnes me entrega la libreta mirándome con su único ojo abierto.

Gracias por ir a buscar a Evan y a su madre.

Echaba de menos su hermosa caligrafía.

—No tienes por qué dárme las. —Lo cierto es que lo hice más por mí que

por Mayka y su chaval—. Solo debes pensar en recuperarte.

Escribe con lentitud en otra hoja de papel y me rodea con sus suaves y amoratados brazos antes de entregármela.

Sabía que vendrías a por mí, mendruguito

Fui a buscarla, porque gané una lucha interna que podía haber perdido.

—Nunca debí dejar que te atraparan.

En ese caso, estaría muerta.

En este mundo pasan tantas cosas malas y hay tantas personas que solo se preocupan de sí mismas, que lo único que me importa es que fuiste a buscarme.

—Te debía una.

Me muestra otra sonrisa golpeada y aprieta mi mano contra la suya con más fuerza. El leve contacto me hace saber lo mucho que significa para mí. Estando a su lado, siento que la vida no se detuvo con el manto.

Agnes es un ángel que ha sido enviado para salvarme.

—Tenías razón con mi amigo interno. —Asiente desganada—. Se ha largado.

Ya te dije que a mí me funcionó.

Muestro una sonrisa de felicidad y saco el libro por el que arriesgó su vida. Lo abro por la primera página y recibo la visita mental de mi familia. Siento una enorme sensación de dicha al verlos juntos y con aspecto feliz.

Comienzo con la tardía lectura de *Tom Sawyer* y Agnes cruza una mirada cómplice conmigo. En este instante, ambos entendemos que nunca más estaremos solos, que nos protegeremos, que nos tenemos el uno al otro.